

Teología y Pastoral para América Latina

Vol. XXVIII / N°. 112, diciembre de 2002



Espiritualidad
Latinoamericana



medellín

medellín

Teología y Pastoral para América Latina
Revista Trimestral Fundada en 1975

<u>Editor Responsable</u>	Leonidas Ortiz Lozada, pbro. Rector del Itepal
<u>Director</u>	Campo Elías Robayo Cruz, pbro. Vicerrector Académico ITEPAL
<u>Secretario y Suscripciones</u>	Luis Guillermo Pineda Asistente Administración ITEPAL

Nota: El Autor de cada artículo de esta publicación asume la responsabilidad de las opiniones que expresa.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN para el año de 2002

COLOMBIA: \$ 40.000,00
AMÉRICA LATINA: US\$ 55,00
ASIA Y ÁFRICA: US\$ 65,00
EUROPA Y AMÉRICA DEL NORTE: US\$ 75,00

Forma de Pago a la Administración de la Revista

COLOMBIA: Cheque en pesos colombianos a nombre del CELAM.
Consignación en las cuentas bancarias: Granahorrar 1200-37448-4; Colmena: 0102500068995
Bancolombia: Cta. No. 2010196156-2; Las Villas: 01713043-6
(todas a nombre de CELAM)
OTROS PAÍSES: Cheque en dólares americanos sobre Banco de Estados Unidos a favor de CELAM.
Efectivo ó giro postal en dólares americanos.
En cualquier caso favor enviar la constancia de la transacción a:

INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA - ITEPAL

Transversal 67 (Av. Boyacá) No. 173-71 / A.A. 253353

Tels: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120

Fax: (57-1) 677 6521 / E-mail: itepal@celam.org

revistamedellin@celam.org

Bogotá D.C. - COLOMBIA

©

Edición No. 112 - 2000 ejemplares - 2002

ISSN 0121-4977

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Aceptar la persona de Jesucristo, revelador del Padre por la fuerza del Espíritu Santo, es aceptar lo específico y propio de la espiritualidad cristiana. La vida Trinitaria como origen y fuente de la espiritualidad, que da sentido a la misma espiritualidad, que abre horizontes de realización a la misma acción externa de la Trinidad.

Por eso, aceptar a Jesucristo como “Dios con nosotros” supone una apertura práctica hacia lo propio de su vida y misión: “hacer la voluntad del Padre”, que no es otra cosa que la realización de la justicia y libertad plenas, es decir, la realización del Reino de Dios. Esta apertura a la acción del Espíritu en la comunidad eclesial, suscita la experiencia de fe en los creyentes y se manifiesta a través de formas nuevas, originales y fecundas, donde se vislumbra la riqueza de la Vida Trinitaria en la vida eclesial.

Desde luego que esta vida espiritual, como respuesta relevante a la acción de la Trinidad, ha enriquecido y viene enriqueciendo la historia eclesial. Aun más, en este tiempo de grandes y profundos cambios, es preciso reconocer el gran aporte que el pueblo de Dios brinda al mundo. Por medio de la gran riqueza espiritual, obra del Dios Trino en la Iglesia, puede aportar el mejor servicio a favor de la dignidad del ser humano.

Siendo una comunidad religiosa, una comunidad de fe, que presenta como el arco iris, una gama de carismas espirituales, tesoro de vida espiritual, la Iglesia aporta desde su mismo ser y por la gran variedad de caminos específicos de vida espiritual, la novedad evangélica: “Jesús es la respuesta a las preguntas más profundas de nuestra existencia; en su palabra y en su acción encontramos las respuestas a nuestros problemas. Por consiguiente, en fidelidad del seguimiento, en comunión con los Pastores de la Iglesia y en la intimidad del encuentro personal y comunitario, se discierne en cada situación, la acción correspondiente, guiados y fortalecidos por el Espíritu para anticipar el Reinado del Padre en la historia” (Informe Celam 2000, No 280).

Conscientes de nuestra tarea animadora en la vida y acción pastoral, queremos aportar elementos de espiritualidad enmarcados en el contexto latinoamericano y caribeño. Es la riqueza de una Iglesia que se perfila en la sociedad continental con nuevo vigor, dando signos de esperanza a los millones de hombres y mujeres que co-

nocen de primera mano, las consecuencias de una humanidad que ha querido olvidar y construir un proyecto social sin Dios.

Con este aporte de espiritualidad latinoamericana, queremos expresar nuestra gratitud a los autores de los artículos que ofrecemos en esta edición a nuestros amables lectores. Con ellos expresamos nuestro “Si”, el “hágase en mi según tu Palabra”, nuestra solicitud tanto en los problemas personales y sociales de los hombres y mujeres de nuestro continente.

En los últimos cinco años, se ha podido proyectar el anhelo de servicio pastoral a nuestra amada Iglesia continental por medio de las reflexiones teológico-pastorales que hemos podido ofrecer, gracias al aporte de un excelente grupo humano de investigadores, estudiosos de la Teología y la Pastoral de nuestra Iglesia. A todos ellos y a nuestros amados lectores un profundo sentimiento de gratitud por sus aportes, por su acogida, por sus propuestas.

La vida sigue su marcha. Y como nos decía el Papa Juan Pablo II en la Novo Millennio Ineunte, al proponernos un nuevo horizonte pastoral para la Iglesia: “Rema mar adentro”. En el Señor Jesús nos lanzamos en este nuevo año, en este nuevo camino de fe, donde muy seguramente la Revista Medellín será un vehículo de difusión de la gran noticia que transformó el mundo: “Dios está entre nosotros”, Dios “Fijó su morada entre nosotros”. Este es el hilo conductor en el cual hemos querido fijar nuestra mirada y nuestra atención. Desde allí encontramos luces para iluminar toda nuestra acción y reflexión pastoral, para así encontrarlo, reconocerlo y anunciarlo como el Señor de la historia, que hace posible y constituye la comunidad de hermanos y hermanas, donde por medio de la conversión, se construye la comunidad y la solidaridad.

A todos y todas gracias. Quiera el Dios de la Vida, que los lazos forjados en este tiempo de Dios, pueda ayudarnos a entrar con ánimo y esperanza en este nuevo año, en este nuevo camino que Dios nos señala. En torno al Niño Jesús, al calor del Hogar de Nazareth, celebremos la Encarnación de Dios en nuestra historia y en nuestras vidas. Que Nazareth, la escuela de vida, se prolongue por medio de nuestros esfuerzos y luchas en proyectos que consoliden la realización de todo hombre y mujer.

A todos y todas les deseo que sigamos haciendo de nuestra revista un canal de comunicación para animar la vida eclesial en nuestro continente. Desde ya deseo al nuevo director los mejores augurios en sus proyectos.

Sumario:

La óptica de la espiritualidad cristiana no puede ser otra que la del seguimiento de Jesucristo. De ahí que vivir según el espíritu de Jesús significa, vivir a la manera de Aquel que, "se despojó de su rango", es decir, hacer la experiencia procesual de insertarse de manera solidaria con el mundo de los pobres y los marginados, comprometiéndose en la conquista de un mundo justo y fraterno.

Espiritualidad Cristiana en el seguimiento de Jesús

Padre Mario L. Peresson T., SDB.

*Doctor en Teología.
Rector Colegio Salesiano León XIII.
Tel.: 342 0972 / Bogotá - Colombia*

Principio constitutivo fundante de la **identidad cristiana** es lo que comúnmente se ha llamado “la Espiritualidad”. Está fuera de discusión de que en ello radica el corazón del ser cristiano. Con todo, es necesario clarificar, dada su importancia trascendental, qué entendemos por Espiritualidad cristiana, cuál es su principio de unidad y qué elementos la conforman.

A estos interrogantes intentaré dar una respuesta con las siguientes reflexiones, tal vez obvias, dada la abundante reflexión sobre el tema¹.

1. Una clarificación necesaria sobre el sentido de las palabras

Partimos del hecho de que las palabras “espíritu” y “espiritualidad” son palabras que, desde el punto de vista de su evolución semántica, presentan ciertas ambigüedades o pluralidad de sentidos.

Hago referencia en este texto a:

1. CASALDÁLIGA, Pedro y VIGIL, José María: “Espiritualidade da Libertação”, 2ª edição. Coleção Teologia e Libertação, Sao Paulo. 1993.

ELLACURÍA, Ignacio: artículo “Espiritualidad” y SOBRINO, Jon: artículo “Seguimiento” en Conceptos fundamentales de Pastoral, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1983.

ECHEGARAY, Hugo: “La práctica de Jesús”. Centro de Estudios y Publicaciones, CEP, 3ª. Edición. Lima – Perú, 1989.

CASTILLO, José María Y ESTRADA, Juan: “El Proyecto de Jesús”. Verdad e imagen. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987.

CASTILLO, José María: “El Seguimiento de Jesús”. Verdad e imagen. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987.

Etimológicamente la palabra “espiritualidad” deriva de “espíritu”. En la mentalidad común y corriente, el espíritu se diferencia y hasta se opone a la materia. Una visión antropológica, derivada del pensamiento griego, planteó una concepción dualista de la persona humana y del mundo: materia–espíritu; cuerpo–alma; tiempo–eternidad; naturaleza–gracia; tierra–cielo. Los dos elementos no sólo se distinguían sino que se contraponían: la salvación, la santidad y espiritualidad cristianas se referían al orden de la gracia, del espíritu, del alma, del cielo, de la eternidad, quedando en un segundo plano, cuando no opuestos, los aspectos materiales, terrenales y temporales. Se planteaba así como exigencias de la espiritualidad, la “fuga saeculi”, la mortificación del cuerpo; se afirmaba que “lo que no es eterno no es nada”, “cuánto más me acerco a las creaturas, más me alejo de Dios”.

Estos conceptos de espíritu y espiritualidad, como realidades opuestas a lo material, temporal y corporal, marcaron por siglos cierto tipo y modelo de santidad y estuvo a la raíz de diversas formas de espiritualismos desencarnados, despreocupados de los problemas de los grupos humanos, desinteresados de las mayores preocupaciones y conflictos que atañen a la humanidad.

Esta comprensión y vivencia de lo espiritual, aunque penetró por mucho tiempo en la mentalidad y prácticas cristianas, es ajena al pensamiento ancestral de la Biblia, a la lengua hebrea, y al mundo cultural semita que no entienden así el espíritu y lo espiritual. En el pensamiento bíblico, el espíritu no se opone a la materia, ni al cuerpo; se contrapone a la muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); se opone al legalismo (en cuanto imposición, miedo, formalismo vacío): “La letra mata pero el espíritu vivifica”.

En este contexto semántico, espíritu significa vida, libertad, fuerza, dinamismo, autenticidad. El espíritu no es algo que esta fuera y opuesto a la materia o al cuerpo, fuera y opuesto a la realidad o a la historia, sino algo que **está dentro; es lo interior y profundo** que habita la materia, el cuerpo, la realidad y la historia, dándoles vida, haciendo que sean lo que son, llenándolos de fuerza, de vitalidad, que los impele y lanza al crecimiento, a la creatividad con un ímpetu de libertad.

En hebreo la palabra espíritu, **ruah**, y en griego la palabra **pneuma**, significan viento, respiración, hálito. El espíritu es como el viento: ligero y potente, libre, envolvente, impredecible, impetuoso; es como el aliento en la persona que respira y se oxigena para poder continuar viva. Es como el hálito de la respiración: quien respira está vivo, quien deja de respirar, muere. **El espíritu es**, entonces, **el principio vital** de las personas, generador y signo de vida; es como el fuego incandescente, abrasador, que transforma.

Desde este concepto antropológico se va a construir y expresar la espiritualidad bíblica y cristiana.

Por esta razón se ha abandonado cada vez más la concepción griega de espíritu y de espiritualidad para aproximarnos siempre más al sentido semita y bíblico del espíritu, superando, de esta manera, toda visión dicotómica y espiritualista de la vida cristiana, de la “vida según el espíritu”.

Con estas aclaraciones podemos avanzar hacia una más rica comprensión y vivencia de la espiritualidad.

2. Espíritu y Espiritualidad: Las motivaciones, el sentido y los ideales más profundos de la persona

Superada la visión dualista y dicotómica de la persona y asumiendo una comprensión antropológica más unitaria y profunda, propia del mundo bíblico, podemos, en una primera aproximación, decir que el espíritu de una persona es lo más profundo de su ser: **sus motivaciones últimas, sus ideales, la utopía que inspira su vida**, la pasión y mística por las cuales vive y lucha y con las cuales es capaz de contagiar a otros: es como **el principio vital que lo mueve**, lo impulsa desde dentro.

Esta comprensión de espíritu y de espiritualidad nos abre un horizonte macroecuménico, ya que toda persona que tiene unas razones muy hondas para vivir, que tiene motivaciones muy profundas que le dan sentido a su existencia, cuando tiene una causa noble en bien de los demás y se plantea una utopía movilizadora, podemos

afirmar, sin la menor resistencia, que posee una espiritualidad muy profunda, aunque no sea la nuestra, aunque no sea explícita y conscientemente la espiritualidad cristiana. Por otra parte, desde una lectura de fe basada en la palabra de Dios, esa espiritualidad es, en su origen, una moción del Espíritu de Dios, presente en toda la creación y en lo más íntimo de todo ser humano, renovando la faz de la tierra.

Cuanto hemos dicho nos lleva a dar un paso más en este camino de comprensión de la espiritualidad.

Toda persona que está animada por uno u otro espíritu, está marcada por una u otra espiritualidad, porque la persona humana es un ser fundamentalmente espiritual. En sí misma es un misterio, cuyo sentido de la vida se presenta como un desafío e interpelación constantes. Todo ser humano, si quiere vivir auténticamente, tiene que plantearse en un momento de su vida, como lo propone Adela Cortina, estas preguntas:

- ¿Qué es, cómo es una vida digna de ser vivida?
- ¿Qué es, cómo es una vida que vale la pena vivirse?²

Afirmar que el ser humano es un “ser espiritual” significa que el hombre y la mujer son algo más, mucho más, que su “existencia y vida biológicas”, que en ellos hay una cualidad de vida superior a la de un simple animal o ser material. Ese algo más, esa realidad, profunda, misteriosa, pero real, reconocida y afirmada en tantas corrientes filosóficas o antropológicas y religiosas es lo que designamos como espíritu y espiritualidad.

El espíritu es, pues, la realidad más profunda del ser humano en búsqueda de sentido, sin la cual no podría hablarse de persona humana.

Toda persona, de una u otra manera, deberá optar por un punto fundamental de referencia sobre el cual construir su existencia y articular todas sus elecciones y su toma de posición frente a la realidad

² Vida Nueva, 24 de marzo 2001, pág. 31.

y a la historia, el cual viene a ser como el faro, la brújula, el mapa de navegación de su vida. Es lo que se llama la **opción fundamental**, y en ella aparece la **dimensión religiosa de la vida**, porque en esa opción fundamental la persona define el valor que coloca en el centro de su vida, que inspira y orienta la totalidad de su existencia y de sus elecciones, y cuál es su punto absoluto de referencia, cuál es su Dios o su dios.

Esta religiosidad profunda coincide con lo que hemos llamado espíritu o espiritualidad.

3. Una vida sin Espíritu; Pérdida de la “dimensión de profundidad” en la existencia

Una de las consecuencias más lamentables del estilo de vida moderno y posmoderno, marcados por la idolatría del mercado, por el consumismo y la vida “light”, es la **pérdida de la vida interior**. No faltan quienes la consideran algo inútil y superfluo, o simplemente que no vale la pena ponerle atención. Son personas que organizan su vida sólo desde el exterior y la superficie, por lo que se aparenta y lo que se ve. Casi todo lo que hacen tiene como objetivo alimentar su personalidad más externa y superficial. Nunca ahondan en su interior, ni quieren penetrar hasta “el fondo” de la persona, es decir, el sentido de su vida, la razón de su existir, el por qué y para qué vivir. Todo se agota en el aquí y ahora, en lo inmediato y en las apariencias. Caminan por el mundo sin darle o preocuparse por el sentido de la vida.

Van pasando la vida sin percibir a los otros, aunque estén constantemente en relación con ellos, sin relación viva, ni consigo mismo, ni con los demás, ni con Dios; poco a poco van cayendo en la trivialidad y el empobrecimiento personal. Por otra parte, para otros la vida del espíritu está tan desprestigiada que se califica de evasión cualquier deseo de superar esta mediocridad para cultivar el mundo interior.

Paul Tillich escribió hace algunos años un precioso libro intitolado “La dimensión perdida” que mantiene una impresionante actualidad. Dice en él:

*“Existen numerosos análisis del hombre actual y de la sociedad moderna. Pero la mayoría de ellos no pasan de ser una diagnosis de las características más notables, y sólo pocos consiguen encontrar una clave para la comprensión de nuestra actual situación. Aunque no es ello cosa fácil, quisiera yo intentarlo y comenzar con una afirmación que, de momento, podrá parecer ininteligible: el elemento decisivo en la actual situación del hombre occidental **es la pérdida de la dimensión de profundidad**. “Dimensión de profundidad” es una metáfora espacial; ¿qué significa cuando se la aplica a la vida espiritual del hombre, y se dice que es algo que éste ha perdido? Significa que el hombre ha perdido la respuesta a la pregunta por el de dónde viene y a dónde va, la pregunta por lo que hace y deja de hacer de sí en el breve espacio entre el nacimiento y la muerte. Estas preguntas no encuentran ya respuesta alguna; más aún, ni siquiera son planteadas cuando se ha perdido la dimensión de profundidad. Y esto es precisamente lo que ha acontecido en nuestra época. Ser religioso significa preguntarse apasionadamente por el sentido de nuestra vida y estar abierto a una respuesta, aún cuando ella nos haga vacilar profundamente”.*

Esta carencia de interioridad impide a muchos construir su vida de forma auténtica y gozosa. Unos maquillan sólo su fachada exterior pero por dentro están inmensamente vacíos. Otros desarrollan un “yo” aparentemente fuerte y poderoso, pero inauténtico; ellos mismos saben en lo secreto de sí mismos que su vida es apariencia y ficción.

4. La Espiritualidad Cristiana: En el seguimiento de Jesús

Surge ahora espontáneamente la pregunta: Si cuanto hemos dicho es espiritualidad, entonces qué es la Espiritualidad cristiana? Qué tiene de novedad, qué aporta de específico? Cuál es su identidad? Qué la hace única e inconfundible?

Cuanto hemos dicho hasta ahora se refiere también y de manera eminente a la Espiritualidad cristiana; más aún, es su fundamento y sustento antropológicos. De entrada tenemos que decir que la espiritualidad cristiana no se refiere en primer lugar a unos valores que inspiran y motivan la vida y el actuar de los creyentes; ni es sólo la

práctica o ejercicio de aquellas virtudes que encontramos en el Evangelio y que constituirían la esencia de la santidad cristiana. Por ejemplo, no se da simplemente una espiritualidad “de la oración”, aunque ésta sea indispensable en la espiritualidad cristiana; no existe una espiritualidad “de la pobreza”, o “de la solidaridad”, o “de la comunión”, por más que todas estas virtudes forman parte de la vida cristiana auténtica.

La respuesta a la pregunta: “¿Qué es la Espiritualidad cristiana?” está directamente relacionada con esta otra: “¿En definitiva, **qué es ser cristiano?**”

La revelación de Dios en Jesucristo da una nueva luz y una profundidad y sentido insospechados a la espiritualidad humana.

La fe nos descubre un sentido propio y da un significado nuevo a la vida, a la historia y al mundo. Dios no sólo creó el mundo, y no sólo hizo de él y de la historia el escenario de su revelación y acción salvadora; no sólo creó el ser humano e hizo de él el principal protagonista de la historia, sino que quiso comunicarse al ser humano más plenamente **autodonándose** a sí mismo. No sólo se reveló a través de la mediación de la creación, de la voz de la conciencia, de las interpelaciones de la historia, de la riqueza espiritual de las culturas, sino que quiso revelarse a la humanidad directa y personalmente en la persona de su Hijo Jesucristo: “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos”. (Hb 1, 1-2).

Los cristianos creemos que, en Jesús, Dios pronunció su Palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazareth, nacido de mujer (Ga 4,4), habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad (Col 1, 15-20). En Él, Dios se reveló como Amor. En Él nos reveló el sentido y el fin de la existencia y de la historia: la utopía del Reino. Y se revela a sí mismo en la trayectoria de Jesús como la realización anticipada de la plenitud de la nueva humanidad. En Él la persona encuentra la causa y los motivos para vivir, para convivir y para entregar la propia vida.

A partir de este acontecimiento único e irrepetible, la principal tarea y al mismo tiempo **desafío teórico – práctico para nosotros los cristianos, consiste en comprender y vivir correctamente nuestra relación con Cristo** de quien recibimos el nombre. También puede llegar a ser un problema si se tienen en cuenta las dificultades que se han presentado a lo largo de la historia para establecer correctamente dicha relación y que con frecuencia, y se ha desvirtuado o falseado.

Sin embargo, la manera más segura y auténtica para establecer esta relación fundante, es acceder directamente a los Evangelios, que para nosotros son la “norma normans non normata”. En ellos aparece con una evidencia deslumbrante, como origen y fundamento de toda vida cristiana, la invitación y exigencia que hace Jesús a seguirlo.

En los Evangelios, el ser cristiano se define por la relación absoluta a la persona de Jesús y a su seguimiento. Por lo mismo, la espiritualidad cristiana es la espiritualidad del “seguimiento de Jesús”. Es “espiritualidad” porque la persona de Jesús y su seguimiento, su proyecto de salvación, la instauración del Reino de Dios y su justicia en el mundo, son la motivación, el impulso, la utopía, la causa para la cual el cristiano vive y lucha, es su opción fundamental y el sentido de su vida.

“El seguimiento de Jesús” se convierte, entonces, en la definición y compendio de la vida cristiana, porque expresa quién es Jesús y la manera de acceder y relacionarse con Él.

Por eso, si queremos definir la identidad cristiana y la experiencia fundante de la relación con Jesús, tendremos que hacerlo necesariamente **desde el discipulado y el seguimiento**. Y el único camino es el de la aproximación directa al testimonio de los Evangelios.

Discípulos y seguidores de Jesús

Jesús anunció la cercanía, la irrupción y presencia del Reino de Dios y exigió la conversión, la fe y la práctica del amor como la manera concreta de acogerlo y acceder a él. Al hacerlo llevó a cumplimiento todas las promesas y expectativas del Antiguo Testamento.

Pero la exigencia más específicamente suya, la más radical, fue la invitación a seguirlo, dando así inicio a la vida cristiana.

He aquí como lo presentan los Evangelios:

- *El seguimiento nace de un llamamiento por parte de Jesús*

Todos los Evangelios relatan que Jesús, al comienzo de su actividad pública, llamó a diferentes personas para que fueran sus discípulos y lo siguiesen: “Venid conmigo” (Mc 1, 7 y par.), con una invitación explícita: “Sígueme” (Mc 2, 14 y par.). **Este modo de llamar sólo es comparable con la llamada que Dios mismo hace.**

- El seguimiento de Jesús está siempre vinculado en sus orígenes a una **vocación**.

En todos estos relatos vocacionales encontramos el mismo esquema, o, si queremos decirlo mejor, la misma dinámica:

- **Jesús** pasa, **va de camino** (Jn 1, 36; Mc 1, 16; Mt 4, 18)
- Se produce un **encuentro** que en su origen tiene una actitud de búsqueda: “¿Qué buscáis?” (Jn 1, 38).
- Jesús **ve** a alguien: “Jesús fijó su mirada en él” (Jn 1, 41). La mirada de Jesús cautiva, atrae, penetra el corazón.
- Se indica la **actividad, condición o profesión** de quien es llamado.
- **Se produce una experiencia profunda con Jesús, a la cual Él mismo invita:** “Maestro, dónde vives?” Jesús les respondió: **“Vengan y vean”**. Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día: era más o menos la hora décima” (Jn 1, 38 – 39).
- De este encuentro y de esta experiencia nace **un reconocimiento:** Rabbí, que quiere decir “Maestro”, “Dónde vives?” (Jn 1, 38). “Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir Cristo” (Jn 1, 41).

“Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y también los profetas: “Jesús, el hijo de José, el de Nazareth” (Jn 1, 45).

“Rabbi, tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el Rey de Israel” (Jn 1, 49).

- **Jesús llama a seguirlo:** “Sígueme” (Jn 1, 43); “Venid conmigo” (Mt 4, 19);
“Y los llamó” (Mt 4, 21); “Ven y sígueme” (Mt 19, 21).
- Quién es llamado **lo deja todo:** familia, profesión, trabajo, bienes, observancia de la ley **y se pone en el seguimiento de Jesús.** (Mt 4, 22); (Mt 9, 9); (Mt 19, 22).
- Seguir es mantener una relación de **cercanía** con Jesús, gracias al hecho de **ponerse en movimiento.**

Los Evangelios siempre presentan a Jesús en camino (Mt 20.17.30; 21, 8.19; Mc 2, 23; 8, 27; 9, 33 – 34; 10, 17.32.46.52; 11, 8 Lc 9, 56; 18, 35; 19, 36; 24, 32.35; Jn 4, 6).

El seguimiento de Jesús es de cercanía a El y de movimiento, de caminar con El. Jesús siempre va de paso... hacia adelante; está en camino hacia Jerusalén donde se realizará la Pascua, culminación y sentido último de su vida.

- Jesús llama al seguimiento para hacer **participes** a sus discípulos **de su vida y de su misión.** (Mc 3, 13–14).

Con la plena conciencia de que la Espiritualidad cristiana es en su origen, fundamento y fin, la Espiritualidad del SEGUIMIENTO DE JESÚS, quiero en esta sencilla reflexión poner de relieve sólo un rasgo de sus más significativos, que deben estar presentes en toda forma de espiritualidad que se inspire y nutra en las fuentes del Evangelio.

5. Espiritualidad de la Encarnación

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN, fundamento de la Espiritualidad cristiana en el seguimiento de Jesús.

La espiritualidad cristiana, que se comprende y caracteriza por el seguimiento de Jesús, comienza por la **configuración con Él en el misterio de la Encarnación.**

Para comprender la espiritualidad cristiana debemos, pues, partir del hecho, del significado y alcance de este misterio cristológico.

Para nosotros, los cristianos, la revelación y experiencia de Dios—amor, solidario con la humanidad, se condensa y plenifica en Jesús de Nazareth, el Cristo.

Cristo Jesús es la revelación histórica, el sacramento primordial de la solidaridad de Dios para con nosotros, lugar de la presencia y del encuentro con Él: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1, 18). Cuando Felipe le pide a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”, Jesús le responde: “Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre”. (Jn 14, 9).

El misterio de la Encarnación es la expresión máxima de la solidaridad de Dios: el Hijo de Dios asume nuestra condición humana para liberarnos de la esclavitud de la Ley y para compartimos la filiación divina: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación, adoptiva” (Ga 4,4). La solidaridad es la decisión desde siempre de Dios de compartir lo que nosotros somos para compartimos lo que Él es. El misterio de la Encarnación es el misterio de la condescendencia, de la filantropía (Tt 3, 4), de la humanización de Dios y al mismo tiempo de la ascensión y divinización de la humanidad: “La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros. A todos los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1, 14.12).



Al tomar el misterio de la Encarnación como principio fundante de nuestra espiritualidad, es preciso señalar las dos diversas perspectivas como puede ser considerado, ambas cargadas de profundas consecuencias.

- *La primera es la que considera la Encarnación **como acontecimiento escatológico**, como un hecho puntual, específico, o sea, el momento en el que el Hijo de Dios se hizo carne en el seno de María.*

En pocas palabras, se puede comprender como el evento extraordinario de la venida del Hijo preexistente de Dios a la tierra, como la máxima y plena manifestación del amor misericordioso de Dios, una condescendencia finalizada a la redención de la humanidad para el perdón de los pecados, como fue entendida predominantemente en la teología occidental, subrayando el carácter propiciatorio de la encarnación, o con miras a la divinización del ser humano: humanización de Dios para la divinización del hombre, como fue comprendida en la teología oriental. En definitiva ambas teologías tratan de dar respuesta a este interrogante decisivo en la Cristología: **¿Cur Deus homo?** Por qué Dios se hizo hombre? La respuesta a esta pregunta estuvo a la raíz de las innumerables controversias cristológicas de los primeros siglos que culminaron en las definiciones dogmáticas del Concilio de Calcedonia. (Año 451).

Aunque fecunda desde el punto de vista doctrinal, esta visión del misterio de la Encarnación dejó muy en la sombra la humanidad de Jesús; corrió el riesgo, como efectivamente se dio en la teología escolástica, de elaborar una cristología sin Jesús de Nazareth.

Otra enfoque del misterio de la Encarnación la comprende también como acontecimiento extendido en el tiempo, que abraza toda la existencia histórica del Hijo de Dios hecho hombre. El Hijo de Dios asumió plenamente nuestra condición humana, no en forma genérica sino concretamente: se hizo historia, pueblo, cultura, artesano, pobre, exiliado, perseguido, condenado a muerte, crucificado fuera de la ciudad. (Hb 4, 15-16).

El documento del Concilio Vaticano II en el que la opción por esta



perspectiva se percibe más claramente es la Constitución “Gaudium et Spes”. La óptica de la encarnación aparece como trasfondo de todo el documento. Al final del capítulo que presenta la figura del hombre perfecto, Jesucristo, quien revela al mismo tiempo en sí el misterio de Dios y el misterio del hombre, afirma:

“El Hijo de Dios (...) trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre; nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (n. 22b).

No podría decirse de manera más incisiva y comprensible para los hombres y mujeres de hoy lo que significa el misterio de la encarnación. Los cuatro verbos usados: trabajar, pensar, obrar, amar; acompañados cada uno de ellos con la mención de las respectivas facultades o instrumentos de actuación – manos, inteligencia, voluntad, corazón –, y seguidos cada vez por el adjetivo “humano/a/as”, confieren a la afirmación una acentuada densidad encarnatoria. Y la frase final: “se hizo verdaderamente uno de nosotros” – lleva dicha densidad a su más alto grado.

- Una segunda perspectiva ve en la Encarnación la plenitud del **modo de revelarse y de actuar** asumido por Dios para manifestarse en el mundo y para actuar en orden a la realización de su proyecto salvífico. **Es la “lógica” o “ley” de la encarnación.** Significa que Dios, en la realización del plan de salvación, al obrar en favor del mundo y de la humanidad, lo hace siempre **en forma humana**, es decir, **entrando** en la realidad humana y asumiéndola **como lugar, mediación y signo** para llevar a cabo su proyecto. Así lo manifiesta toda la revelación testimoniada en el conjunto de la Escritura. Esta perspectiva interpretativa del misterio de la Encarnación es la que hoy se revela preponderante en el campo teológico, pastoral y en la espiritualidad: **pastoral de la encarnación, espiritualidad de la encarnación.**

La lógica de la Encarnación propia de la revelación divina se manifiesta en el **carácter histórico de la Revelación: la historia**



humana, con todas sus peripecias y avatares, es el **lugar y mediación de la revelación** divina: Dios se revela **en** y **desde** los acontecimientos históricos: desde ellos y en ellos Dios llama, interpela y revela su voluntad.

La historia humana no es sólo escenario del actuar de Dios, mucho menos la Palabra de Dios cae como un rayo desde el cielo sobre la tierra como la línea vertical sobre la horizontal, sino que los **acontecimientos se vuelven sacramentales, epifánicos** del actuar de Dios. La función del profetismo es precisamente ésta: hacer una lectura de la historia, interpretarla desde la fe, para desentrañar su sentido salvífico, plantear la voluntad y la utopía de Dios: escuchar su Palabra.

¿Qué significa e implica vivir el seguimiento de Jesús desde la lógica del misterio de la Encarnación?

- **En Jesús, Dios asumió plenamente nuestra condición humana.** “La palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14), es la afirmación fundante de la Cristología del Nuevo Testamento y de la fe de la Iglesia: Jesús de Nazareth es plenamente hombre y en Él habita la plenitud de la divinidad (Cl 1, 15.19).

Esta afirmación tiene un alcance soteriológico incalculable, pues en Cristo Dios asumió la condición humana de todos y cada uno de los seres humanos: la humanización de Dios tiene como contrapartida la divinización del ser humano. En Cristo Jesús, Dios se hace lo que nosotros somos, para que la humanidad sea lo que Él es. Cristo Jesús es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. A partir de esta afirmación de fe, en la espiritualidad cristiana no cabe ningún espiritualismo o minusvaloración de lo humano. Lo humano lleva el sello divino.

- **En Jesús, Dios se hizo historia y asumió la historia de los pueblos.** La Encarnación del Hijo de Dios se dio en la historia humana, en un lugar y tiempo precisos:

Con todo, la encarnación no es sólo un momento, sino un proceso, una historia. No se reduce al acontecimiento crucial de la anunciación y aceptación en la fe, por parte de María de ser la Madre del Salvador, sino que toda la vida de Jesús fue un proceso, una



historia de la Encarnación: desde su nacimiento, en su infancia, en Nazareth como artesano, en las tentaciones del desierto, en su vida pública como evangelizador y servidor del Reino, en la Cruz y en la Resurrección.

Por la encarnación, Dios entró en la **historia de los pueblos**. Se dio en un momento particular de la historia del pueblo judío, bajo la ocupación romana. En medio de las contradicciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas e implicándose en ellas, Jesús proclamó e inauguró la utopía de Dios, el Reino de Dios.

Vivir la espiritualidad de la encarnación en el seguimiento de Jesús significa e implica para nosotros, hoy, entrar en los procesos históricos de nuestros pueblos, asumiéndolos, encarnándolos en ellos, acompañando el caminar del pueblo, en medio de las contradicciones que ello conlleva, participando en sus luchas por la causa de la liberación y de la afirmación de la vida en plenitud, que es la causa justa del Reino.

- **En Jesús, Dios asumió la condición de los pobres, sus padecimientos y se comprometió con su causa liberadora.**

En Jesús de Nazareth, Dios no se hizo genéricamente hombre sino concretamente pobre; de una familia pobre y trabajadora, en la región desprestigiada y marginada de Galilea, en un villorio sin reconocimiento alguno, Nazareth; fue rechazado en Belén, no teniendo donde nacer; fue perseguido por el tirano Herodes, tuvo que huir al exilio, fue acosado por los grupos sociales poderosos de su época, fue crucificado como insurrecto contra el imperio. La Carta a los Filipenses expresa esta realidad afirmando que el Hijo de Dios “Se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo”. (Fl 2, 7).

En el seguimiento de Jesús, y a ejemplo suyo, el misterio de la encarnación se vive **en la inserción solidaria con el mundo de los empobrecidos y excluidos de la tierra** y en la participación activa en la búsqueda y luchas cotidianas por su sobrevivencia y por la construcción de una sociedad justa y solidaria.



Encarnarse en el mundo de los pobres, a ejemplo de Jesús, significa también **vivir en profundidad el proceso de inculturación del Evangelio**, en la pluralidad y riqueza de las culturas, asumiendo todos sus valores, sus raíces, su historia, sus contradicciones y esperanzas y desafíos, enriqueciéndolas propositivamente con la Novedad del Evangelio.

De la misma manera deberían tratarse los demás aspectos y componentes de la espiritualidad cristiana, vistos, todos ellos, desde la perspectiva del seguimiento de Cristo libertador una espiritualidad apostólica a servicio del Reino, pro-siguiendo el proyecto y la misión de Jesús; una espiritualidad pascual compartiendo el destino de Jesús, muerto y resucitado.

En este breve artículo sólo he querido plantear la óptica, la perspectiva y el principio unificador de toda espiritualidad cristiana auténtica, que no puede ser otra que la del **seguimiento de Jesús**, el verbo encarnado, evangelizador del Reino y de la vivencia de la Pascua.





246

Sumario:

La espiritualidad cristiana hunde sus raíces en la vida Trinitaria. Las dos deben estar conectadas íntimamente para que el dinamismo interno de la Trinidad se manifieste en una espiritualidad que se hace significativa por un estilo de vida nueva, que se comprueba por los hechos, por el obrar en espíritu y verdad.

Dimensiones de una
Espiritualidad
trinitaria que
responda al mundo
de hoy

Padre Hermann Rodríguez Osorio, SJ.

*Doctor en Teología.
Pontificia Universidad Comillas, España.
Licenciado en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.
Maestría en Psicología Comunitaria,
Pontificia Universidad Javeriana.
Licenciado en Teología,
Pontificia Universidad Comillas, España.
Director del CIRE.
Tel.: 640 5011 / Bogotá - Colombia*

*Padre eterno, confirmame.
Hijo eterno, confirmame.
Espíritu Santo eterno, confirmame.
Santa Trinidad, confirmame.
Un solo Dios mío, confirmame.*

IGNACIO DE LOYOLA, *Diario Espiritual*, 48

Introducción

Hace algunos días una religiosa en formación me preguntó, sin muchos preámbulos, cuáles podrían ser las dimensiones fundamentales de una espiritualidad que pudiera responder a la realidad latinoamericana. Una pregunta aparentemente sencilla pero, al mismo tiempo, llena de una gran profundidad. Le respondí rápidamente y sin pensar mucho para que pudiera hacer su tarea: «Una espiritualidad que quiera responder a nuestra realidad tiene que tener los *ojos bien abiertos ante la vida, para contemplar a Dios creador en medio de nuestra historia conflictiva*, debe recurrir siempre a la *luz que ofrece la Palabra de Dios para discernir sus caminos* y nos debe lanzar a la *construcción de la comunidad cristiana en todos sus niveles*». Pero la pregunta siguió dándome vueltas y he querido desarrollar la respuesta a través de este artículo.

Las tres dimensiones que aparecieron en esta primera respuesta espontánea, están muy conectadas entre sí y constituyen una unidad dinámica que considero muy cercana a la vida misma de Dios uno y trino. Una espiritualidad no es otra cosa que una *dinámica* vital que nos pone en sintonía con Dios y nos hace obrar según el Espíritu de Dios. Por tanto, no es algo *gaseoso, abstracto, elevado, desencarnado*. Una espiritualidad es un estilo de vida que se puede ver y comprobar en obras muy concretas.



Para hablar del Dios trinitario de los cristianos, tenemos que partir de la base de que todo intento humano por acercarse a la realidad misma de Dios responde a los esquemas humanos del conocimiento y, por tanto, serán imágenes o metáforas que nos acerquen a la verdad pero que, al mismo tiempo, nos ocultan una realidad siempre mayor. Sólo podemos referirnos a Dios a través de un lenguaje fragmentario¹.

La vida intradivina ha sido representada muchas veces desde un modelo interpersonal en el que el Espíritu Santo aparece como el «co-amado» (*codilectus*); sin embargo, esta analogía tiene su límite en la medida en que el ser-de-unos-con-otros, en los seres humanos se experimenta como complementación necesaria, mientras que en la Trinidad tiene que contemplarse como perfecta compenetración (*pericóresis*), como insuperable simultaneidad del ser-sí-mismo y del ser-en-el-otro².

Teniendo en cuenta esta limitante, pero manteniéndonos en este nivel de analogía, no resulta difícil entender la acción propia del Espíritu Santo como la que hace posible el salir de sí (*éx-tasis*) y el permanecer unido. El Espíritu Santo haría posible el que el Padre y el Hijo se comunicaran y se abrieran, no sólo en el seno de la comunidad divina, sino frente al hombre, al mundo y al tiempo³. Dios, uno y trino, comunidad de amor, vive el misterio de la interacción entre las personas que se necesitan en su diferencia y que no se anulan en una uniformidad ni en una individualidad estéril. San Agustín quiso expresar esta función del Espíritu Santo dentro de la comunidad divina como el Amor. Hablando de la Trinidad, afirma: “Aquí tenemos tres cosas: el Amante, el Amado y el Amor⁴”; un Padre Amante, un Hijo Amado y el vínculo que mantiene unidos a los dos, el Espíritu Amor.

1. Cfr. BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, en T. Schneider (Dir.), Manual de Teología Dogmática (Biblioteca Herder 199), Barcelona, 1996, 599.
2. Cfr. BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, Barcelona, Herder, 1996, 201-202.
3. Cfr. JÜRGEN MOLTSMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.
4. Citado en BRUNO FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1996, 36. La cita corresponde a SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* 8,8,12 y 8,10,14: PL 42, 958 y 860; *Obras V*, BAC, Madrid, 1948, 529 y 535. También se hace referencia a este pasaje de san Agustín en BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, en T. Schneider (Dir.), Manual de Teología Dogmática (Biblioteca Herder 199), Barcelona, 1996, 569.



La misión del Espíritu, como también la misión del Hijo, consiste en la glorificación de Dios y la liberación del mundo. Dios es glorificado en la liberación y redención de la creación entera; no quiere ser glorificado sin que su creación y la humanidad sea liberada al mismo tiempo⁵. De manera que esta participación en la vida de Dios a la que hemos hecho referencia y el proceso de comunión que ésta supone, es la función específica del Espíritu: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13,13). Estas palabras de Pablo que reflejan probablemente el culto de la Iglesia primitiva, ponen de manifiesto la relación estrecha que existe entre el amor del Padre, la comunión (*koinonía*) realizada por el Espíritu Santo y la gracia recibida en Jesucristo.

Partiendo de esta primera comprensión del misterio trinitario, vamos a desarrollar cada una de las tres dimensiones que entran en relación en una espiritualidad trinitaria. La participación del cristiano en la vida de Dios, que es lo que llamamos *espiritualidad*, hace que la persona entre en la dinámica vital propia de la Trinidad. La dinámica que se crea constantemente entre el Padre creador que se revela en la historia; el Hijo de Dios encarnado en la persona de Jesús, Palabra definitiva de Dios sobre el hombre; y el Espíritu Santo que sigue actuando en medio de los hombres y mujeres para impulsarlos a construir una comunidad de amor.

Primera Dimensión: Mirar la Vida: El Padre

No hay que pensar el aire
para que se filtre
al último rincón de los pulmones,
ni hay que imaginar la aurora
para que decore el nuevo día
jugando con los colores y las sombras.

250

5. Cfr. JÜRGEN MOLTMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.



No hay que dar órdenes
al corazón tan fiel,
ni a las células sin nombre,
para que luchen por la vida
hasta el último aliento.

No hay que amenazar
a los pájaros para que canten,
ni vigilar los trigales
para que crezcan,
ni espiar a semilla de arroz
para que se transforme
en el secreto de la tierra.

En su dosis exacta
de luz y de color,
de canto y de silencio,
nos llega la vida sin notarlo,
don incesantemente tuyo,
trabajador sin sábado,
Dios discreto.
Para que tu infinitud
no nos espante
te regalas en el don⁶
en que te escondes.

A. Los dos libros de Dios

San Agustín, decía que Dios ha escrito dos libros; el primero y más importante es el libro de la vida, el libro de la historia que comenzó a escribir en los orígenes de los tiempos y que sigue escribiendo hoy con cada uno de nosotros; Dios no ha terminado su obra creadora, sino que sigue escribiendo este gran libro; pero los hombres y las mujeres fuimos incapaces de leer en este libro los designios de Dios, de manera que escribió un segundo libro, sacado del primero,

6. BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, *En el aliento de Dios*, Santander, Sal Terrae, 1995, 31.



que sirve como sirven unas gafas; este segundo libro es la Biblia; pero la primera Revelación está en la Historia, en la vida, en los acontecimientos de cada día: tanto en la vida personal, como grupal, comunitaria, social, política, etc...

Esta es la razón por la que la primera dimensión de una espiritualidad hoy es mirar la vida. Allí nos encontramos con lo que Dios quiere de nosotros; allí podemos descubrir lo que Dios está tratando de construir. Se trata de percibir la música de Dios, para cantar a su ritmo, para bailar a su ritmo, para dejarnos invadir por su fuerza creadora. Es como entrar a un río y percibir hacia dónde va la corriente y dejarnos llevar por ella; lo que normalmente hacemos es nadar contra corriente y luchar por no dejarnos llevar por Dios. Esto sería el pecado. La cometa humana, que percibe hacia dónde va el viento y se deja llevar por él, para poder volar... De lo contrario, nos vendremos abajo.

No tenemos que consultar como los griegos el oráculo de los dioses, o como los asirios, las estrellas (astrología), o mirar la mano, o el cigarrillo, etc. Para consultar lo que Dios quiere en nuestra vida personal, comunitaria y social, sólo tenemos que abrir los ojos y mirar... No negar la realidad, no traicionarla ni mentarnos acerca de ella. No ser como el avestruz que piensa que porque deja de mirar la realidad, metiendo la cabeza entre la arena, va a desaparecer el cazador. En este sentido, resulta iluminador el cuento que trae Anthony de Mello en *El Canto del Pájaro*:

«Usted perdone», le dijo un pez a otro, «es usted más viejo y con más experiencia que yo y probablemente podrá usted ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He estado buscándolo por todas partes, sin resultado».

«El Océano», respondió el viejo pez, «es donde estás ahora mismo». «¿Esto? Pero si esto no es más que agua... Lo que yo busco es el Océano», replicó el joven pez, totalmente decepcionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte (...).

Deja de buscar, pequeño pez. No hay nada que buscar. Sólo tienes que estar tranquilo, abrir tus ojos y *mirar*. No puedes dejar de verlo⁷.

7. ANTHONY DE MELLO, *El Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 26-27.



Vamos por la vida buscando a Dios, buscando su voluntad; pero vamos tan ocupados en buscar que no somos capaces de mirar y de reconocer lo que es evidente a nuestros ojos: su presencia amorosa, su voluntad, su palabra. Tenemos que liberar nuestra mirada que está cautiva en medio de tantas impresiones que nos ciegan. Tenemos que aprender a *estar tranquilos, abrir bien los ojos, y mirar*. Mirar nuestra vida, en todas sus dimensiones y en todos los niveles de nuestras relaciones.

No se trata, pues, de difíciles jeroglíficos y adivinanzas; es sencilla; pero a veces las cosas son tan sencillas, que no las vemos; son tan simples, y tan cotidianas, que no les prestamos atención; por eso es fundamental tener ojos limpios y mirar sin miedo la realidad; ya decía Jesús:

«En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: «Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Lc. 10,21-22).

Jesús mira la vida; una lista de las cosas de las que habla Jesús en el Evangelio, nos puede dar una pista de lo que hay que mirar en nuestra propia vida; Jesús aprendió lo que aprendió sobre el Reino de Dios, mirando su vida y la vida de su pueblo; sólo tomando el Evangelio de Mateo, podemos llegar a una lista como la siguiente; Jesús habla de:

pan, sal, luz, lámparas, cajones, polillas, ladrones, aves, graneros, flores, hierba, paja, vigas, troncos, perros, perlas, cerdos, piedras, culebras, pescados, puertas, caminos, ovejas, uvas, espinos, higos, cardos, fuego, casas, rocas, arena, lluvia, ríos, vientos, zorras, madrigueras, aves, nidos, médicos, enfermos, bodas, vestidos, telas, remiendos, vino, cueros, odres, cosechas, trabajadores, oro, plata, cobre, bolsa, ropa, sandalias, bastones, polvo, pies, lobos, serpientes, palomas, azoteas, pajarillos, monedas, cabellos, árboles, frutos,



víboras, sembrador, semilla, sol, raíz, granos, oídos, cizaña, trigo, granero, mostaza, huerto, plantas, ramas, levadura, harina, masa, tesoros, comerciantes, redes, mar, playas, canastas, hornos, boca, planta, raíz, ciegos, hoyos, vientre, cielo, niños, piedra de molino, mano, pie, manco, cojos, reyes, funcionarios, esclavos, cárceles, camellos, agujas, viñedos, cercos, torres, lagar, terreno, labradores, fiestas, invitados, criados, reses, menta, anís, comino, mosquito, vasos, platos copas, sepulcros, gallinas, pollitos, higueras, vírgenes, aceite, dinero, banco, pastor, cabras...

En estos elementos tan sencillos, descubrió Jesús lo que Dios le pedía y lo que Dios quería hacer con él y con toda la humanidad. Esta actitud de Jesús ante la vida aparece de una manera sorprendente en el texto nos habla de la manera como Jesús contemplaba a la gente que daba limosnas en el templo de Jerusalén:

«Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: «Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de los que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir» (Mc. 12,41-44).

Nos puede servir también la imagen de la *estereomanía*; esos dibujos que al mirarlos de una determinada manera, permiten descubrir imágenes que no se ven en un primer momento o se ven las imágenes en tercera dimensión. No se trata de ver cosas distintas, nuevas, sino de mirar lo mismo, pero con unos ojos nuevos:

«Pero Yahveh dijo a Samuel: «No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón» (1 Sam. 16, 7).

Esta manera de mirar es lo que caracteriza a los profetas; una mirada que no es propiamente la del turista, como queda claro en el poema de Benjamín González Buelta, jesuita leonés que vive hace muchos años en la República Dominicana:

«Ay de aquellos

- que saborean el dulce del azúcar en platos refinados, pero no tienen paladar para la amargura del haitiano que corta la caña;
- que miran la belleza de las fachadas de los grandes edificios, pero no oyen en las piedras el grito de los obreros mal pagados;
- que pasean en carros de lujo por las nuevas avenidas, pero no tienen memoria para las familias desalojadas como escombros;
- que exhiben ropa elegante en cuerpos bien cuidados, pero no se preocupan de las manos que cosechan el algodón...
porque dejan resbalar sobre la vida su mirada de turistas y no contemplan detrás de las fachadas con ojos de profeta!

¡Ay de aquellos

- que sólo ven en el pobre una mano que mendiga y no una dignidad indestructible que busca justicia;
- que sólo ven en los numerosos niños marginados una plaga y no una esperanza para todos que hay que cultivar;
- que sólo escuchan en los gritos de los pobres caos y peligros y no oyen la protesta de Dios contra los fuertes;
- que sólo contemplan lo bello, lo sano y poderoso y no esperan la salvación de lo más bajo y humillado...
porque no podrán contemplar la salvación que brota en el Jesús encarnado desde abajo!⁸.

B. ¿Cómo Mirar la Vida?

1. *Mirada de acogida:*

Hay que mantener una actitud fundamental de acogida de la vida; vamos a aprender de ella; no podemos negarla ni tajarla; es fundamental tratar de ver todos los aspectos que influyen en ella; descubrir sus causas, las consecuencias de determinados acontecimientos. Por negativo que parezca en un momento dado un acontecimiento, no por eso debemos negarlo. La vida nos ofrece datos importantes que tenemos que interpretar. Los datos de la realidad por sí mismos no nos dan todo el mensaje; tenemos que interpretarlos con los ojos de Dios. Un ejemplo de ello puede ser un cuento que oí una vez:

8. BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, *La Transparencia del Barro*, Santander, Sal Terrae, 1989, 36-37.

Había una vez un sacerdote que estaba preparando una homilía para sus parroquianos; estaba escribiendo sobre la Divina Providencia; quería explicarle a su comunidad que Dios siempre provee lo que necesitamos para salvarnos. Y mientras el sacerdote escribía, sentado junto a una ventana en un segundo piso, oyó una gran explosión y comenzó a ver que la gente corría en dirección contraria a la represa que estaba un poco más alta a las afueras de la ciudad. Preguntó a alguien que pasaba lo que había ocurrido y le dijeron: «Padre, corra, porque la represa acaba de ceder y el agua va a inundar el pueblo en pocos minutos!» El sacerdote se quedó mirando su escrito y se dijo a sí mismo: «Si estoy escribiendo sobre la Divina Providencia, no está bien que yo salga corriendo ante la primera dificultad; esperaré con fe a que el Señor me salve de esta» Unos minutos más tarde el caudal de agua anegaba completamente el primer piso de su casa y ya no se veía gente corriendo. Apareció entonces una pequeña embarcación que venía recogiendo gente en las casas; se acercaron a la casa del cura y le gritaron: «Padre, súbase que el pueblo se va a inundar totalmente!» El cura se negó a subir y a desconfiar de su Dios. El agua seguía subiendo y cuando alcanzó el segundo piso, llegó otra embarcación con los últimos rezagados y le volvieron a ofrecer al padre un puesto para escapar; sin embargo el padrecito, lleno de fe se negó de nuevo. Ya cuando le tocó subirse al tejado de su casa, llegó una embarcación de la Defensa Civil que le conminó a subirse para que salvara su vida. El sacerdote, lleno de fe y esperanza en Dios, se negó rotundamente; como había otras personas atrapadas en otros tejados, los socorristas siguieron recogiendo personas. Por fin el agua cubrió totalmente la casa y el sacerdote, que no sabía nadar, se ahogó.

Cuando el padrecito llegó al cielo, pidió inmediatamente una cita con Dios Padre para que le explicara por qué le había dejado morir ahogado, cuando su fe era inmovible; Dios Padre sonrió con un gesto cariñoso y le dijo: «Pero, hijo, cómo me recriminas esto! Te mandé tres embarcaciones para salvarte y no quisiste subirme a ninguna de las tres»⁹.

9. Tomado con algunas variaciones de ANTHONY DE MELLO, *La Oración de la Rana 1*, Santander, Sal Terrae, 121994, 129-130.



Así nos pasa a veces; estamos tan obsesionados con nuestra propia manera de entender la realidad y la vida, que negamos la misma realidad que se nos ofrece. Las ideas preconcebidas de la realidad nos enceguecen; las cosas no son como deberían ser o como nosotros pensamos que deberían ser, sino como realmente son.

2. **Mirada de fe:**

Muy conectada con la anterior actitud, está la actitud de fe; para los cristianos, Dios se nos revela en la vida misma; es Dios el que va construyendo el mundo, lo va creando y lo quiere salvar. Sin embargo, esto no se descubre de una manera automática o directa. Necesitamos mirar el mundo con ojos de fe; esto es a veces mirar el mundo no como respuestas, sino como preguntas.

Ante la vida siempre cabe preguntarse qué me pide Dios con esto; no tanto sentir la vida como una respuesta de Dios a un comportamiento o a un determinado estilo de vida. La pregunta clave es qué me pide Dios con este acontecimiento concreto de mi vida personal, de la vida comunitaria, del mundo, etc. Sirva de ejemplo la fábula del zorro mutilado, del místico árabe Sa'di, que trae Anthony de Mello, en *El Canto del Pájaro*:

«Un hombre que paseaba por el bosque vio un zorro que había perdido sus patas, por lo que el hombre se preguntaba cómo podría sobrevivir. Entonces vio llegar a un tigre que llevaba una presa en su boca. El tigre ya se había hartado y dejó el resto de la carne para el zorro.

Al día siguiente Dios volvió a alimentar al zorro por medio del mismo tigre. El comenzó a maravillarse de la inmensa bondad de Dios y se dijo a sí mismo: «Voy a quedarme en un rincón, confiando plenamente en el Señor, y éste me dará cuanto necesito».

Así lo hizo durante muchos días; pero no sucedía nada y el pobre hombre estaba casi a las puertas de la muerte cuando oyó una Voz que le decía: «¡Oh tú, que te hallas en la senda del error, abre tus ojos a la Verdad! Sigue el ejemplo del tigre y deja ya de imitar al pobre zorro mutilado»¹⁰.

10. DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 106.



A esta fábula añade Anthony de Mello el siguiente comentario:

«Por la calle vi a una niña aterida y tiritando de frío dentro de su ligero vestidito y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Me encolericé y le dije a Dios: «¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlo?». Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improviso, me respondió: «Ciertamente que he hecho algo. Te he hecho a ti»¹¹.

La naturaleza obedece a sus propias leyes y Dios no está manipulándolas para hacernos daño o para premiarnos; no hace estallar volcanes, ni manda enfermedades. Dios creó el mundo y le dio unas leyes que el hombre ha ido estudiando y aprendiendo a manejar; pero todavía no controlamos del todo esas fuerzas naturales. Donde sí puede intervenir Dios, pero siempre por las buenas, es en nuestra libertad. Desde allí puede cambiar las cosas, puede abrir caminos, puede transformar las realidades.

Mirar la vida con fe es estar convencidos de que Dios trabaja en la historia y puede intervenir en la medida en que nosotros se lo permitimos; parece mentira, pero es así; Dios nunca se impone; Dios propone y señala rumbos, pero nunca se impone; es como un padre que ha formado a su hijo y le da la libertad para que haga lo que vea que es mejor; Dios tiene fe en el hombre, aunque no siempre le respondemos bien.

3. Mirada múltiple:

La realidad y la vida siempre tiene muchas maneras de mirarse; tendemos a mirarla con una actitud negativa y nos perdemos de la mitad de la realidad.

Cuentan que un día se subió a un bus un joven que venía sólo con un zapato; se sentó junto a una señora que quedó un poco impresionada; la señora, por romper el hielo le comentó al joven: «Veo que ha perdido usted un zapato»; a lo que el joven respondió, «No señora, encontré uno»¹².

11. *Ibid.*, 107.

12. Tomado con algunas variaciones de ANTHONY DE MELLO, *La Oración de la Rana 1*, Santander, Sal Terrae, 121994, 46.

Es la gente que siempre ve que la botella está *medio vacía* y no ve que está *medio llena*. Toda afirmación sobre la vida es susceptible de ser transformada en una afirmación positiva; no se trata de verlo todo color de rosa, cuando se ve claro que las cosas están mal; pero sí se trata de ver por lo menos las dos caras de toda realidad; en una de ellas, muy seguramente vendrá una salida, una llamada, una pregunta, una esperanza... Heráclito (ca. 540-480 a.C.), uno de los filósofos griegos anteriores a Sócrates decía: «El camino de subida y de bajada es uno solo y el mismo».

Una sobrina me decía hace poco: «En casa, todos están contra mí»; yo le dije: ¿Por qué no piensas si tu no estás contra todos?

4. Mirada atenta a los prejuicios:

Esta actitud es muy difícil; no vemos las cosas como son sino lo que suponemos que debemos ver; estamos llenos de prejuicios y aplicamos nuestros esquemas para leer la realidad; es imposible desprenderse totalmente de todos los prejuicios, pero por lo menos vale la pena estar atentos a estos prejuicios. Un ejemplo de ello es este:

Un hombre se fue a jugar cartas un viernes santo y perdió todo lo que tenía; volvió a su casa totalmente deprimido y le contó a su mujer que había quedado sin un peso en el bolsillo. La mujer le dijo: «Eso te pasa por jugar en viernes santo; ¿no sabes que es pecado jugar en viernes santo? ¡Dios te castigó y bien merecido que lo tienes!» El hombre se volvió hacia su señora y con aire desafiante le dijo: «¿Y qué te piensa tu, que el que me ganó todo jugó en lunes de pascua o qué?»

Quién no ha pensado alguna vez que lo que le ha pasado de bueno o de malo tenía que ver con su comportamiento moral; quién no ha atribuido alguna vez un mal a su comportamiento anterior o un bien a sus buenas obras; Dios no está castigando y premiando a la gente por sus obras; los hombres y las mujeres nos ganamos los premios o los castigos solos. No podemos echarle la culpa a Dios de todos los males ni pensar que Dios nos está premiando por portarnos bien.

Hace unos años, cuando en un atentado casi matan a Ernesto Samper Pizano, que estaba saludando a un líder de izquierda que sí fue asesinado, él decía en unas declaraciones en el periódico que aunque se vio muy mal y estuvo varias semanas en la unidad de cuidados intensivos, siempre supo que no podía morir así; que el que era un hombre creyente y pacífico, sabía que no podía morir violentamente y que Dios no lo iba a dejar morir. A los pocos días salió un artículo de la esposa de Guillermo Cano, que había sido director de El Espectador, y que fue asesinado unos meses antes por sus críticas a las mafias del narcotráfico; la señora le preguntaba a Ernesto Samper: «Si lo que usted dice es cierto, entonces mi esposo, que murió asesinado violentamente, ¿era un hombre violento que merecía esa muerte?»

Y así podríamos poner muchos otros ejemplos; los que se salvan de la muerte al caer un avión y atribuyen el milagro a la medallita que llevaban o a la oración que hicieron; y los otros que llevaban la medallita y rezaron también su oración, ¿qué? El caso más claro es el mismo Jesús; el hombre más bueno que ha producido la tierra; el hombre más santo, el hombre que vivió en todo fielmente según la voluntad de Dios, ¿por qué murió como murió? Murió solo, abandonado de sus amigos, sintiéndose abandonado del mismo Dios...

5. *Mirada de Discernimiento:*

Mirar la vida con una actitud de discernimiento es saber distinguir una cosa de otra; la vida es como una gran pesca, en la que tenemos que separar lo que nos sirve de lo que no nos sirve, lo bueno de lo malo, lo que vemos como voluntad de Dios, de lo que no es voluntad de Dios; o lo que sencillamente no depende de Dios en términos inmediatos.

El criterio último del discernimiento del cristiano es Jesús. Con esto, pasamos a la segunda dimensión de la que vamos a hablar. Tenemos que juzgar la vida desde la Palabra de Dios; y la Palabra de Dios, es Jesús.



Segunda Dimensión: Juzgarla desde la Palabra: El Hijo

A. La Biblia y las gafas

Un teólogo carmelita, durante un curso de Biblia en un barrio popular de Bogotá hizo esta dinámica que ayudó mucho a la gente a entender el sentido de la lectura de la Palabra de Dios para los católicos. Estaba en medio de la comunidad y se quitó las gafas y comenzó a contar:

«Había una vez un señor que pertenecía a una comunidad; su nombre era Marcos; todas las semanas participaba de la reunión en la que hablaban de los problemas de la comunidad, leían la Biblia y rezaban juntos. Pero un buen día don Marcos, que ya tenía setenta y dos años, comenzó a saludar a la gente con otro nombre; a doña Belén la saludó como si fuera Angela; a Angela la confundió con Mariela; a Saulo lo confundió con Benjamín; a don José lo saludó como si fuera la señora Josefina.

Todos los que estaban presentes no corrigieron a don Marcos, sino que lo saludaban naturalmente, aunque todos sabían que se estaba equivocando. Algunos se quedaron después de la reunión y comentaron lo sucedido; llegaron a la conclusión que lo que le pasaba a don Marcos era que le estaba fallando la vista, de modo que decidieron hacer una colecta para llevar a don Marcos al médico para que le formulara unas gafas.

Así se hizo; doña Mercedes se encargó de recoger la colaboración de todos y le dijo en privado a don Marcos que fuera al médico; a los quince días llegó don Marcos otra vez a la reunión con las gafas en las manos y mostrándole a todo el mundo sus nuevas gafas; pero, evidentemente, como llevaba las gafas en las manos, volvió a confundir a todo el mundo; le decía a Carlos: «¡Mire don Saulo las gafas tan bonitas que me regalaron!»; y a doña Belén le dijo: «Cuánto les agradezco doña Josefina por estas gafas tan buenas que me han regalado entre todos! ¡Dios se lo ha de pagar!».

Algunas conclusiones a las que pudimos llegar en el curso fueron estas:



- Así pasa con la Biblia; la gente la recibe y está muy orgullosa de tenerla, pero no la utilizan para lo que es.
- La Biblia no es para mostrarla a los demás, sino para poder ver a los hermanos que tenemos al lado; es para reconocer los rostros concretos de los que participan de la comunidad; para reconocer a los que sufren junto a nosotros.
- La Biblia es como unas gafas que nos sirven para ver la realidad con los ojos de Dios; no es para quedarnos viéndola a ella sola y mostrándola orgullosamente a los demás para mostrarles que tenemos Biblia y que nos la sabemos de memoria.
- Los católicos utilizamos la Biblia como medio para reconocer la Palabra de Dios en la vida de nuestra comunidad, en la vida de la gente.
- Tener gafas y no colocárselas es como los que compran la Biblia y luego la colocan en un lugar bien bonito de la casa junto a un Crucifijo y a una imagen de la Virgen. Nunca la abren para leerla en grupo ni personalmente. Es como un adorno más en la casa.
- La Biblia es como unas gafas con las que podemos leer el primer libro que Dios escribió, el libro de la Vida, de la Historia, de los acontecimientos.

B. Algunas claves para leer la Biblia

1. *Lo que dice y lo que quiere decir*

Lo importante al leer la Biblia es estar atentos al mensaje de fondo que trae determinado pasaje; los regalos que recibimos siempre vienen envueltos en papeles que no son los importantes; hay gente que recibe un regalo, tira el contenido y guarda el papel. El mensaje de la Biblia viene *envuelto* en formas literarias muy diversas; no podemos quedarnos en la forma literaria, sino ir al contenido. Esto puede quedar más claro con la historia del Huevo de oro:

«Un pasaje de un texto sagrado:

Esto dice el Señor: Había una vez una gansa que ponía cada día un huevo de oro. La mujer del propietario de la gansa se deleitaba en las riquezas que aquellos huevos le procuraban. Pero era una mujer muy avariciosa y no podía soportar esperar pacientemente día tras



día para conseguir el huevo. De modo que decidió matar a la gansa y hacerse con todos los huevos de una vez. Y así lo hizo: mató a la gansa y lo único que consiguió fue un huevo a medio formar y una gansa muerta que ya no podía poner más huevos.

¡Hasta aquí la palabra de Dios!

Un ateo oyó este relato y se burló: «¿Esto es lo que llamáis palabra de Dios? ¿Una gansa que pone huevos de oro? Eso, lo único que demuestra es el crédito que podéis dar a eso que llamáis 'Dios'...».

Quando leyó el texto un sujeto versado en asuntos religiosos, reaccionó de la siguiente manera: «El Señor nos dice claramente que hubo una gansa que ponía huevos de oro. Y si el Señor lo dice, tiene que ser cierto, por muy absurdo que pueda parecer a nuestras pobres mentes humanas. De hecho, los estudios arqueológicos nos proporcionan algunos vagos indicios de que, en algún momento de la historia antigua, existió realmente una misteriosa gansa que ponía huevos de oro. Ahora bien, preguntaré, y con razón, cómo puede un huevo, sin dejar de ser huevo, ser al mismo tiempo de oro. Naturalmente que no hay respuesta para ello. Diversas escuelas de pensamiento religioso intentan explicarlo de distintos modos. Pero lo que se requiere, en último término, es un acto de fe en este misterio que desconcierta a la mente humana».

Hubo incluso un predicador que después de leer el texto, anduvo viajando por pueblos y ciudades, urgiendo celosamente a la gente a aceptar el hecho de que Dios había creado huevos de oro en un determinado momento de la historia.

Pero ¿no habría empleado mejor su tiempo si se hubiera dedicado a enseñar las funestas consecuencias de la avaricia, en lugar de fomentar la creencia en los huevos de oro? Porque ¿no es acaso infinitamente menos importante decir «Señor, Señor!», que hacer la voluntad de nuestro Padre de los cielos?»¹³.

Es fundamental, al acercarnos a la Biblia, tener muy claro que la verdad que se nos revela allí, es una verdad de sentido, una

13. DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 149-150.



verdad teológica, y no una verdad científica. Esto no quiere decir que lo que nos revela la Biblia sea mentira; es una verdad distinta y que supone una lectura crítica; el Concilio Vaticano II nos decía en la Constitución dogmática *Dei Verbum*:

«Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, *los géneros literarios*. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios»¹⁴.

Los géneros utilizados en la Biblia, pues, nos deben ayudar a interpretar lo que querían decir los autores y lo que Dios mismo nos quería revelar con sus palabras. No es lo mismo un texto poético, que un texto histórico, o una parábola, o una comparación.

En nuestra vida ordinaria sabemos distinguir distintos géneros y sabemos darle el valor que merecen, sin rechazar nada de lo aprendemos de ellos. Sabemos distinguir lo que leemos en un artículo de periódico, o en un libro de geografía, o en una novela, etc. En conclusión, pues, no debemos estar tan atentos y apegados a lo que *dicen* los autores, sino a lo que *querían decir*, de acuerdo al género literario que utilizan.

2. Los dos sentidos de la palabra

Las palabras pueden ser portadoras de unas ideas o reveladoras de una persona. Generalmente estamos más atentos a una cosa o a la otra; le damos prioridad a uno de los dos mensajes; esto es lo que hace la diferencia entre una conferencia y una conversación. En la primera, lo que nos interesa es lo que dice la persona, sus ideas, sus

14. Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (*Dei Verbum*), n. 12.



planteamientos, la lógica de sus argumentos; en la conversación no interesan tanto las ideas, y la lógica, sino la persona que tenemos delante y que se nos revela a través de lo que dice.

Junto a la conferencia, podríamos colocar también un libro, un texto escolar, un discurso, un artículo de periódico, un artículo científico, etc. La actitud aquí es de atención a las ideas y en un segundo plano coloco a la persona que lo haya escrito. Por otra parte, cuando leo una carta de un ser querido, un diario íntimo, un testimonio de vida, etc., la atención se centra en la persona que habla, escribe, se revela a través de lo que dice. Lo que dice me interesa, pero tanto en cuanto me revela a la persona. La primera actitud se acerca a la palabra en busca de ALGO, mientras que la segunda actitud se acerca a la palabra en busca de ALGUIEN.

Estos dos sentidos de la palabra humana, los podemos encontrar también en la Biblia, en la Palabra de Dios. Especialmente en el Evangelio, podemos leerlo con una actitud del que se acerca a unas ideas, o del que se acerca a una persona. La primera actitud es la del estudioso de la Biblia, el exégeta que trata de entender lo que se dice y por qué se dice. La segunda actitud es la del que se acerca a la Palabra de Dios en busca de una persona que se le revela en ella.

Cuando leamos el Evangelio, pues, no vayamos con la actitud del que va a un texto escolar, del que busca normas, ideas, lógica; vayamos al encuentro de ALGUIEN; y veamos cómo ese alguien se nos revela en lo que dice el texto; ¿cuáles son los sentimientos, las actitudes de Jesús? Su vida ilumina mi vida, pero no me da normas fijas para seguir; Jesús no me quita la responsabilidad de inventar *mi* propia respuesta ante lo que tengo delante.

Por esto mismo, no hay que ir al Evangelio con la pregunta de ¿qué se manda?; ¿qué se condena?; ¿qué dice que tengo que hacer? Más bien se puede preguntar ¿qué hace Jesús? ¿Cómo reacciona Jesús? ¿qué actitudes tiene ante determinada situación? ¿qué siente Jesús?; y luego si puedo preguntarme, ¿cómo este comportamiento, sentimiento, actitud, reacción de Jesús ilumina mi vida hoy? ¿Qué haría Jesús en este caso en el que yo estoy?



Cuentan que una vez un párroco tuvo que dejar su parroquia por unos días y dejó a su vicario al frente de la parroquia; al llegar del viaje, el párroco preguntó al vicario qué cosas especiales habían pasado; el vicario le dijo: «No hubo nada especial; solamente un día, en la misa de siete, llegó una persona que se que es protestante y participó en la misa; estaba pendiente de lo que hacía en toda la celebración y no hubo nada raro en su actitud; pero en el momento de la comunión, vi que esta persona se puso en la fila para comulgar y poco a poco se iba acercando; de modo que yo me pregunté a mí mismo, ¿qué haría Jesús en una situación similar?» En ese momento el párroco lo interrumpió con una exclamación de asombro: «¡No me digas que hiciste eso!»

3. Leer los textos en su contexto

Muchas veces perdemos el sentido de los textos que leemos, porque los leemos separados de su contexto; un ejemplo típico de esto, me parece que puede descubrirse en la siguiente historia:

«El comandante en jefe de las fuerzas de ocupación le dijo al alcalde de la aldea: «Tenemos la absoluta certeza de que ocultan ustedes a un traidor en la aldea. De modo que si no nos lo entregan, vamos a hacerles la vida imposible, a usted y a toda su gente, por todos los medios a nuestro alcance».

En realidad, la aldea ocultaba a un hombre que parecía ser bueno e inocente y a quien todos querían. Pero ¿qué podía hacer el alcalde, ahora que se veía amenazado el bienestar de toda la aldea? Días enteros de discusiones en el Consejo de la aldea no llevaron a ninguna solución. De modo que, en última instancia, el alcalde planteó el asunto al cura del pueblo. El cura y el alcalde se pasaron toda una noche buscando en las Escrituras y, al fin, apareció la solución. Había un texto en las Escrituras que decía: «Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación».

De forma que el alcalde decidió entregar al inocente a las fuerzas de ocupación, si bien antes le pidió que le perdonara. El hombre le dijo que no había nada que perdonar, que él no deseaba poner a la aldea en peligro. Fue cruelmente torturado hasta el punto de que sus gritos pudieron ser oídos por todos los habitantes de la aldea. Por fin fue ejecutado.



Veinte años después pasó un profeta por la aldea, fue directamente al alcalde y le dijo: «¿Qué hiciste? Aquel hombre estaba destinado por Dios a ser el salvador de este país. Y tú le entregaste para ser torturado y muerto».

«Y qué podía hacer yo?», alegó el alcalde. «El cura y yo estuvimos mirando las Escrituras y actuamos en consecuencia».

«Ese fue vuestro error», dijo el profeta. «Mirasteis las Escrituras, pero deberíais haber mirado a sus ojos»¹⁵.

Si recuerdan, este pasaje está en el Evangelio de Juan; son las palabras de Caifás, el Sumo Sacerdote. Cuando el Sanedrín está discutiendo lo que deben hacer ante Jesús, después de la resurrección de Lázaro, Caifás pronuncia estas palabras que son la sentencia de muerte de Jesús (Juan 11,50). No basta, pues, encontrar LA respuesta a nuestros interrogantes; es fundamental leer todo el pasaje, todo el texto y si es necesario el capítulo o el libro entero, para entender una frase. Cuando sacamos las frases de su contexto, es muy fácil que nos engañemos.

Es conocida la queja de personas que son entrevistadas para algún periódico o revista y que se quejan porque han colocado frases que efectivamente dijeron, pero son presentadas sin el contexto de la conversación, de la pregunta, etc.

Pero aquí no aparece sólo la necesidad del contexto; aparece también la necesidad de leer primero la situación en la que estamos; ya hemos dicho que el Evangelio, o la Biblia no es una fuente infinita de fórmulas para aplicar inmediatamente a la vida; es fundamental *mirar a los ojos* del que tenemos al frente; mirar a los ojos de la misma realidad a la que queremos responder y ante la cual tenemos que reaccionar.

Cuando Jesús está hablando del amor a los enemigos y la forma de ayudarles a que cambien dice: «(...) al que te abofetee en la mejilla

15 DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 66-67.



derecha, ofrécele también la otra» (Mateo 5,39); sin embargo esto no es una norma para aplicar directamente sobre toda realidad; Jesús está hablando de no resistir al mal con mal; invita a vencer el mal con el bien, vencer el odio con amor... Cada uno tiene que ver cómo, de acuerdo a sus circunstancias y SU situación, tiene que responder.

El Evangelio de Juan nos cuenta cómo, cuando Jesús estaba siendo juzgado por el Sanedrín, el Sumo Sacerdote le pregunta sobre sus discípulos y su doctrina; Jesús le respondió que siempre había hablado en público, y que no había dicho nada en secreto, que le preguntara a los que lo habían oído... «Apenas dijo esto, uno de los guardias que allí estaba, dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así contestas al Sumo Sacerdote?» Jesús le respondió: «Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Juan 18,22-23). Es una reacción distinta, en una situación similar a la de la frase de la que estamos hablando; ¿será que Jesús se contradice? ¿será que Jesús no es coherente con lo que dice? ¿será que Jesús *predica pero no aplica*, como decimos tanto de muchas personas?

El principio sigue igual: *No responder al mal con mal; vencer el mal a fuerza de bien*; eso no significa que en cada situación tenemos que inventarnos una respuesta nueva, que sea coherente con el principio, pero no que reproduzca una *fórmula*. Si esto no fuera así, ¿qué haríamos con afirmaciones como las siguientes?:

«Si pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego» (Mateo 18,8-9).

Por tanto, tenemos que tener en cuenta que el Evangelio no es para aplicarse sin más; no se trata de una lista de normas, fórmulas, recetas... Es una vida que nos puede inspirar e ilumina nuestra propia vida, pero no nos exime de buscar nuestras propias respuestas a nuestras propias circunstancias...



4. **Leer la Biblia en Comunidad**

Esta última recomendación se conecta con la siguiente dimensión que vamos a tratar; es claro que cuatro ojos ven más que dos... La clave de las Comunidades Eclesiales de Base, en América Latina, y de las primeras comunidades cristianas, es el hecho de que no se asume el seguimiento de Jesús como una cuestión personal, privada, individual... Y como el seguimiento de Jesús, tampoco la lectura y la comprensión de la Palabra de Dios.

La gran mayoría de los textos bíblicos fueron escritos para comunidades, para asambleas litúrgicas; no son escritos, a excepción de algunas cartas del NT, para un solo destinatario; se escribieron pensando en comunidades de creyentes que se reunían para celebrar la vida y la fe. De hecho, casi siempre que leemos la biblia lo hacemos en asambleas litúrgicas; sin embargo, el espacio para la participación en el proceso de lectura e interpretación de la Palabra de Dios se ha concentrado en unos cuantos: los sacerdotes; y ni siquiera los mismos sacerdotes utilizamos la Palabra de Dios como inspiración de nuestras predicaciones, sino que recurrimos a otras fuentes más o menos inspiradoras.

El ideal, pues, es que una comunidad de no más de quince o veinte personas, se pudiera reunir para leer un libro de la Biblia, y comentarlo, dejando que diga algo a la misma vida de la comunidad. En el momento en el que unimos la *Vida* con la *Palabra de Dios*, se ilumina la vida de la *comunidad*. Suele compararse con un bombillo que une dos pequeños cables a través de una resistencia y generan luz. A esto es a lo que llamamos: *Construir en el Espíritu*.

Tercera Dimensión: Construir la Comunidad: El Espíritu

A. Un Cuerpo para el Espíritu

No basta *mirar la vida* (primera dimensión) y *juzgarla desde la Palabra* (segunda dimensión); es fundamental pasar a la acción (tercera dimensión); siguiendo la dinámica de la Revisión de Vida y la dinámica que está a la base de la Teología de la Liberación, tenemos que dar un paso más.



«No todo el que diga: 'Señor, Señor', entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (...) «Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina» (Mt.7,21.24-26).

La tercera dimensión, pues, es un paso hacia la acción; y la acción típica que se desprende de las dos dimensiones anteriores, es la construcción de la comunidad; esta es la acción típica del Espíritu Santo. El texto más claro de todo el NT que se refiere a este proceso de construcción de la comunidad cristiana lo trae Pablo en su primera carta a los Corintios:

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

También el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato?

Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!»

Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo.

Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?» (1 Corintios 12,12-30).

Según este texto, el cuerpo es uno (12,12.13.20); tiene muchos miembros (12,12.14. 18.20); los miembros son diversos (12,13.15.16.17. 28.29); los miembros están distribuidos según la voluntad de Dios (12,18.28); los distintos miembros se necesitan unos a otros (12,21); los miembros más débiles son indispensables (12,22); los miembros que nos parecen más viles, los rodeamos de mayor honor (12,23); hay solidaridad entre los miembros, en el sufrimiento y en el gozo (12,26).

A partir de estas características, vamos a desarrollar algunas de las consecuencias que se siguen para la construcción de una comunidad cristiana.

B. La unidad en la diversidad

El cristiano, en cuanto individualidad y también en cuanto referido a una comunidad particular, hace parte de un todo más amplio que es el Cuerpo vivo del Señor Resucitado en la historia; esto supone que no es autosuficiente en su existencia, sino que vive

en cuanto se abre a una comunión más amplia con otros creyentes. De esta doctrina del Cuerpo de Cristo, se desprendería una eclesiología que difiere de otras que aparecen en el mismo Nuevo Testamento. La Iglesia, la comunidad de los creyentes, forman, pues, el Cuerpo del Señor resucitado en la Historia.

Esta necesaria comunión con otros es una exigencia irrenunciable, porque «así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros» (Romanos 12, 4-5).

En la Iglesia, Cuerpo de Cristo, ningún miembro se basta a sí mismo; ningún miembro puede despreciar a los otros ni considerarlos fuera del cuerpo: «Y no puede el ojo decir a la mano: «No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «No os necesito!» (1 Corintios 12,21). La comunión se da en un movimiento recíproco de reconocimiento; esta comunión supone que los distintos miembros no desempeñamos todos la misma función y que no hay unos miembros más importantes que otros.

Aparece en este texto una fundamentación clara de los distintos ministerios que existen en la comunidad cristiana; todos nos necesitamos mutuamente en la construcción de la comunidad; una Iglesia que se construya desde esta conciencia será una Iglesia que acoja a todos sus miembros en su diversidad reconociendo el valor que tiene su propio servicio y su propio ser.

La comunión exige, pues, el mutuo respeto de los miembros en su especificidad; cada uno debe cumplir su función dentro del cuerpo sin despreciar el papel que los otros cumplen; papeles distintos, pero todos necesarios: «Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todos fueran un solo miembro ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo.» (1 Corintios 12,18-20). Unos y otros son necesarios para construir la comunión. La cabeza necesita de los pies y los pies de la cabeza.



La concepción de la Iglesia como un todo vivo en movimiento que supone respeto de los carismas y la dimensión institucional y carismática en contraposición sana y madura, hace que se haga necesaria la *corresponsabilidad*, deber y derecho de todos los cristianos. El Espíritu vive y habla desde todos y cada uno de sus miembros: «en los movimientos comunitarios cristianos también está el Espíritu señalando pistas a la Iglesia; ahí también debe ser escuchado y obedecido»¹⁶.

A partir de esta característica descrita por San Pablo, tendríamos que reformular la comunión eclesial:

«una reformulación en el estilo de la comunión de todos. Junto al obispo debe contar y valer también el cantante; al lado del sacerdote, el animador laico de un grupo; junto al religioso, el labrador; al lado del pobre querido por Dios por ser pobre, no tanto por ser bueno, el rico convertido a la causa de la justicia. En la Iglesia-toda-Pueblo de Dios, rige una fraternidad evangélica que se expresa en la complementariedad de las funciones y en la superación de la rígida división eclesiástica del trabajo; nadie tiene el monopolio de enseñar, sino que todos aprenden uno de otro, siendo discípulos del único Maestro, Jesús (Cf. Mt. 23, 10)»¹⁷.

La unidad, pues no es ya *uniformismo*, sino que se presenta como una nueva forma de relación entre diversos miembros que tienen funciones y características distintas, pero todas ellas necesarias e importantes para la construcción del cuerpo del Señor en la historia. Esto nos lleva a desarrollar una reflexión en torno al pluralismo que surge de esta nueva manera de entender la unidad.

C. La pluralidad

A partir del texto que estamos estudiando, tenemos que reconocer que la diversidad de miembros no es un obstáculo para la unidad; esta *diversidad* es más bien una condición de la comunión; «Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo?» (1 Corintios 12,19).

16 Luis Hernández Mart, Hacia un discernimiento de la jerarquía sobre los movimientos comunitarios de base?: *Diakonía* 19 (1981) 52.

17. Leonardo Boff, *Y la Iglesia se Hizo Pueblo*, Bogotá, Paulinas, 1987, 98-99.



Sin embargo, es muy importante que la apertura a la pluralidad no nos termine llevando por caminos que no construyen la *comuni3n* en el Cuerpo del Se1or:

«El pluralismo, como realidad enriquecedora de la comuni3n, es, pues, importante. Pero un pluralismo que, sutil o burdamente, oscureciera lo que es absolutamente claro para la fe cristiana, que justificase ese encubrimiento en nombre de la diversidad de situaciones, culturas y teologías, no lograr3 la comuni3n eclesial «cristiana»¹⁸.

Hay cosas que no admiten diferentes interpretaciones y la diversidad de opiniones o pr3cticas sobre determinados puntos fundamentales, puede resultar encubridoras en lugar de enriquecedoras.

¿Cu3l es, entonces, el criterio que permite reconocer el pluralismo sano del pluralismo encubridor? ¿C3mo llegar a discernir la diversidad que construye la comuni3n y la diversidad que favorece el individualismo? La respuesta la podemos encontrar en los versículos finales del texto que estamos estudiando.

D. La comuni3n alrededor de los m3s d3biles

En el Cuerpo del Se1or, los m3s d3biles deben ser tratados con especial cuidado: «M3s bien los miembros del cuerpo que tenemos por m3s d3biles, son indispensables, y a los que nos parecen m3s viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. As3 a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando m3s honor a los miembros que carecen de 3l, para que no hubiera divisi3n alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los dem3s sufren con 3l. Si un miembro es honrado, todos los dem3s toman parte en su gozo» (1 Corintios 12, 22-26).

Los miembros que tenemos por m3s d3biles, los que parecen m3s viles, las partes m3s deshonestas, son las que han recibido, por la voluntad de Dios, un cuidado mayor; es alrededor de estos miem-

18. Jon Sobrino, *Comuni3n, conflicto y solidaridad eclesial: *Mysterium Liberationis**, t.II, Madrid, Trotta, 1990, 234.



bros, ya pasando el símil de la Iglesia como Cuerpo del Señor, como debe construirse la comunión a la que invita Pablo:

«Cuál es entonces el centro real de la Iglesia universal que genera comunión porque atrae o tiene capacidad de atraer cristianamente a las demás iglesias locales? Ya lo hemos dicho; ese centro es movable. Hoy es la Iglesia de los pobres, iglesias prácticamente todas ellas en el Tercer Mundo. Eso es así de hecho y debiera serlo de derecho. Pero lo es precisamente –y esto hay que recalcarlo– porque la comunión que busca prioritariamente esa Iglesia de los pobres no es hacia dentro de ella misma y de las demás iglesias, sino la comunión con un mundo de pueblos crucificados»¹⁹.

Este texto de Jon Sobrino, en el que se describe a la Iglesia de los pobres, como el centro aglutinador de toda la Iglesia, nos recuerda también que en todas las comunidades cristianas locales, hay miembros más *débiles* que deben constituirse en centro de la comunión de las iglesias. Los pobres, los marginados, los que sufren, los que lloran, los que han sido declarados malditos por nuestra sociedad, deben seguir siendo, como en las primeras comunidades, y sobre todo, como lo fue en la práctica de Jesús de Nazaret, el centro de nuestra comunión. Es alrededor de estos sacramentos de la presencia de Dios en los que se nos revela de una manera más clara la llamada a vivir construyendo el Cuerpo del Señor en la historia.

Sólo así, la Iglesia podrá, efectivamente, seguir siendo *sacramento universal de salvación* para todo el mundo; ser fieles a esta propuesta paulina de comunión en el Cuerpo del Señor, supone que la Iglesia dejará de lado otros esquemas organizacionales que reproducen, con demasiada frecuencia, las estructuras verticales y poco cristianas de nuestras sociedades: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mateo 20,25b-28).

19. *Ibid.*, 235.



A modo de conclusión

A. El camino de Emaús

Para concluir este artículo, quisiera presentar una reflexión en torno a un pasaje muy leído entre nosotros, que me parece que refleja claramente estas tres dimensiones fundamentales de una Espiritualidad trinitaria; es el pasaje de los discípulos de Emaús, que nos presenta Lucas al final de su Evangelio:

«Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y **conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado**. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. El les dijo: **«¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?»** Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» El les dijo: «¿Qué cosas?» Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazoreo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.» El les dijo: «Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, **les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras**. Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se

lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» **Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos**, que decían: «¿Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan» (Lucas 24, 13-35).

1. *Mirar la Vida*

Este pasaje, claramente catequético, tiene una estructura eucarística; la eucaristía también sigue, más o menos, la dinámica que venimos explicando. Dos discípulos de Jesús, después de su muerte en la cruz, van de camino «*conversando entre sí sobre todo lo que había pasado*». El Señor se acerca y se une al camino que llevan ellos sin que ellos lo reconozcan; hablan de la primera dimensión; están mirando sus vidas y lo que ha pasado entre ellos; Jesús se interesa por su conversación y poco a poco les va escuchando.

2. *Juzgar desde la Palabra*

Una vez Jesús ha escuchado *lo que ha pasado*, comienza a iluminar esa realidad con las Escrituras: «Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, *les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras*». Después ellos mismos van a reconocer que al escuchar estas explicaciones les ardía el corazón. Al llegar al pueblo, Jesús hace como si fuera a seguir su camino, pero ellos lo invitan a entrar, le piden que se quede con ellos: «*Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado*». Aparece aquí la atención que dan al *peregrino*, al forastero, al que no es de la comunidad, pero puede recibir algo de ellos; la sorpresa es que este *compartir* con el débil es también enriquecedor para ellos; se sientan a la mesa y al partir el pan, símbolo claro de una vida de comunidad abierta a los más sencillos, reconocen que es el mismo Jesús el que está delante de ellos.

3. Construir en el Espíritu

La sorpresa que se lleva uno, cuando lee este texto sin muchos prejuicios, es que a pesar de que la tarde había caído y ya no sólo estaba declinando el día, sino que ya había entrado la noche, no tienen el menor reparo en salir inmediatamente hacia Jerusalén al encuentro de los doce; sienten la imperiosa necesidad de anunciar lo que han recibido y, al mismo tiempo, la imperiosa necesidad de *construir la comunidad en el Espíritu del Resucitado* que acaban de experimentar partiendo con ellos el pan.

B. La Dinámica de la Vida de Dios

Esta dinámica que va de la Vida a la Palabra y de ésta a la Construcción de la Comunidad, es la dinámica de la vida de Dios:

1. Dios Padre de la Vida

Dios Padre, fuente de la vida, creador del cielo y de la tierra; es el artífice de toda la realidad; la está creando y está tratando de salvarla constantemente. El Dios Padre de la Vida es el que se revela en la historia, en la realidad, en los acontecimientos de nuestra vida. Dios Padre, el que nunca descansa; el que siempre está trabajando y revelándose a todos a través de la Creación entera.

2. La Palabra hecha Carne

Dios Hijo, la Palabra hecha carne, es el que ha hecho posible que conozcamos plenamente el proyecto de Dios sobre los hombres y sobre toda la creación. La Palabra de Dios, encarnada es Jesús de Nazaret, completamente dócil a la acción del Padre y que nos revela el rostro de Dios plenamente. Jesús, el hijo de María, el carpintero de Nazaret, fue un hombre de su tiempo. Como muy bien lo afirma el Concilio, Jesús «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obra con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»²⁰.

20. Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n° 22.5 Cfr. JÜRGEN MOLTMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.



Sin embargo, su característica más típica es que vivió una apertura fundamental a la voluntad de su Padre Dios, que le llevó a *conformarse* de tal modo a él, que para sus amigos más cercanos y para nosotros, desde la fe, llega a ser uno con El: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30); esta afirmación de identidad llega a su expresión más plena en la respuesta que pone Juan en labios de Jesús ante la petición de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Juan 14,8), a lo que responde Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14,9).

Jesús ofrece, pues, un espacio de humanidad totalmente disponible y totalmente abierto al amor misericordioso de Dios Padre. Es precisamente en esta humanidad de Jesús, que se hace totalmente obediente a la voluntad del Padre, donde se nos revela la divinidad de Jesús. Jesús, verdadero hombre –igual a nosotros en todo, menos en el pecado–, es verdadero Dios. Su obediencia plena a la voluntad del Padre, es lo que lo convierte –en palabras de la Carta a los Hebreos– en «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Hebreos 5,9).

De tal manera Jesús se *conformó* con la voluntad del Padre, de tal manera Dios Padre *conformó* a Jesús con su voluntad, que la persona humana de Jesús, desde su límite, se hizo transparencia plena de Dios, «resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» (Hebreos 1,3). Se hizo «Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación» (Colosenses 1,15).

Su obediencia llegó hasta la muerte y muerte de cruz: «Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble* en los cielos, en la tierra y en los abismos, *y toda lengua confiese* que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2,9-11). La divinidad de Jesús es la plena obediencia a la voluntad del Padre; esta obediencia es la que lo constituye en causa de salvación; con otras palabras lo afirma San Pablo en la carta a los Romanos: «En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Romanos 5,19).



Todos los hombres hemos recibido una misma vocación, una misma llamada, con Jesús, a participar de la vida de Dios como hijos: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en sus presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado». (Efesios 1,3-6).

3. *El Espíritu que construye la Comunidad*

Dios Espíritu Santo, es el que impulsa la historia hacia la plenitud; es el Espíritu de Dios Padre y de Dios Hijo; la fuerza creadora de la Historia que empuja todo hacia la consumación final. Su actividad más típica, como ya hemos dicho, es la construcción de las personas en comunidad. En el libro de los Hechos de Apóstoles, se ve claramente su acción en la construcción de la Iglesia naciente y sigue presente hoy entre nosotros.

La dinámica de esta Espiritualidad trinitaria, es la dinámica propia de la vida de Dios. En la medida en que nos dejemos llevar por esta fuerza histórica, iremos caminando hacia la construcción del Reino de Dios entre nosotros. La Primera Carta de San Juan nos recuerda que, «ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Juan 3,2). Y esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro.

Sumario:

La vida religiosa, la vida consagrada, desde el comienzo de su historia ha tenido la clara intención de radicalizar valores evangélicos. Esta intuición del Espíritu dada a hombres y mujeres, ha venido suscitando, aportando y generando dinamismos capaces de consolidar sociedades libres. En el hoy de nuestro continente, la Vida Consagrada está llamada a ser expresión de la espiritualidad liberadora e inculturada, en cuanto que como signo del Reino de Dios, significa la acción liberadora del Dios siempre fiel y cercano a su pueblo, especialmente a los más desprotegidos.

Vida religiosa y Espiritualidad en la Nueva Evangelización

Padre Ignacio Madera Vargas, SDS

Licenciado en Filosofía y Letras.
Magister en Teología, Pontificia Universidad Javeriana.
Licenciado en Teología.
Especialidad en Ciencias Familiares y Sexología,
Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.
Provincial de los Padres Salvatorianos.
Tel.: 347 0681 / Bogotá - Colombia

Me propongo hacer algunos planteamientos acerca de los dinamismos vividos por la vida religiosa¹ latinoamericana que han suscitado un movimiento espiritual en consonancia con la propuesta de una nueva evangelización. Mi pretensión llega solo hasta allí. Por ello, además de señalar el marco teológico global, es decir, algunas características de una teología que soporta la búsqueda espiritual de la vida consagrada, haré una reflexión sobre las líneas orientadoras de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos y Religiosas, CLAR, y los acentos que en ellas identifico como implícitos y explícitos renovadores de la espiritualidad de nuestro estilo de vida en la Iglesia de América Latina.

UNA COMPRENSIÓN

La vida religiosa es un don del Espíritu en la Iglesia que surgió en la historia de la misma con la clara intención de radicalizar valores evangélicos. Los fundadores y fundadoras han sido hombres y mujeres del Espíritu llenos de un profundo sentido eclesial y animados por una experiencia interior capaz de realizar acciones verdaderamente heroicas. Podemos decir con Metz que la vida religiosa ha buscado, entre luces y sombras “vivir el proyecto cristiano desde las crestas de la profecía²”.

En la fe confesamos que el Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Jesucristo, uno con el Padre, ha estado siempre en la historia de la humanidad. Y en la de América Latina podemos rastrearlo desde los

1. Utilizaré indistintamente las expresiones Vida Consagrada y Vida Religiosa para referirme a una misma realidad en la Iglesia retomando la tradición de *Perfectae Caritatis* y uniéndola a la establecida en *Vita Consecrata*
2. J.B. METZ, *Las Ordenes Religiosas*, Herder, Barcelona, 1978. *Caminar desde Cristo* 6.



tiempos de las primeras tribus que habitaron estas tierras en su búsqueda de la divinidad, hasta los campesinos y campesinas de hoy, los obreros y trabajadores, indígenas y comunidades negras, hombres y mujeres que siguen luchando por una tierra sin males.

El Espíritu en los primeros que quisieron evangelizar respetando las culturas y reconociendo la humanidad de indígenas y negros. El mismo Espíritu en las luchas libertarias de todos aquellos y aquellas que buscaron la consolidación de sociedades libres. Y de los primeros religiosos europeos que fundaron conventos y consolidaron monasterios fuimos pasando a una vida religiosa mestiza, amerindia. Los noviciados y casas religiosas empezaron a sentir el pulso de los hombres y mujeres latinoamericanos, que llamados a una vida novedosa y sorprendente, trajeron su cultura y tiñeron este estilo de vida de colores nuevos.

Verdaderamente, la historia de este continente puede ser leída como una gesta del Espíritu³. Y una espiritualidad es algo así como el Espíritu en acción. El Espíritu impulsando la vida de su Iglesia y suscitando en su interior grandezas y hechos sugestivos de gracia a pesar de los errores lamentables y de las radicalizaciones innecesarias. Una de esas acciones del Espíritu, es la vida religiosa. En la medida que ella permanece fiel a la Palabra revelada, a la intencionalidad fundacional y a los signos de los diversos momentos históricos desde sus inicios hasta el presente, se ofrece como modo de vida paradigmático. Sobre todo en momentos críticos del devenir de la historia de la gran Iglesia.

EL MARCO TEOLÓGICO GLOBAL

La teología de la Vida Consagrada es teología acerca de un modo de vivir; por tanto ella no se ocupa de temas sino de dinamismos vitales en la historia; de allí que incluya un componente existencial y un componente histórico.

283

3. I. MADERA, Rastreado la acción del Espíritu, Revista Vinculum, Conferencia de Religiosos de Colombia, Julio de 1998. Puebla 739-740 .



Por su componente existencial, debe establecer diálogos con la psicología de manera que podamos comprender los fenómenos que afectan al sujeto, hombre o mujer, que asumen este particular estilo de vida. Una comprensión de la complejidad del sujeto nos llevará a construir una teología de la Vida Religiosa capaz de integrar en sus reflexiones una comprensión de la realidad humana en profundidad para así descubrir con mayor claridad, lo que de Dios hay en lo más íntimo de cada uno y cada una⁴. Así, la experiencia espiritual se cuidará de ser una proyección de necesidades o ideales inalcanzables y se consolidará como la fuerza que impulsa la vida y los compromisos históricos.

En virtud del componente histórico, debe dialogar con las ciencias sociales y de la comunicación, de manera que el sujeto se ubique en un contexto y pueda determinar los mecanismos institucionales que afectan su experiencia como religioso o religiosa; así puede construirse como persona y como grupo que realiza los ideales que las sociedades niegan en lo que se refiere a lo humano fundamental, siendo testimonio de la dimensión trascendente de la vida humana y de la acción de Dios en el acontecer histórico.

Una teología cristiana

La Teología de la Vida Religiosa, en cuanto teología cristiana, tiene un eje sustentador: el seguimiento de Jesucristo. Bebe de las fuentes de la Escritura, especialmente del Nuevo Testamento. Y, en cuanto que ayuda a comprender a Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, en su contexto histórico; se remite a la experiencia de Israel. Pero es fundamentalmente teología centrada en los Evangelios y la literatura neotestamentaria⁵.

La vida consagrada, como modo de seguir a Jesús en comunión fraterna, tiene un fundamento cristológico que remite a la experiencia de los primeros seguidores. Como comunión de seguidores es un don del Espíritu a la Iglesia; por lo tanto, conlleva las dimensiones pneumatológica⁶ y eclesiológica.

4. Medellín, Religiosos 13

5. Caminar desde Cristo 21

6. Caminar desde Cristo 10

Un modo de seguir a Jesús impulsado por el don del Espíritu que son los carismas particulares de cada orden, congregación o instituto. La Vida Religiosa es parte de una tradición, se trata por lo tanto de la reproducción de un testimonio original, de generación en generación, que debe ser continuamente recreado⁷.

Una teología al día

Porque los modos de vida son afectados por las situaciones nuevas, la teología de la vida religiosa, como toda teología, debe ir con el ritmo del tiempo, debe dejarse preguntar y tocar por los nuevos fenómenos sociales que afectan a los religiosos y religiosas y a la sociedad toda. Los grandes interrogantes de orden económico, político, social, ideológico se unen a los que plantean las nuevas tecnologías, las ciencias físico-químicas, biológicas y todas las formas de expresión a través del arte y la cultura de los pueblos⁸. Hoy más que nunca se realiza, en cuanto a comprensión de la presencia de la vida de los religiosos y religiosas en el mundo contemporáneo, la expresión evangélica “no te pido que los saques del mundo sino que los preserves del mal” (Jn 17,15)

Igualmente, teología al día en cuanto debe estar atenta a los avances de las hermenéuticas de la Escritura. Desde las tradicionales histórico críticas y lingüísticas hasta los aportes de la exégesis socio-analítica y narrativa. Las lecturas que las mujeres vienen haciendo, en su originalidad y propuestas sugestivas pueden ser también objeto de la reflexión teológica que se ocupa de un modo de vida en el cual las mujeres son mayoría⁹.

Una teología autoimplicativa

Cuando quienes la hacemos somos religiosos o religiosas estamos autoimplicados, es decir, dentro del contenido lógico de lo que decimos, somos actores e intérpretes de nuestra propia búsqueda¹⁰.

7. Puebla 742-744.

8. Medellín Religiosos, 2; Caminar desde Cristo 7.

9. Son clásicos los trabajos de E. SCHUSSLER FIORENZA, “En memoria de Ella”, Desclee de Brower > Igualmente su obra “Pero ella dijo”.

10. En el sentido propio de la filosofía del lenguaje que considera la existencia de enunciados constatativos y autoimplicativos. Cfr. J.L Austin, , Palabras y acciones, Paidós, Buenos Aires, 1971.

Ello es positivo pero tiene sus riesgos, podemos sobrecargar de perfeccionismo el propio estilo de vida, ponerlo a hablar lenguajes que no son reales, para no sufrir los desengaños de una aventura que no convence. Pero es una gran ventaja, porque es un discurso de la vida en el cual va la propia. Algo de nosotros y nosotras va en cada reflexión que hacemos, en cada pensamiento que tenemos y en cada propuesta entusiasta que formulamos

Una teología en la perspectiva del Vaticano II

En consonancia con la propuesta del Concilio Vaticano II, la vida religiosa latinoamericana ha buscado una vivencia de Dios en la historia como lugar de su manifestación¹¹. La novedad en el ardor que conlleva la nueva evangelización, implica la capacidad de volver la mirada a la encarnación como eje focal de la experiencia cristiana. Afirmamos que en la historia humana Dios se ha hecho uno de los nuestros, confesamos que en un hombre ubicado en el tiempo y el espacio, Dios se hizo carne, plantó su tienda entre nosotros. Este sentido de la encarnación, es decir, del redescubrimiento continuo de la presencia del Hijo de Dios en una única historia ha conducido a la vida religiosa latinoamericana a una atención particular a ella, como lugar de encuentro con el Señor¹².

Esta perspectiva histórica ha favorecido el desarrollo de una espiritualidad centrada en lo cristológico y en una eclesiología de comunión¹³ y participación que reconoce la dimensión pneumatológica como pilares fundamentales de la interpretación del ser y el quehacer de un estilo de vida. Comprendiéndose cada vez más como comunión de seguidores de Jesús¹⁴, descubre la urgencia de realización de la vida común como expresión de la imagen de Dios Trinidad, comunión de las tres personas diversas y una; divina perijoresis que orienta hacia la vivencia de la comunión que es Dios en una búsqueda de integración de la diversidad en la unidad de un solo cuerpo¹⁵.

11. Dei Verbum 2.
12. Dei Verbum 4 Lumen Gentium 3.
13. Lumen Gentium 44.
14. Perfectae Caritatis 15.
15. Caminar desde Cristo 8.

Comprendemos entonces que la vida religiosa latinoamericana busque centrar su identidad en la condición de hombres y mujeres seguidores y seguidoras de Jesús, el Cristo Señor. Este es el eje articulador de la identidad del religioso o religiosa: ser seguidores de Jesús¹⁶. Ello significa que vamos tras El, que estamos haciendo el propio camino a su manera. No que somos El o como El. Con estas afirmaciones me estoy alejando de formas eufemistas de considerar nuestro estilo de vida que puedan abocarnos a una esquizofrenia de lenguaje hablando de ideales de perfección y amor cristiano que no se verifican en la vida cotidiana. Consideraciones que pueden ser escandalosas cuando lo que decimos se contradice con lo que hacemos y lo que hacemos no es lo propio de alguien que ha decidido ir tras El.

Nuestras carencias no son mas que la constatación de lo mucho que debemos luchar por vivir en una dinámica continua de seguimiento que lleve a ser testigos de una manera diversa de vivir la vida evangélica inspirados por los grandes acentos que de la totalidad del Evangelio los fundadores han querido dejar como herencia a su familia religiosa¹⁷. De allí que el asunto de la pertenencia a un carisma sea parte constitutiva del ser religiosos y religiosas. El carisma, la historia y la espiritualidad de la comunidad, no son cuestiones de algunos especialistas sino que son condición para decir que este o esta son religiosos de tal o cual comunidad. Son el color particular señalado para su orden, comunidad o instituto, que del arcoiris evangélico han dejado como herencia los fundadores y fundadoras. Por ello la teología del carisma, de la historia y de los dinamismos espirituales dados por quienes iniciaron nuestras comunidades es parte constitutiva de nuestro sentido al interior de la comunión eclesial¹⁸.

EN EL CONTEXTO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El compromiso con la realidad de nuestros pueblos latinoamericanos y la necesidad de acudir a diversos análisis de la realidad que ayuden a mejor comprender los fenómenos y los retos de la misma, señalan un norte a las grandes búsquedas espirituales de estos últimos

16. Puebla 742.

17. Caminar desde Cristo 12-13.

18. Perfectae Caritatis 2.

tiempos. Para ser testimonio de la necesidad de un nuevo ardor, un nuevo dinamismo y una presencia alternativa¹⁹. Unido a lo anterior un descubrimiento creciente del sentido de la vida religiosa como actora social, la ha ido ubicando cada vez más claramente ante la necesidad de situarse y contribuir a la construcción de la casa común con todos los demás actores y actoras sociales, que buscan los mismos objetivos y luchan por los mismos sentidos.

El nuevo ardor aportado por la vida consagrada a la vida cristiana del continente está fundamental y primariamente en la centralidad de la vida en el Espíritu de Jesucristo para poder vivir los grandes interrogantes de la humanidad presente²⁰. Es urgente y necesario que volvamos a la lectura asidua, atenta y orante de la Escritura Santa, sobretodo de la escritura neotestamentaria. Una lectura que retome el gran sentido de la lectio divina propia de la tradición de los orígenes. Una lectura que hoy se comprende como mediada por la interpretación del magisterio y por los datos de la hermenéutica crítica contemporánea²¹. Pero ante todo, una lectura orante, que suscita el compromiso con la vida y con la preservación de la misma. Una lectura que rastrea la huella de Dios en el acontecer cotidiano y que llena de entusiasmo, de valor y de sentido, incluso las situaciones más complejas, dramáticas y dolorosas que afectan a las comunidades en medio de las cuales nos realizamos como hombres y mujeres.

Las distintas búsquedas de una vuelta a la Palabra en los últimos tiempos, por parte de la vida religiosa del continente, se consolidan como un ir a lo fundamental, a la fuente de agua fresca que nunca debimos olvidar, a la norma de las normas, de la vida religiosa. Ante todo, la palabra de El, del Señor Jesús estimulando, animando y corrigiendo para que nos constituyamos en hombres y mujeres seriamente comprometidos en ser testigos del Camino: Jesucristo, nuestro único salvador.

El nuevo ardor que ha querido señalar igualmente hacia lo fundamental está en el acento singular que se ha querido dar a la in-

19. Puebla 755.

20. Lumen Gentium 46.

21. Dei Verbum 12; Caminar desde Cristo 24-25.

tencionalidad fundacional leída a la luz de las realidades del tiempo presente. No son las costumbres, las normas, las letras, sino el dinamismo vital en el Espíritu dado en herencia por el fundador o fundadora a sus hijos o hijas espirituales. En el auténtico sentido de la comprensión y vivencia de un espíritu que se actualiza y se sitúa al interior de las nuevas situaciones pero que corporifica la reproducción de un testimonio original.

Lo anterior nos está diciendo que la tradición debe ser recreada en el sentido establecido por *Perfectae Caritatis*²² de mantenerse fieles al espíritu y propósito de los fundadores como a las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto²³. Por ello, la recuperación de los hechos y dichos del fundador o fundadora y de los primeros y primeras que les acompañaron, se une a la recuperación de los grandes valores de fe presentes en la historia pasada en lo que ellos tienen de fuerza que puede volver la ilusión al presente de los sucesores y sucesoras de los primeros²⁴.

La tradición de la propia comunidad u orden es renovadora en la medida en que realiza e impulsa a la vivencia del evangelio y al testimonio de una vida en sencillez y compromiso con los grandes asuntos de la humanidad contemporánea. Los fundadores y fundadoras quisieron responder a las necesidades de la Iglesia a través de un espíritu que quisieron legar. Ese espíritu es el que debe y tiene que ser recreado y reproducido de manera creativa y fiel. La fidelidad se une a la creatividad para provocar una renovación espiritual a que debe concederse siempre el primer lugar²⁵.

La novedad en los métodos que pide la nueva evangelización ha recibido su aporte desde la vida religiosa, fundamental y principalmente en algo ya dicho anteriormente: en la lectura de la escritura desde la realidad vivida. El modo de actuar, de ser y de vivir, ha encontrado en la vuelta a la Palabra, leída a la luz de la realidad, una metodología señalada por el Concilio en *Gaudium et Spes* y retomada en Medellín y Puebla: el ver, juzgar y actuar.

22. *Perfectae Caritatis* 2.

23. *Ibid.*

24. Puebla 757.

25. *Ibid.*

Ver la realidad, no para quedarse en sociologismos u horizonta-
lismos sino para descubrirla como lugar desde el cual Dios sigue
hablando a quienes deciden vivir de la fe²⁶. Este ver debe ser desde
una mirada crítica, para no seguir apoyando, reproduciendo o coho-
nstando con toda institución, estructura o manera de pensar y juzgar,
que contradiga la propuesta del Reino. La apertura de la mirada ha
conllevado toda una nueva manera de presencia de la vida religiosa
en el continente, porque al abrir los ojos y ver, hemos descubierto al
Señor, incluso, allí donde no lo queremos ver.

Esta mirada crítica a la realidad debe ser iluminada por la Palabra
Santa, de manera que la meditación y la reflexión, la oración y la
predicación, tengan como punto de referencia y de partida la realidad
vivida por la comunidad religiosa y por las comunidades a las cuales
ha sido enviada. Nos dice el Concilio: “los institutos promoverán
entre sus miembros el conveniente conocimiento de la situación de
los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de
suerte que juzgando sabiamente a la luz de la fe las circunstancias
del mundo presente e inflamados de celo apostólico, puedan ayudar
más eficazmente a los hombres²⁷. A esta invitación ha respondido la
Vida Religiosa latinoamericana buscando este juicio de Dios sobre la
historia, de la suya y de la sociedad.

Y en el actuar, la gran novedad ha estado en el descubrimiento
de Dios en la vida de los pobres. Muchos y muchas, religiosos y
religiosas, han querido unir su vida a la vida de los sencillos, de los
humildes. El actuar se ha entendido como un asumir la causa de los
pobres como propia, la de sentirse uno con el pueblo sufrido. En
esta búsqueda es posible que se hayan dado errores y producido
algunas salidas radicales, pero ello no deja de mantener allí la nece-
sidad de renovar la opción preferencial por los pobres y de continuar
en la serena seguridad de estar uniendo las esperanzas y las ilusiones
a las esperanzas e ilusiones de los favoritos del Reino.

Las nuevas expresiones han sido una presencia más eficaz e
incidente de la vida religiosa latinoamericana en el mundo de los

26. Gaudium et Spes 1; Caminar desde Cristo 45.

27. Ibid.

pobres, promoviendo sus ministerios y ayudándoles a sentirse parte vital de las iglesias locales. Devolver la palabra a los pobres para que desde esa fe suya, eduquen la fe de la vida religiosa, ha sido una de las grandes expresiones de estos últimos tiempos. Por eso, debo decir, con toda sinceridad, que más allá de las dificultades está la vida de todos aquellos y aquellas que, fieles a pesar de todo, continúan en la marcha descubriendo en las pobrezaes tradicionales y en las nuevas pobrezaes el rostro crucificado del único Señor.

Las nuevas expresiones van igualmente por el reconocimiento el carácter laical de la vida religiosa y por la vinculación de muchos laicos a la vivencia de los carismas de las comunidades u órdenes. En algunas, como fruto de la intencionalidad de los fundadores que por vicisitudes de la historia de la Iglesia no pudieron realizar; en otras, porque fieles a la necesidad de formar más y mejores ministros a partir del sacramento del bautismo, en la vivencia de los carismas por parte de los laicos, descubren una fuente de vitalidad que da nuevos impulsos a la vida interna de las comunidades y una posibilidad inexplorada de compromisos con la misión de hacer presente el Reino en todos los ambientes, especialmente en aquellos más urgidos de evangelización eficaz.

EN ALGUNOS ACENTOS GENERADORES

La vida religiosa latinoamericana, representada en las búsquedas y tanteos de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos ha querido señalar algunos acentos generadores que recreen la presencia de nuestro estilo de vida y la llenen de los dinamismos de Dios que la pueden convertir en alternativa de sentido y significación para las nuevas generaciones. Apostarle así a la radicalidad de todos los primeros religiosos y a la necesidad de ser de aquellos que, en los diferentes países, viven los grandes ideales de realización evangélica cada día más ausentes de tantos gremios y de tantas instituciones sociales.

Quiero inspirarme en las cinco líneas orientadoras de la CLAR para la vida religiosa latinoamericana como grandes ejes conductores de vida en el Espíritu. Haré una lectura personal de las mismas desde la perspectiva de una experiencia espiritual situada, es decir, con los

pies en la tierra pero con la mirada hacia lo alto, hacia el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo que nos ha enviado su Espíritu:

Renovada Opción por los pobres

Cuando hablamos de renovada opción por los pobres estamos diciendo que es necesario retomar y asumir esta opción en su mordiente evangélico fundamental. Mi lectura de la renovada opción es la de una cercanía a la opción por los pobres como una experiencia espiritual que descubre, en el dolor y el sufrimiento de los humildes, la vida de Dios adolorida. El llanto de los pobres tiene que seguir conmoviendo la vida de la vida religiosa. El gran aporte es esta terca voluntad de seguir insistiendo en nuevas expresiones de una opción que ha tomado carta de ciudadanía en la vida de la Iglesia pero que sigue siendo motivo de sospechas y de decires poco justos o ajustados a la realidad, para con aquellos y aquellas, que dejando los grandes conventos de corredores largos y hermosos jardines, se van a compartir la vida en el barrio popular, en la pequeña vereda perdida en el monte o asumen las distintas formas recientes de marginalidad: desplazados, enfermos terminales, prisioneros, campesinos en defensa de sus tierras, indígenas y comunidades afroamericanas. En fin, todo lo que tiene color y olor de exclusión o victimización de hermanos y hermanas imágenes del Dios invisible.

Lo que estamos impulsando cuando hablamos de renovada opción por los pobres es la necesidad de preguntarnos por el sentido de la fe en Dios en países como los latinoamericanos en los que la pobreza se agudiza y acrecienta. Por lo que ha sido nuestra presencia evangelizadora y por lo que debe ser hacia el futuro. En medio de la incertidumbre el creyente radicaliza la esperanza, ya que es posible que esa esperanza, si no se funda en la construcción de la justicia y el reclamo por un cambio de las situaciones que generaron lo que hoy nos tiene confundidos y angustiados, sea lo único que nos ayude a resistir con valor y entereza.

Y con los pobres y las víctimas nos preguntamos, ¿dónde están los que con una autoridad como la del Hijo del Hombre podrán soportar la esperanza del pueblo que camina en las tinieblas?. ¿Quiénes serán los que con una coherencia que se funda en la coincidencia

entre lo dicho y lo hecho, como Jesús el Hijo, podrán construir posibilidades nuevas? Y aún más. ¿Será que si el Señor los suscita, los dejarán vivir?

Por ello, no podemos seguir ideologizando la opción por los pobres sino que es necesario abrirla a todos aquellos y aquellas que quieran descubrir en los pobres y oprimidos, su condición de víctimas; en su rostro, el rostro del justo sufriente injustamente condenado. Los académicos, los intelectuales conscientes, los y las artistas, los profesionales de todos los saberes, están siendo invitados, en esta larga noche neoliberal a poner su creatividad y su fantasía al lado de las víctimas para ir proponiendo alternativas y modelos de construcciones humanas otras.

Para vivir juntos el encuentro con el Señor y mantenernos en vela para evitar la confusión que nos viene de tantas sombras. Por ello, en contacto con las pequeñas organizaciones de los pobres, con sus alternativas de solidaridad y de acción y con todos los logros que les permiten seguir viviendo a pesar de la voracidad del sistema neoliberal, mantener vigilante el lenguaje y la reflexión de manera que los intereses de los pobres sean de verdad, nuestros propios intereses. Entonces, estamos renovando nuestra opción por Cristo en ellos y desde ellos.

LA MUJER Y LO FEMENINO

La vida religiosa del continente ha venido haciendo un trabajo de integración de la reflexión teológica de la mujer a la comprensión de un estilo de vida mayoritariamente integrado por mujeres. Y no es por este carácter cuantitativo sino por la dimensión cualitativa que ha hecho, en la historia reciente, que las mujeres, no condicionadas por aspectos clericales, produzcan teología desde nuevas vertientes y nuevos horizontes hermenéuticos. Podemos decir que la novedad en el ardor propio de la nueva evangelización se está realizando en la pasión con la cual, mujeres religiosas de América Latina, asumen la causa femenina; desde los sectores populares con sus mujeres marginadas, hasta los estrados de la academia y los centros y movimientos de reflexión y producción teológicas.

A mi manera de ver, el gran aporte de la búsqueda espiritual de la mujer en la vida consagrada latinoamericana está en dos grandes elementos: la valentía de la mujer para estar en las zonas de más riesgo y marginalidad y la pasión por el Reino que mueve la sensibilidad y el alma femenina para lanzarse con ligereza de equipaje a la entrega de la vida por amor a sus hermanos: zonas de violencia en países como Colombia, tierras del frío y la neblina como los Andes de Bolivia o del Perú, las selvas ardientes del amazonas o las costas danzarinas del Atlántico y el Pacífico; en Brasil o Chile, Venezuela o Surinam. En las islas del Caribe con su polifonía de lenguas y entre lagos y volcanes en centro América y México.

La mujer religiosa en el tugurio, la favela, el pueblo libre, la parroquia de recinto o de vereda; en los hospitales del estado en donde los pobres son tratados como carne de cañón o en las clínicas elegantes; en la oficina o el salón de clases del colegio que educa las hijas y los hijos de los ricos, o en la escuelita en lo alto de una montaña tachonada de pobres de Dios. Aquí y allí, la mujer latinoamericana impulsada por el evangelio y los carismas de sus institutos, comunidades u órdenes haciendo presencia del Resucitado en la historia, gestando lugares de anticipación del Reino. Y aquí, por honor a la verdad, tengo que decir que la mujer religiosa asume con mayor entereza, riesgo y sentido apostólico, que nosotros los varones, los lugares más difíciles y las situaciones más complejas.

Y esta descripción no tiene otro objetivo que mostrar los dos grandes acentos de una espiritualidad que posibilita tanta fuerza evangelizadora: el amor a los pobres y la valentía y la pasión por el Reino. Está allí, como testimonio de entrega sin condiciones, esta vida femenina en la Iglesia a la espera, no de un reconocimiento que provenga de los varones, sino de un favorecer cada vez más la expresión evangelizadora de la mujer religiosa para incursionar en campos que, expectantes, no han sido suficientemente explorados todavía por la nueva manera de evangelizar: la academia, las artes, los medios de comunicación social, los gremios de obreros, maestros, campesinos, líderes populares, catequistas, animadores de la Palabra, clubes de madres. Tantos y tantas que hoy esperan acogerse al regazo maternal de la mujer religiosa, productora de vida y de vida en abundancia.

La mujer religiosa expresa la femineidad de Dios. La Ruaj, que es el Espíritu de Dios que se expresa en el libro de Génesis como ordenador del caos (Gen 1,1ss) es igualmente, viento, fuerza, huracán impetuoso que genera armonía y crea dinamismos, que libera y sana. A ejemplo de María, dichosa porque ha creído, las mujeres que en la Iglesia del Señor, han asumido la vida religiosa, se sienten retardas a ser hoy y en el futuro, felices portadoras de gracia, porque cada día son más y más conscientes que la espiritualidad de sus vidas está fundada en la bondad de Dios Padre y Madre que se ha hecho hombre en el seno de una Virgen Madre y nos ha enviado el Espíritu para que ahora, comprendamos todas estas cosas de Dios. Y las comprenderemos en la medida en que unamos a la contemplación y la mística, el compromiso con la construcción de un mundo en donde nos realicemos en igualdad como varón-mujer porque solo así somos imagen del Dios invisible, eterna intercomunicación de las personas en donde la diversidad se realiza en la unidad del Uno y Trino.

LA JUVENTUD

Los diversos fenómenos que acosan al hombre contemporáneo afectan fundamentalmente a la juventud. La fragmentación y la relatividad, el individualismo y el predominio del sentir y el gozar sobre la racionalidad y la criticidad; el afán de lo provisorio y el rechazo a lo permanente. Todos estos elementos que consideramos propios de lo que hemos venido llamando postmodernidad se expresan en las nuevas generaciones de jóvenes latinoamericanos. Evidentemente que hablar de juventud en un continente como el nuestro es sinónimo de hablar de diversas culturas juveniles, porque uno es el universo de comprensión de un joven de la periferia de Río de Janeiro y otro el de un campesino de los andes Bolivianos o el de una mulata de la isla de Trinidad. Por esta diversidad, y a esta diversidad, le ha querido apostar la vida religiosa latinoamericana.

Para asumir a la juventud como una de sus grandes insistencias, la vida consagrada latinoamericana está llamada a hacer dos procesos concomitantes conectados directamente con su experiencia espiritual: ser joven y ser capaz de entrarse en el mundo de la juventud.

El ser joven lo ha querido expresar en la búsqueda de una vuelta a lo fundamental en fidelidad creativa. Volver a las fuentes para recrear los impulsos evangélicos que la hagan significativa para las nuevas generaciones²⁸. Esto conlleva una serena aproximación crítica a muchas modalidades de expresión que ya no son significativas para la juventud contemporánea y que pudieron tener su valor, vigencia y bondad para otros tiempos. Este factor está en consonancia con el sentido y significado de una genuina renovación: hacer lo que no hemos hecho todavía; lo que es distinto a hacer lo mismo de otra manera, lo que sería lo propio de la reforma. Y el principal hacer de cara a la juventud es una experiencia espiritual sugestiva, creativa, dinámica, visible en testimonios de entrega sin condiciones, de presencias alternativas en las situaciones más vitales de la juventud, de comprensión sin condenas y de propuestas específicas que pueden conllevar la necesidad de serenas correcciones de óptica en algunas expresiones del comportamiento y la mentalidad de la juventud de hoy.

Ser joven para la vida religiosa significa un aprendizaje continuo de las expresiones de las diversas culturas de la juventud para identificar, en el fondo de ellas, los dinamismos evangélicos y evangelizadores: el deporte, la música, la fiesta, la banda, la pandilla, el gremio, la excursión, el relax, el desparpajo para expresarse, el sentido del tiempo para perder, la necesidad de no complicarse, la solución rápida, el decir con hechos más que con palabras, la imagen, el sonido, los signos visibles (aretes, argollas, cadenas, elementos de cuero, de metal), el sentido del cuerpo, de su cuidado (gimnasios, dietas, ejercicios). Toda una gama de expresiones que varían de un grupo de jóvenes al otro pero que tienen el fondo una constante: la necesidad de otra cosa, de algo diverso al universo del adulto. La vida religiosa está llamada a indagar en el alma juvenil latinoamericana para dejarse rejuvenecer.

296

¿Cómo no explorar en el sentido de solidaridad y cohesión de las bandas, las pandillas y las asociaciones de los jóvenes? ¿Qué pide ello a una búsqueda de fraternidad desde lo fundamental? ¿Qué nos dice la necesidad de ver, de tocar, de sentir? ¿Será que la vida religiosa

28. Caminar desde Cristo 46.

no necesita dejarse ver? ¿Dejar de ser un misterio para ser abierta y transparente expresión de una realidad que queremos mostrar a la juventud y ofrecer como alternativa y posibilidad para sus propias vidas? ¿No estamos necesitados de un sentido mayor de la fiesta, del disfrute sano de la creación, de la introducción del colorido y el ritmo a una vida que pudo estar asociando el sufrimiento y el dolor, la ascesis y la rutina a la cruz sin resurrección? La vida religiosa latinoamericana se siente por lo tanto llamada a expresar la alegría anticipada del Reino como espacio de realización de la vida en armonía jovial y esperanza incondicional en la posibilidad de un mundo nuevo²⁹.

Entrarse en el mundo de la juventud y asumirlo significa que la Vida Religiosa del continente se abre a la presencia de la misma en ella y la asume como fuerza vital, que no solo posibilita su supervivencia hacia el futuro, sino que va generando nuevas maneras de presencia al interior del mundo juvenil y nuevas alternativas de compromiso³⁰. Para las instancias animadoras de la vida religiosa del presente se dibuja un compromiso mayor de estímulo y propuestas. Porque diversas circunstancias históricas van mostrando que no siempre, la juventud que toca a las puertas de la vida religiosa, está animada por estos dinamismos. Entonces, le corresponde a ella, crear los sistemas, procesos y modalidades que susciten en la mente y la vida de los jóvenes, alternativas novedosas y posibilidades diversas a las que podían buscar o esperar al interior: sistemas que hoy no pueden seguir alimentando la vida de las nuevas generaciones porque pueden ser alienadores de su conciencia. Esto quiere decir, que la vida religiosa, sus instancias de animación y de reflexión deben tener iniciativas y plantear alternativas claras de compromiso y vivencia significativas para el momento presente, y no solo esperar o dejar a las nuevas generaciones la posibilidad de proponer y plantear.

Pero evidentemente que la opción por los jóvenes va de la mano con la renovada opción por los pobres. Porque la juventud de los sectores populares, no es solo mayoría sino igualmente víctima de las consecuencias de las políticas neoliberales. Millones y millones

29. Perfectae Caritatis 25.

30. Medellín, Religiosos 9.

de jóvenes desempleados a lo largo del continente, van gestando una juventud sin esperanza, forzada a la delincuencia y al sin sentido de la vida. Por ello, la mirada de la vida religiosa se dirige primeramente a la juventud de los sectores populares de las grandes metrópolis, a la juventud campesina, a la mujer joven prostituida, a todos los jóvenes campesinos, para con ellos construir solidaridad y promover la esperanza, para con ellos vivir la experiencia de entrega al Dios del Reino por la construcción de ese mismo Reino.

ESPIRITUALIDAD LIBERADORA E INCULTURADA

Considero que todo lo dicho hasta el momento puede ser expresión de esta línea orientadora del ser y hacer de nuestra vida en esta hora de América Latina. Cuando hablamos de una espiritualidad liberadora nos estamos remitiendo al discurso programático de Jesús en el Evangelio de Lucas (Lc.4,16-30) y cuando decimos inculturada al mismo evangelista cuando Jesús se refiere a los signos de los tiempos (Lc 12,54-56), porque la diversidad cultural de Amerindia es uno de los grandes signos del presente del continente.

Una espiritualidad liberadora en el sentido lucano conlleva el tomar una mirada diferente a la de los sistemas imperantes; la mirada del que deja que el Espíritu de Dios esté sobre sí. La de aquellos y aquellas que, no solo abren sus ojos para ver, sino que están abriendo las pupilas de los demás, para que se den cuenta, para que miren, para que vean con claridad y desenmarañen las artimañas de tanta propuesta indecente y de tanta corrupción descarada. Es el ver desde el Espíritu. El Espíritu que mira desde los pobres, desde la mirada perdida al infinito de una madre del Chocó colombiano que no puede comprender que los templos sean escenario de carnicería humana, que no puede ver que a Dios ya no se le respete y que su casa sea una casa mas de tantas casas³¹. Pero ese ver, levanta la mirada hacia el cielo y sigue creyendo que Dios está allí, en el silencio, porque su

31. En Bojayá, Chocó colombiano, las fuerzas en guerra en el país lanzaron cilindros de gas a la pequeña capilla del poblado en el cual se resguardaba la población civil del fuego cruzado entre actores de la guerra, muriendo más de un centenar de personas entre los cuales mujeres y niños indefensos.



única fuerza, su única posibilidad de seguir en la vida y de andar es reafirmar que mas allá de las vulgaridades de los hombres y mujeres de Colombia, está Dios, y Dios, está de parte de los pobres³².

El ver desde el ojo de la víctima es un ver que se apasiona por el otro. Como Jesús en la fuerza singular del gesto de levantarse, abrir el libro y abrir los ojos para leer lo que decían las escrituras. La vida consagrada aprende a leer, y ese aprendizaje consiste en pasar de la mirada que se lamenta y llora a la que analiza, escudriña y propone. Y una vez que hace la propuesta, se compromete y realiza lo propuesto aunque ello conlleve riesgos, perdida de imagen, de prestigio, prebendas, posibilidades y poder. Queremos mirar con los ojos de Jesús y cuando se asume esa mirada al abrir el libro no podemos hacer algo distinto que leerlo, es decir, tenemos que hablar, tenemos que proclamar, tenemos que gritar³³.

Es necesario levantarse para poder ver y para poder leer. Y levantarse significa llevar la mirada muchos mas lejos. Levantados podemos mirar en perspectiva y escudriñar todos los ángulos. El ver del hombre y la mujer que hemos consagrado la vida en la vida religiosa es un ver que traspasa las fronteras de lo que aparece para descubrir el dolor sin par del crucificado, y ese dolor, es su propio dolor, esa impotencia es su propia impotencia y esa incertidumbre es la suya. Ver mas allá, ver a Dios vencido, a Dios saltando en átomos desde la presencia eucarística del pan del sagrario y desde la carne destrozada y la sangre dispersada de aquellos a quienes se les entregó el pan que da la vida³⁴.

Levantarse para ver nos pide entonces una capacidad de ampliar el horizonte y la mirada frente a la realidad económica, política y religiosa de nuestros países. Y una capacidad de salir al encuentro como María en la visita a su prima Isabel, para que seamos los portadores de la gracia de modo que la criatura salte en el corazón de

32. I. MADERA, "Para ver, oír y liberar", Vinculum, CRC, Bogotá, 2002. Los planteamientos relacionados con una espiritualidad liberadora son tomados de este artículo.

33. Ibid.

34. Metáfora relativa a las víctimas de la pequeña capilla de Bojayá, Chocó Colombiano.



los desplazados, de las comunidades negras olvidadas de los indígenas segregados; para que cuando llegue la bandera blanca de la canoa que trae a religiosas o religiosos dispuestos a apostarle a la solidaridad a pesar de los peligros, descubran, que en esos hombres y mujeres que también somos del pueblo, sigue viva la fuerza del Espíritu que está sobre ellos y ellas y les ha ungido, para poder ver³⁵.

Es necesario entonces saber descubrir este ver del Espíritu, del Espíritu de Jesucristo que nos invita a no seguir en las tinieblas sino a ver una gran luz. La esperanza entonces no consiste en la ignorancia de la tiniebla, o en vivir en ella como si no existiera, sino en empezar a levantarse para saber leer y poder otear el horizonte impregnado de la luz. Vemos y oímos para anunciar y proclamar que el año de gracia del Señor ha llegado. Ello quiere decir que por lo que hemos visto al abrir los ojos, por lo que hemos oído al abrir los oídos podemos esperar que la vida de Dios pueda identificarse y descubrirse a pesar de todas estas sombras.

Por todo anterior podemos comprender que cuando se anuncia la liberación de los oprimidos se está dando valor a la dimensión soteriológica de la presencia del Reino de Dios en este mundo. Anunciamos que todo lo que pasa puede ser salvado. Afirmamos que la muerte y la destrucción de los humildes no puede triunfar sobre su inexpugnable voluntad de vivir, de andar, de luchar. La superación de las estructuras de pecado que se expresan en todas las fuerzas de la muerte se convierten en concreciones de la salvación que nos ha sido ofrecida en Jesucristo. Proclamar y decir con fuerza que Jesucristo es el único salvador es mostrar que las prácticas de sus seguidores realizan la liberación de diversas esclavitudes contemporáneas y sobre todo liberan de la violencia y de la carencia de respeto a la vida, don de Dios al crear. Lo que hemos visto y oído por la fuerza de la Palabra de Jesús pronunciada en el corazón sagrado de Amerindia es la necesidad de mantenernos inexpugnables ante determinados valores de la experiencia creyente cristiana

35. Con mi testimonio de admiración por las religiosas y religiosos, primeros en llegar a Vigía del Fuerte y Buenavista en el Chocó después de la masacre de mas de un centenar de pobladores.



Y una espiritualidad inculturada porque la diversidad cultural de América Latina está cimentada en el arcoiris cultural de un continente que desde los primeros habitantes hasta los tiempos de la explotación y el coloniaje ha sido expresión de una grandiosa y rica diversidad. Y en el fondo de esta diversidad podemos identificar algunos elementos que marcan el ritmo de una espiritualidad inculturada.

Somos indígenas³⁶, afroamericanos, mestizos, descendientes de europeos y asiáticos. Somos una nueva modalidad de expresión racial, una raza cósmica. Y esto, marca la necesidad de identificar, en el alma colectiva, la simbólica propia de oriente y Africa y la analítica del occidente europeo. La espiritualidad que la vida religiosa ha querido desarrollar en estos últimos tiempos, asume la diversidad de las semillas del Verbo presentes en la culturas amerindias y recrea sus expresiones y contenidos con la novedad del Evangelio³⁷. Sin ningún ánimo sincretista, o búsqueda de deformar su originalidad, se trata simple y sencillamente de inculturar el Evangelio en la experiencia espiritual, tal como lo ha pedido el magisterio de los últimos tiempos.

La oración, la liturgia, la meditación y la reflexión de los y las religiosas del continente va buscando, al unísono con la tradición oracional y litúrgica de la Iglesia, expresiones inculturadas cercanas al inconsciente colectivo que asuman la ritmicidad, la simbólica y la musicalidad de nuestras culturas. La liturgia sacramental, como expresión de la fe que se vive, se va configurando entonces como celebración de la misma y como expresión eclesial de comunión y participación por la fuerza y la vitalidad que ella va logrando³⁸.

Este carácter celebrativo se ha expresado en la convicción, cada día más clara para la vida religiosa, que muchas de las realidades que hemos buscado vivir, no son hoy, inicios del siglo XXI, objetos de

36. Con todas las connotaciones y precisiones de significado que esta denominación conlleva para los primeros habitantes de América.

37. Cfr. J. Bórmida, Vida Religiosa: inculturación y diálogo profético, en Revista Testimonio, Santiago de Chile, No. 188, Noviembre-Diciembre de 2001, pp.37-45. Todo este numero de la revista está dedicado a la relación entre la vida religiosa y las culturas.

38. Puebla 770.



discusión o de racionalizaciones que conduzcan a desacuerdos sin posibilidades de arreglos, sino motivos de la celebración gozosa, del contemplar y ver, del venir a visitar para compartir, del conversar nuestros temores por el camino, del entrar para quedarnos y reconocerle juntos en la fracción el pan. Emaús, como camino de renovación para la vida religiosa no es más que una propuesta de reconocimiento de la presencia amiga de Jesucristo resucitado para llenarnos de fortaleza y salir con el ardor de la profecía a seguirlo anunciando en todos los hombres y mujeres del maíz, del tambor, el tiple, la quena y la marimba³⁹.

Nueva eclesialidad

En el contexto de una vuelta a lo fundamental nos proponemos vivir una espiritualidad renovadora de nuestra presencia en la Iglesia y nuestra pertenencia fiel a ella. La Iglesia, vivida en el espíritu del Concilio Vaticano II, como pueblo de Dios, familia de Dios, asamblea de los creyentes que viven desde ya la anticipación del Reino⁴⁰. Esta Iglesia, leída por el magisterio latinoamericano como pueblo de Dios en comunión y participación es la que la vida religiosa quiere vivir en el hoy del continente⁴¹.

Lejos de la comprensión de una nueva eclesialidad el planteamiento de nuevas Iglesias o Iglesias paralelas. Se trata de la misma y única Iglesia peregrina, una, santa y católica, vivida desde la novedad de su siempre juvenil vitalidad que le viene del Espíritu⁴². Una Iglesia que vive la autoridad en el espíritu del Buen Pastor⁴³ y en donde la ministerialidad de sus integrantes se expresa a través de los sacramentos del bautismo y del orden. Por lo tanto, la comunión se realiza a la manera del símil del cuerpo paulino en donde los distintos ministerios ordenados y no ordenados están al servicio del Reino, de la salvación que nos ha sido dada en Cristo el Señor y del sentido último y definitivo de la existencia humana en la escatología.

39. El Camino de Emaús es el nombre del proceso de renovación a tres años propuesto por la Clar a la vida religiosa latinoamericana.

40. Lumen Gentium 6.

41. Puebla 771.

42. Lumen Gentium 4.

43. Puebla 681.

Pero, mientras peregrinamos en este mundo, la Iglesia, fiel a la voluntad de su Señor y Salvador Jesucristo, está llamada a comprometerse en la construcción de humanidad, a la preservación de lo humano fundamental y a desplegar todas sus fuerzas en el anuncio de la llegada del año de la gracia⁴⁴. La espiritualidad de comunión y participación que a partir de esta comprensión de la nueva eclesialidad, desarrolla la vida religiosa latinoamericana, conlleva una comprensión del diálogo y de la unidad como expresión de la comunión trinitaria

Centrados cristológicamente los religiosos y religiosas del continente queremos ser testigos de ese Jesús el Cristo quien nos reveló la comunión que es Dios. Los hombres hemos sido creados a imagen de Dios, es decir, a imagen de la Santa Trinidad (Gen 1,27). La divina comunicación de las personas divinas, diversas y una, es la imagen que los hombres y mujeres que confesamos y tratamos de vivir según la revelación dada en Jesucristo y conformamos la Iglesia una, estamos llamados a realizar entre nosotros y nosotras y a urgir entre todos aquellos y aquellas que tienen algún sentido de lo humano. Como también a llamar a quienes no tienen este sentido, a preguntarse por lo que son y por lo que buscan en este mundo⁴⁵.

Y en esta urgencia de realizar la imagen de Dios para los creyentes los religiosos y religiosas tenemos que crear comunión en la diversidad como símbolo de que es posible conquistar la unión común en lo diverso y a partir de lo diverso. La construcción de procesos de comunión pasa por la dificultad de reconocer que la unidad no conlleva la uniformidad ni la pérdida de la identidad de cada una de las personas sino la intercomunicación y el continuo fluir de amor de una persona a la otra.

La nueva eclesialidad orienta hacia la necesidad de establecer auténticas relaciones de comunión y diálogo entre los religiosos y religiosas y los obispos, presbíteros y diáconos, pero igualmente con todos aquellos ministros y ministras laicales que, desde las parroquias, diócesis y organismos diocesanos prestan sus servicios para la edificación del cuerpo común⁴⁶. El espíritu que puede animar y esti-

44. Gaudium et Spes 12.

45. Gaudium et Spes 10.

46. Puebla 765-768; Medellín, Religiosos 27-29.

mular este diálogo es que verifica que no podemos amar lo que no conocemos, por lo tanto, urge un conocimiento mutuo que implica el compartir el sentido de la ministerialidad ordenada y el sentido de los diversos carismas de la vida religiosa, de manera que, la común unión en un mismo Espíritu provoque el respeto mutuo y la comprensión de las diversas expresiones de los distintos carismas⁴⁷.

La vida consagrada aporta a las diócesis su fuerza y vitalidad, ellas, como Iglesia local, son el lugar en donde la vida religiosa realiza su misión, por ello, la comunión con el Obispo como cabeza de la misma es de vital importancia, no solo para la armonía de la pequeña Iglesia, sino para el testimonio de unidad y de amor mutuo que debe percibir la comunidad a la cual, tanto la vida religiosa como el Obispo y su clero diocesano, quieren servir⁴⁸.

Una nueva eclesialidad que se entusiasma por la formación en adultez de los laicos, de manera que la tarea evangelizadora traspase las fronteras de lo establecido y llegue a sectores en los cuales ministros ordenados y religiosos y religiosas no pueden penetrar por las barreras culturales o sociales establecidas en el presente⁴⁹. Y aquí, el rol de los laicos que han asumido el carisma de una comunidad religiosa, y se sienten llamados a compartir su misión, es de capital importancia para el desarrollo de las Iglesias locales.

En una nueva esperanza

Los dinamismos que aporta la espiritualidad que ha venido construyendo la vida religiosa latinoamericana no nos señalan un ideal sino un imperativo categórico, si así lo puedo llamar. Porque si hemos sido creados creadores, entonces el Espíritu de Dios aletea sobre nuestras mentes y sobre nuestros espíritus, proyectos y búsquedas para ordenar el caos que puede haber sido la vida que hemos construido (Gen 1,2) en las Iglesias del continente. Urge despertar a la necesidad de signos, de propuestas de vida alternativa. Urge romper los prejuicios y las trabas de cara a determinados hermanos y hermanas

47. Caminar desde Cristo 28-29.

48. Caminar desde Cristo 32.

49. Gaudium et Spes 42.



de las largas luchas, porque ahora la pelea no es entre nosotros y nosotras⁵⁰.

Urge salir de nuestros miedos para unirlos a los miedos de las víctimas; a su lado no estamos en la mejor posición ni asumimos la mejor estrategia, pero allí, sabemos que unimos nuestro rostro al rostro dolorido del Hijo humillado, vejado, maltratado, sin apariencia humana, que vive y palpita en cada víctima inocente injustamente condenada: *“No tenía presencia ni apariencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo, eran nuestras dolencias la que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!”* (Is 52,14).

Porque Dios es Trinidad comunión, peregrinación continua del Hijo al Padre y del Padre y el Hijo al Espíritu Santo, comunicación en continuo fluir que no anula la diversidad de las tres personas divinas, entonces toda ruptura de la comunicación, toda negación al diálogo, todo recurso a la violencia de la comunión es contraria al ser imagen de Dios en este mundo⁵¹. Si Dios es comunión y la vida religiosa tiene que vivirse a imagen de la Santa Trinidad, entonces la vida religiosa es una reserva moral, profética y mística en esta hora de tantos llantos y tantos silencios misteriosos. De esta vida tiene necesidad el cielo transparente de América, desde el norte de México hasta la Patagonia, pasando por el rosario danzarino de las islas del Caribe. Para seguir dando vida, y defendiendo la vida de Dios en los últimos.

Hombres y mujeres frágiles necesitamos fortalecernos desde una espiritualidad intensa, nutrida en la Palabra Santa de la Escritura, fortalecida por la experiencia de resistencia y fortaleza de los pobres, estimulada por el pensamiento y testimonio de nuestros fundadores y fundadoras y favorecida por la voluntad incondicional de tantas y tantos que continúan apostándole a un continente diferente. Sostenidos por la serena seguridad de que el cielo y la tierra pasarán pero

50. Caminar desde Cristo 33.

51. I. MADERA, Dios presencia inquietante, Indoamerican Press, Bogotá, 2000.



las palabras del Señor no pasarán porque El está en medio de nosotros hoy y siempre (Lc 21,33). La fuerza del Espíritu es el viento calido, suave y firme que llenará de fortaleza a pesar de la fría escarcha que parece congelar el corazón aterrado y doliente⁵². Por ello, la vida consagrada de America Latina, puede continuar su camino en la esperanza ¡Hasta el día de Cristo el Señor!

52. El P. Francisco María de la Cruz Jordan, fundador de la Sociedad del Divino Salvador utiliza esta metáfora de la fría escarcha para señalar el sentido de la fe y de la confianza en Dios en esos momentos.

Sumario:

Así como lo específico de la espiritualidad cristiana se da en la experiencia de fe en Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado y que nutre la vida espiritual de la Iglesia dando origen a formas nuevas de vida espiritual para conducir a la santidad a hombres y mujeres, así también, la espiritualidad del Presbítero Diocesano hunde sus raíces en la misión pastoral, centrada en la caridad pastoral y fortalecida en la comunión pastoral.

La Espiritualidad del Presbítero Diocesano hoy

Monseñor Guillermo Melguizo Y.

Vice-Rector Pastoral del ITEPAL.
Tel.: 667 0110 / Bogotá - Colombia

1. Lo específico de la espiritualidad cristiana

Lo específico de la religión cristiana consiste en una experiencia de fe en Jesucristo, Dios encarnado, muerto y resucitado. El vive ahora en su Iglesia por su Espíritu impulsando a todos los hombres, particularmente a los creyentes, a vivir un ser nuevo manifestado en la Pascua y en Pentecostés.

Vida espiritual entonces, o espiritualidad, es una vida orientada y alimentada a partir del Espíritu de Cristo, la tercera persona de la Santísima Trinidad. Vida espiritual es un vivir en el Espíritu Santo, en tanto en cuanto participamos de la vida de ese Espíritu y El inhabita en nosotros. Es un vivir según el Espíritu Santo mientras por su fuerza somos llevados a vivir una vida nueva, con actitudes y obras, propias de hombres nuevos, de hombres espirituales. Hombres que van caminando por el camino de la santidad.

Esa santidad, esa perfección cristiana, se ha logrado en la Iglesia, testigo la historia, a través de lo que se ha llamado las escuelas de espiritualidad, o sea el estilo de ciertas personas, comunidades o épocas, en el vivir y en el describir el itinerario del alma hacia Dios.

A través de los siglos han brotado numerosas escuelas o corrientes de espiritualidad, y otras seguramente seguirán brotando en el futuro, porque la riqueza del Evangelio es inagotable.

308

Se diferencian únicamente por la experiencia particular de un santo o por la exigencia coyuntural de un momento histórico, pero todas han de tener un *objetivo común*, llevar el alma a vivir desde esta vida su unión con Dios; un *medio común*, la imitación de Cristo; y una *ley común*, despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo (Cfr. Ef 4,20).

Es así como se puede hablar de la escuela Benedictina o de la Dominicana o de la Franciscana, o de la Ignaciana, o de la Carmelitana, o de la Salesiana o de la escuela Francesa de espiritualidad (Sulpiciana, Vicentina, Eudista); o de escuelas más modernas como la de un Charles de Foucauld o inclusive la de un mismo Theilard de Chardin. Pero la verdad es que los sacerdotes diocesanos hemos vivido durante mucho tiempo dependiendo de espiritualidades “prestadas” o de ensayos sin suficiente articulación o unidad. Y los que hemos sido formados en los seminarios dirigidos por religiosos o afines, somos de alguna manera herederos y beneficiarios de su respectiva espiritualidad.

Porque yo podría muy bien, sin olvidar que todos o casi todos los padres y fundadores de las espiritualidades que en el mundo son y han sido, fueron sacerdotes diocesanos, conformar un hermoso abanico, con dos o tres características de las diversas espiritualidades mencionadas, válidas todavía para nosotros hoy, a fin de presentar una espiritualidad del clero diocesano.

Pero el problema es mucho más simple y sencillo: Hoy podemos afirmar con toda claridad y con absoluta seguridad, que nosotros los presbíteros diocesanos tenemos una espiritualidad propia y original.

Desde luego que no se entiende esta espiritualidad en el sentido de que haya unos principios de vida sobrenatural distintos de los que regulan la espiritualidad cristiana (la gracia, las virtudes teológicas, los mandamientos, las bienaventuranzas) base de una vida evangélica, centrada en el amor de amistad que une a los hombres con Dios, como los hijos al Padre. Se trata ni más ni menos que de un justo sistema de medios para vivir integralmente el sacerdocio, que es un punto de arranque de un nuevo existir cristiano: El presbítero es el hombre religioso por antonomasia (homo Dei) y el hombre del servicio (homo Ecclesiae).

El presbítero diocesano tendrá, de acuerdo con lo anterior, que hacerse una síntesis vital, y de aquí dependerá la postura que tome ante la vida. Porque el cultivo de ciertas *ideas*, el uso de ciertos *medios*, el desenvolvimiento de su *misión*, tendrá que influir en la formación de una *mentalidad*, en una configuración psicológica distinta, específica, que es lo que vamos a llamar *espiritualidad presbiteral*.

Lo cierto del caso es que de una única y fundamental santidad cristiana nacen los diversos modos de vivir la vida según el Espíritu, y la espiritualidad presbiteral no es sino una forma específica de vivir la vida según el Espíritu.

El Papa Juan Pablo II en una hermosa homilía a más de cinco mil sacerdotes de todo el mundo, el 9 de octubre de 1984, ocho años antes de la PDV, decía: *“La vocación sacerdotal es esencialmente una llamada a la santidad, que nace del sacramento del Orden. La santidad es intimidad con Dios, es imitación de Cristo, pobre, casto, humilde; es amor sin reservas a las almas y donación a su verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque ésta es la misión que Cristo le ha encomendado. Cada uno de nosotros debe ser santo, para ayudar a los hermanos a seguir su vocación a la santidad”*.

2. Lo específico de la espiritualidad presbiteral

“Yo creo que hay una espiritualidad sacerdotal, pero yo no lo pensé siempre” escribía el Cardenal François Marty¹.

En mi época de seminario continúa el Cardenal, al principio, se hablaba de vida espiritual, indispensable para todo cristiano, a fortiori para el sacerdote. Había escuelas de espiritualidad a las cuales podía uno sentirse más cercano. Pero fue durante el Concilio cuando yo tomé conciencia de esta realidad. Yo pertenecía, dice, a la Comisión encargada de elaborar el Decreto sobre los sacerdotes, el cual sufrió tres o cuatro esquemas. Todos partían de la vida espiritual de los presbíteros, no de una vida espiritual específica sino de una exigencia de vida espiritual. Hubo esquemas que hablaban de la vida espiritual como de ejercicios piadosos. No fue fácil llegar a la idea fundamental de que es en el ministerio, en su misión, donde los sacerdotes deben encontrar la fuente de toda su vida.

1. MARTY, François, Card. “Pour une vie spirituelle spécifiquement presbyterale”, Bulletin de Saint Sulpice, n° 8, 1982, pág 177 y ss.

El título de este Decreto Conciliar, *Presbyterorum Ordinis*, aprobado el 7 de diciembre de 1965, quedó así: Ministerio y Vida de los Presbíteros. El título que encabeza su numeral 13 es este: *“El ejercicio de la triple función sacerdotal requiere y favorece a un tiempo la santidad”*. Y el mismo numeral trece comienza diciendo: *“los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios según el Espíritu de Cristo”*. (PO, 13).

Por eso el Cardenal Marty, concluye así su pensamiento: *“Afirmar que hay una espiritualidad específicamente presbiteral, es afirmar que es en el corazón de nuestra misión de sacerdotes, en nuestra responsabilidad de pastores, donde el Señor quiere hacernos santos”* (pág. 78).

Es evidente que el presbítero no se santifica automáticamente en el ejercicio de su ministerio. Debe vivir también la gracia de su bautismo, debe con todo el Pueblo de Dios reconocerse pecador, vivir de la Palabra que proclama, y alimentarse con fruto del Cuerpo del Señor. Debe también aprovechar los medios que la Iglesia propone a todos sus miembros para su santificación. El ministerio no lo dispensa.

Por su parte, Mons. Juan Esquerda Bifet² afirma: *“La espiritualidad específica de cada vocación deriva de las realidades de gracia que en ella se han recibido. Quien ha recibido el sacramento del Orden, está llamado a vivir lo que es (su consagración) y lo que hace (su misión). A estas realidades de gracia se añaden las que corresponden al hecho de ser miembros de una Iglesia Particular, de su Presbiterio, de una Comunidad o Institución siempre en relación de dependencia respecto de los sucesores de los apóstoles, especialmente del propio Obispo y del Papa”*.

La espiritualidad específica o estilo de vida del presbítero deriva pues de su consagración y de su acción ministerial. Es una espiritualidad eminentemente *“pastoral”* como transparencia de la caridad del Buen Pastor y *“ascesis propia del pastor de almas”* (PO 13).

2. ESQUERDA BIFET, Juan. “Espiritualidad Sacerdotal” en Diccionario de la Evangelización, BAC, Madrid, 1998.

Por esto, es una espiritualidad que se realiza *“ejerciendo los ministerios incansablemente en el Espíritu de Cristo”* (PO 13).

Esta espiritualidad es *“unidad de vida”* o armonía y equilibrio entre la vida interior y la acción directa (PO 14). Tiene su punto central en la Eucaristía, como *“fuente y cumbre de la Evangelización”* (PO 5).

3. En el ejercicio del ministerio

Mons. Paul Charbonneau, Presidente de la Comisión Episcopal del Clero de Canadá hace un interesante comentario del anterior numeral 13 de *Presbyterorum Ordinis*³. Pero antes ofrece un paralelo comparativo entre la versión castellana y la francesa del documento conciliar, para afirmar que es más exacta la segunda.

Yo a mi vez aporto la versión original latina: *“sanctitatem propria ratione consequenter Presbyteri munera sua sincere et indefesse in Spiritu Christi exercent”*.

La traducción castellana dice así: *“Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo sus Ministerios”* (PO 13).

Y la traducción francesa reza así: *“c’est l’exercice loyal, incannable de leurs fonctions, dans l’esprit du Christ qui est, pour les prêtres, le moyen authentique d’arriver a la sainteté”*.

Y continúa Charbonneau: *“Este enunciado conciliar que marca el lazo estrecho entre la vida espiritual de los presbíteros y el ministerio presbiteral, por limpio y claro que sea, no ha entrado todavía en las costumbres del sacerdote diocesano. Lo comprenden más fácilmente los jóvenes de hoy que los mayores de los años cuarenta o setenta. El texto quiere abolir la dicotomía entre acción y contemplación. El sacerdote no es un contemplativo que hace apostolado sino un apóstol*

3. CHARBONNEAU, Paul. “La Spiritualite du Prêtre est celle de son ministère, Bulletin de Saint Sulpice, nº 8, París, 1982, pág. 84 y ss.

que contempla. Por eso el Decreto PO nos viene a decir que la espiritualidad del sacerdote es la de su ministerio”.

Todo lo anterior significa desde luego, un cambio de teología, un cambio de mentalidad. El presbiterado es concebido ahora menos como un poder sobre la Eucaristía que como una gracia para la misión. Por lo tanto, la espiritualidad presbiteral se alimentará en el ministerio. Los jóvenes comprenden que el sacerdote recibe una gracia de santidad particular como ministro en la Iglesia.

El capítulo tercero de la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis de Juan Pablo II, está dedicado en su totalidad a la vida espiritual del sacerdote. Vamos a espigar algunos de sus más importantes pensamientos.

“La afirmación del Concilio de que todos los fieles de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad (LG 40), encuentra una particular aplicación referida a los presbíteros.

Estos son llamados no sólo en cuanto bautizados, sino también específicamente en cuanto presbíteros, es decir con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del Orden” (PDV 19).

Y más adelante: *“El Concilio señala después cuales son los elementos necesarios para definir el contenido de la especificidad de la vida espiritual de los presbíteros. Son esos elementos que se refieren a la consagración propia de los presbíteros, que los configura con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia; los configura con la misión o ministerio típico de los mismos presbíteros, la cual los capacita y compromete para ser instrumentos vivos de Cristo Sacerdote Eterno y para actuar personificando a Cristo mismo; los configura en su vida entera, llamada a manifestar y testimoniar de manera original el radicalismo evangélico PO 2; 12 (PDV 19).*

En efecto, en su misión profética, el sacerdote se abre personalmente él primero para escuchar la Palabra de Dios, que le habla a través de la Sagrada Escritura, pero también a través de los signos de los tiempos.

En su misión cultural, encuentra la más alta expresión de su ser y de su quehacer en la Eucaristía, cumbre de la Evangelización.

La misión pastoral, será para él una diaconía absorbente que lo hace morir al egoísmo hasta convertir su vida en permanente oblación.

4. Y por la caridad pastoral

El ministerio de los presbíteros se plasma y define en la vivencia de la llamada caridad pastoral.

“Gracias a la consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, anota Pastores Dabo Vobis, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral” (PDV 21)

El ministerio será entonces de un lado, fuente de santidad y de otro una llamada a la santificación al mismo tiempo:

“Existe pues una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio, como lo afirma el Concilio en PO 12: Al ejercer el ministerio del Espíritu y de la justicia (cfr. 2 Cor 3, 8-9), los presbíteros si son dóciles al Espíritu de Cristo que los vivifica y guía, se afirman en la vida del Espíritu, ya que por las mismas acciones sagradas de cada día, como por todo su ministerio, que ejercen unidos con el Obispo y los demás presbíteros, ellos mismos se ordenan a la perfección de vida; por otra parte, la santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio”. (PDV 24)

Mons. Esquerda, a su vez⁴, afirma que la santificación presbiteral es un proceso de configuración con Cristo Sacerdote Buen Pastor:

4. ESQUERDA BIFET, Juan. Teología de la Espiritualidad Sacerdotal, BAC, Madrid 1991.

“El sacerdote ministro no es sólo signo de Cristo Sacerdote Buen Pastor, en cuanto participa ontológicamente de su ser y de su actuar sacerdotal, sino que debe ser verdaderamente un signo viviente o un instrumento vivo del Señor. Si la santidad o perfección cristiana consiste en la caridad, la santidad del sacerdote tendrá el matiz de la caridad pastoral, como sintonización e identificación de actitudes con Cristo Sacerdote. Y en aras de la caridad pastoral el sacerdote como Pablo se hace “prisionero del Espíritu.” (Hch 20, 22).

La misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote. Así lo explicita el célebre n° 14 de *Presbyterorum Ordinis*:

“Así, desempeñando el oficio de Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral hallarán el vínculo de perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y su acción” (PO 14).

Este numeral 14 es verdadero oro en polvo en lo que se refiere a la búsqueda y a la consecución de la unidad de vida de los presbíteros.

Uno de los aportes más ricos de PDV es el lugar que en la vida del presbítero ocupa la caridad pastoral. Ya el Vaticano II la había señalado es verdad, en LG 41 y en este n° 14 de PO que acabamos de citar, pero sin desarrollarla. PDV en cambio lo comenta y profundiza:

“La caridad pastoral es el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero, siendo su contenido esencial la donación de sí, la donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen...”

“Solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, Cuerpo y Esposa de Jesucristo...”

La caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera sacrificial toda su existencia”. (PDV 23).

No sé, si es por el género literario, pero me da la impresión de que el Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros (DMVP - Congregación para el Clero, 1994), y que se supone que es un comentario y relectura de PDV, es pobre en su capítulo II sobre la espiritualidad sacerdotal. Sin profundizar la doctrina de PO, y sin aprovechar PDV, se reduce a insistir en los medios para lograr la espiritualidad de los presbíteros. Se salva talvez el párrafo siguiente:

“Hoy, por tanto los presbíteros están empeñados en diversos campos de apostolado, que requieren dedicación completa, generosidad, preparación intelectual y sobre todo una vida espiritual madura y profunda, radicada en la caridad pastoral, que es el camino específico de santidad para ellos, y además, constituye un auténtico servicio a los fieles en el ministerio pastoral”. (DMVP, 34).

Ahora, concluye el P. Recondo, a partir de PO, de PDV, y del desarrollo de la teología de la caridad pastoral, ya podemos vislumbrar una espiritualidad con identidad y perfiles propios⁵.

En efecto, el presbítero diocesano vive su espiritualidad como ascesis propia del pastor de almas; sigue radicalmente al Buen Pastor imitando su caridad pastoral, en unas circunstancias eclesiales concretas de pertenencia a una Iglesia Diocesana, en dependencia del propio Obispo y como miembro de un presbiterio. Lo que importa luego, es la responsabilidad de crear unos cauces adecuados de estas exigencias evangélicas y pastorales⁶.

“Es necesario que el sacerdote tenga la conciencia de que su “estar en una Iglesia Particular” constituye, por su propia naturaleza un elemento calificativo para vivir una espiritualidad cristiana”. (PDV, 31)

“El presbítero encuentra precisamente en su pertenencia y dedicación a una Iglesia Particular; una fuente de significados, de

5. RECONDO, José María. Formación Espiritual desde la Identidad y Espiritualidad Presbiterales, en Formación Espiritual para el Presbítero del Tercer Milenio, Devym, Documentos Celam, nº 145, Bogotá, 1997.
6. ESQUERDA BIFET, Juan. Signos del Buen Pastor, Espiritualidad y Misión Sacerdotal, Celam-Devym, 1989.

“criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral como su vida espiritual” (PDV 31).

La espiritualidad entonces, propia del clero diocesano, es una espiritualidad basada en la misión pastoral, centrada en la caridad pastoral y fortalecida en la comunión pastoral.

Conclusión

De nuevo recurrimos a Mons. Esquerda para aprovechar su maravillosa síntesis de lo que serían las líneas básicas que constituyen la espiritualidad específica del presbítero diocesano:

1. *Es signo personal, comunitario y sacramental de Cristo, Buen Pastor, Cabeza, Esposo, Siervo, Sacerdote y Víctima* (cfr. PO 12-18; PDV 27-30; Directorio 57-67). El presbítero participa de *su ser* en la consagración; prolonga *su obrar* en la misión y transparenta *su estilo* de vida en la espiritualidad.

2. *Ejerce consciente y crecientemente el ministerio según el Espíritu de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor* (PO 13).

3. *Vive el sacerdocio en un presbiterio con las características de una “íntima fraternidad”* exigida por el sacramento del Orden (LG 28). Es una fraternidad sacramental (PO 8) que equivale a un signo eficaz de santificación y de evangelización.

4. *La misión y la espiritualidad diocesana* la vive necesariamente en relación de dependencia familiar respecto al carisma episcopal (PO 7; PDV 31,74).

5. *El sacerdote diocesano, por la incardinación, pertenece de modo permanente a la Iglesia Particular.* Sirve pues a la Iglesia allí donde ésta se concreta bajo la dirección de un sucesor de los apóstoles (CD 11; LG 28).

En síntesis:

a. El sacerdote debe vivir lo que es: su espiritualidad es la vivencia de lo que él es como sacerdote: instrumento vivo y signo personal de Cristo.

b. El sacerdote debe vivir lo que hace: debe ser consciente del valor santificante de su ministerio (caridad pastoral).

c. El sacerdote debe unificar su vida, uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad de Dios en su vida y en la entrega generosa de sí mismo a los hombres.

Esta espiritualidad específica presbiteral (que constituye la propia identidad) ni se pone en duda, ni se presenta como reivindicación, ni se reduce a una discusión teórica de contraste con otras espiritualidades, sino que se afirma para vivirla a través de la formación permanente de los ya sacerdotes, y para inspirarla a los futuros sacerdotes, especialmente durante la formación inicial en los seminarios⁷.

7. ESQUERDA BIFET, Juan. Fraternidades Sacerdotales en el Presbiterio Diocesano (Pro manuscrito, 2002).

Sumario:

La acción del Espíritu en el hoy de la Iglesia ofrece un panorama muy enriquecedor; con grandes signos de vitalidad y renovación, pero que también interpelan sobre cómo alentar, promover y acompañar la vida y el ardor evangelizador de los nuevos Institutos. Gracias al soplo del Espíritu se vienen suscitando en Iglesias Particulares, carismas novedosos que regala el Espíritu Santo para bien de la Iglesia y así darle nuevos impulsos misioneros a la misma.

Espiritualidad en América Latina

Monseñor Pablo Galimberti

Obispo de San José de Mayo - Uruguay

Calle Sarandi No. 371

Tel.: (598) 342 2124

E-mail: ceusjose@adinet.com.uy

80000 San José de Mayo - Uruguay

Introducción

Límites

Limito esta reflexión a algunos aspectos de lo que ha acontecido, aproximadamente, en los últimos 20 años en nuestras Iglesias, desde México hasta el extremo sur del continente. No dispongo de suficiente tiempo para reunir más informaciones; el abordaje del tema, por lo tanto, adopta el estilo de apuntes o “aproximaciones”, a las que debiera seguirle una reflexión teológica que profundizara los hechos desde una clave pneumatológica y eclesiológica.

Explicando términos

Paso a presentar, en forma descriptiva y práctica, los tres conceptos que sustentan este aporte.

- ➔ **Espiritualidad:** El lector tendrá probablemente su propia experiencia y noción de “espiritualidad”. Es un estilo propio de vivir la común vocación a la santidad. Se nutre en las opciones y fidelidades de cada día mediante las cuales intentamos asumir e integrar progresivamente todas las vivencias, sectores o dimensiones de la vida (intelectual-racional, afectivo-sexual, volitivo, corporal, interpersonal, familiar, social, económico, político, estético, etc.)-, desde una radical y cordial comunión con el Misterio de Dios revelado en Jesucristo, que se nos regala como el mayor acontecimiento de nuestra historia personal. Este “existir en comunión” se despliega, en la Iglesia y en el mundo, a través del empuje o dinamismo de las Virtudes Teologales: Fe, Esperanza y Caridad. S. Galilea dice que la espiritualidad es como el agua y la humedad, que aunque a veces no se ven, son las que dan verdor, crecimiento y belleza a un campo sembrado, evitando que se transforme en un erial.

- ➔ **Latinoamericana:** El adjetivo “latinoamericano/a” parece sencillo; sin embargo, al referirlo a la “espiritualidad católica”, que a semejanza de la conciencia católica, es esencialmente un espacio “abierto”, nos damos cuenta que no es fácil trazar fronteras geográficas ni definir lo específicamente católico de nuestro continente olvidando los intercambios eclesiales especialmente con Europa. En efecto, los entrecruzamientos se multiplican vertiginosamente en el panorama actual de la “aldea global”, en cualquier rincón del planeta. La imagen de una inmensa “red” que como sistema conectivo vincula la parte con el todo, centro y periferia, moviéndose en dinámicos intercambios, puede graficar el fenómeno.

Cursé los años de teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y viví en ese tiempo (1965-1969) en el Pontificio Colegio Pío Latino Americano. Desde Roma empecé a descubrir mi continente; porque un defecto de muchos uruguayos fue vivir en un país pequeño mirando hacia Europa, ignorando o reprimiendo una historia de peripecias, esperanzas y frustraciones del propio país en el contexto de la Patria Grande. Compartí experiencias muy variadas durante los años fecundos del postconcilio, y comprobé también cómo muchas veces lo novedoso de nuestra iglesia latinoamericana era suscitado desde el centro de la catolicidad. Un sello de la conciencia católica es su “uni-versalidad” (mirar todo desde un Centro referencial). Y este rasgo de colegialidad y comunión, “sub Petro et cum Petro”, como oímos repetir en el último Sínodo en el que nos tocó participar (Cfr. Sínodo Obispos: “El Obispo Servidor del Evangelio de Jesucristo para Esperanza del Mundo”, Nuntius N° 16, Vaticano, octubre 2001) es un aspecto vertebral de nuestra identidad latinoamericana. Más aún, esa alteridad romana, constituye una dimensión constitutiva de nuestra eclesialidad.

- ➔ **“Nuevos Institutos”:** Hablo sobre “espiritualidad” pero desde los sujetos corporativos o comunitarios que son los institutos de reciente fundación. Mi horizonte alcanza a los que están presentes en A.L., los que han surgido en el continente y que cuentan con aprobación de algún obispo. Los que desarrollan en tierra americana actividades evangelizadoras, aunque nacidos fuera de nuestro continente. Los que han nacido, aproximadamente, después del Concilio Vaticano II hasta la fecha. Al calificar

como “nuevos” a algunos Institutos no está en mi ánimo sugerir fáciles contraposiciones. De unos y otros se nutre la Iglesia Católica. Llamar a unos “nuevos” no significa considerar como “viejas” a congregaciones o “Institutos de Vida Consagrada” de la talla de la Compañía de Jesús, los Dominicos, Franciscanos o Carmelitas, por ejemplo, de quienes la Iglesia universal, incluidos los latinoamericanos, seguimos siendo eternos deudores y que nos siguen enriqueciendo con la fecundidad del carisma fundacional, con el testimonio de sus fundadores, sus escritos, santos y doctores, que son parte viva de la mejor tradición y que no pasan de moda. Es el caso de Santa Teresa de Lisieux, proclamada Doctora de la Iglesia durante la celebración de la Jornada Mundial de Jóvenes en París, en 1998. Y el Papa realizó este gesto ante 800.000 jóvenes de todo el mundo! Autores actuales del continente, incorporando categorías antropológicas contemporáneas, retoman las grandes tradiciones espirituales católicas, para iluminar aspectos fundamentales de la espiritualidad. Pienso, por ejemplo, en todo lo relativo al discernimiento de los “espíritus” que se mueven en nuestra conciencia y que exige disposiciones adecuadas como apertura del alma ante un confesor o director espiritual para lograr una codificación de las señales del buen espíritu en el inquieto oleaje del psiquismo humano y que resumió con maestría San Ignacio de Loyola en sus reglas de I^a y II^a semana. Apoyado en la rica tradición ignaciana y teresiana, S. Galilea en su opúsculo “Tentación y Discernimiento” (Madrid, 1991) ofrece pistas sobre “los demonios del apostolado” y “los demonios de la oración”.

Considero, sin embargo, que el tema de la reflexión está justificado, pues existen realidades “nuevas” surgidas en la Iglesia tanto en el sector de la vida consagrada como laical. Novedades que pueden ser contextualizadas también dentro del llamamiento del Vicario de Cristo desde comienzos de los 90 alentando a emprender “nuevos” caminos en el vastísimo campo de la evangelización: ardor, métodos y expresiones. Reconocer lo nuevo no significa *ipso facto* aprobarlo con los ojos cerrados. Existen grupos o comunidades, gérmenes prometedores de institutos, que todavía no han adquirido madurez ni solidez, independientemente de la aprobación jurídica que cuenten. Aquí no me propongo diseñar una tipología de tipo jurídico, haciendo un elenco de nombres, carismas y fechas.

Observo muchas corrientes, caminos, propuestas, bibliografía, métodos, etc. Estos hechos tienen una doble lectura: por un lado son indicadores de cierta insatisfacción, (sin distinguir si son los contenidos, métodos, personas o instituciones). Por otro lado indican que hay personas en búsqueda, capaces de nuevos emprendimientos y experiencias. Visité recientemente en Québec una comunidad nueva, Familia Myriam; la fundadora me contó cómo había madurado su carisma determinando que dejara su congregación dedicada a la enseñanza, a la que la unían fuertes vínculos y en cuyo seno fue creciendo una nueva vertiente de espiritualidad. Recordé lo que le ocurrió también a la Madre Teresa de Calcuta. Por ahora señalo los hechos. Esta situación impone al obispo una actitud de escucha y discernimiento, para descubrir cómo el Espíritu Santo mueve, inquieta y sopla en la Iglesia. Hay que juzgarlo todo, para quedarse con lo bueno y descartar lo mediocre, nocivo o lo que es pura novelería. De hecho hay institutos nuevos que ya han sido rechazados por varios obispos porque desde sus inicios han mostrado un espíritu restaurador, una acentuada ideologización y una actitud de autosuficiencia y desobediencia frente a la autoridad de los obispos. Hace pocos días en Argentina me informaron de un caso concreto.

I. «NOVA et VETERA»

Este binomio, que expresa tensión entre tradición y renovación, entre pasado y presente, entre fe y tejido histórico-cultural, puede servir para describir e interpretar mucho de lo que está ocurriendo en la Iglesia latinoamericana.

En los últimos 20 años, asistimos a un florecimiento extraordinario de corrientes, modelos y propuestas de espiritualidad. Dejo de lado pero sin desconocerlo el fenómeno de la proliferación y confusión (algunos lo llaman “supermercado religioso”, otros pluralismo, etc.) que se ha intensificado en los últimos años en todo el mundo, con empleo de estrategias más propias del marketing empresarial (expresión que le oí al Cardenal A. Lorscheider) y abundante despliegue mediático.

Algunas propuestas parecen más bien ramas nuevas crecidas a la sombra de los frondosos árboles de las grandes espiritualidades del mundo occidental europeo. A veces combinan elementos de distinta procedencia. Tomo un ejemplo de la América del Norte: en la reciente Jornada Mundial de Jóvenes (Toronto, julio 2002) conocí a un grupo de hermanos franciscanos que viven en el barrio Bronx de Nueva York, que han incorporado a la tradición franciscana ingredientes de la renovación carismática con el telón de fondo del escenario neoyorkino. Unos organizaban la adoración permanente al Santísimo Sacramento, escuché a otro cantando rock, estilo rap, ante una multitud de jóvenes que vibraban. En el Pabellón de las Vocaciones y durante la noche en que junto a la Comunidad de las Bienaventuranzas (que me habían invitado a acompañarlos) pasábamos “à la belle étoile”, intentando dormir en espera de la misa de clausura, observé diversos estilos de propuestas, como sacerdotes o religiosos con hábito o impecable traje eclesial que estaban disponibles para oír Confesiones, otros grupos animaban momentos de adoración ante el Santísimo Sacramento. Durante esa vigilia encontré varios grupos neocatecumenales que danzaban y cantaban acompañados por instrumentos musicales. Junto a ellos también encontré a muchos grupos juveniles de diversas diócesis.

En este artículo, nos referimos a los movimientos, carismas o institutos que: o bien nacieron fuera de América Latina o bien tienen acta de nacimiento latinoamericana y cuentan con algún tipo de reconocimiento episcopal; muchos incluso, manteniendo un diálogo con la Santa Sede a los efectos de encontrar la correspondiente figura jurídica como “nuevas formas”.

APROXIMACIONES

Para abarcar un tema tan amplio planteo **aproximaciones** o rasgos de la espiritualidad, comunes a varios institutos, que más sobresalen.

324

1. Lo esencial de la experiencia cristiana

Por lo general en los inicios de los nuevos Institutos se detectan síntomas que indican por un lado malestar o insatisfacción con lo

que se está haciendo o viviendo. Por otro lado empieza un tiempo de expectativa y discernimiento. En la Exhortación Evangelii Nuntiandii (año 1975) Pablo VI expresaba este “desajuste” afirmando que gran número de personas recibieron el bautismo pero viven al margen de toda vida cristiana (Cfr. N° 52) En esos años empezaron a surgir propuestas para ayudar a pasar de una mera pertenencia sociológica a la Iglesia a una adhesión más personal. La fe es asombro, “hemos encontrado” (Jn 1,41) le cuenta Andrés a su hermano. La fe se hace opción personal, asumida y cultivada, arraigada en los niveles de la conciencia (psicológica y moral) y la inteligencia (nocional, ortodoxia), los sentimientos y el espesor histórico y social (orto-praxis).

La espiritualidad hodierna en A. L. intenta superar la separación entre fe y vida, entre objetividad del misterio y subjetividad de la vivencia religiosa. Muchas corrientes contemporáneas han intentado construir puentes entre experiencia y fe, evitando dos extremos, por un lado el intelectualismo abstracto y por otro el emocionalismo fluctuante. La experiencia de fe es la resultante entre inquietudes del corazón y expresiones históricas o certezas dogmáticas. La síntesis configura un nivel de experiencia que podría llamarse “subjetividad objetivada”. Sería absurdo afirmar como novedad que esto que afirmamos es exclusivo de las dos últimas décadas de la vida eclesial en nuestro continente. El intento de una teología kerigmática proviene de mediados del siglo XX, buscando comunicar la “buena nueva” al oyente de nuestro tiempo. Es una urgencia que nunca ha faltado en la vida eclesial, pero que periódicamente reaparece fuerza y urgencia. Por eso decimos que hablamos de acentuaciones. Además lo que nos interesa no es hacer historia de ideas sino rescatar carismas encarnados en fidelidades personales, a los que determinadas estructuras jurídicas han permitido una relativa continuidad.

El católico de nuestro tiempo, navega muchas veces como a la deriva, fragmentado, entre un mar de conceptos, símbolos, dogmas, ritos y mandamientos, que no sabe cómo digerirlos orgánicamente y siente a la vez hambre y rechazo del “menú” que le ofrecemos. Necesita tocar con su miseria y desamparo existencial el rostro cautivante de Jesucristo, que con mirada compasiva le dice que quiere hospedarse y entrar en su mundo cotidiano.

Han surgido propuestas renovadas de retiros en la línea de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, que algunos han propuesto en los últimos tiempos adecuándolos “a la vida diaria”, a lo largo de tiempos más largos.

El Movimiento Comunión y Liberación, nacido en Italia y presente en América ofrece una pedagogía a partir de la intuición de su fundador. Con motivo del vigésimo aniversario de la Fraternidad de Comunión y Liberación, el Papa Juan Pablo II dirigió un Mensaje a don Luigi Giussani fechado el 11/02/02 en el cual señala como primer aspecto de este movimiento *“el empeño en prestar atención a las necesidades del hombre de hoy. El hombre jamás deja de buscar: tanto cuando se ve afectado por el drama de la violencia, o marcado por la soledad y el sin sentido, como cuando vive en la serenidad y la alegría, sigue buscando. La única respuesta que puede saciarle apaciguando su búsqueda le viene del encuentro con Aquel que es la fuente de su ser y de su obrar.”*

Es el espesor humano, la dimensión antropológica, la condición humana inquieta, descrita con rasgos agustinianos, el horizonte desde donde el corazón vive en atenta espera y escucha para dar el paso de Fe confiando en Jesucristo. *“El movimiento ha querido y quiere indicar no ya un camino sino el camino para llegar a la solución de este drama existencial. El camino es Cristo, El es el Camino, la Verdad y la Vida, que alcanza a la persona en su existencia cotidiana. El descubrimiento de este camino sucede normalmente gracias a la mediación de otros seres humanos.”* (Ibid.)

Resaltan aquí tres aspectos: la experiencia humana como “lugar” teológico, la centralidad de la persona de Jesucristo, la mediación de otros cristianos que son como un eco del acontecimiento de Cristo y se convierten ellos mismos en “acontecimiento”.

La búsqueda de la experiencia cristiana se tematiza de diversos modos según los Institutos, carismas, experiencias fundacionales, escritos y fundadores. Ciertamente es un encuentro con el Tú de Jesucristo que nos sale al encuentro en las ganas de felicidad o en las grietas y ansias de la propia vida que se quiebra, desmorona y toca fondo. Y desde allí inicia un camino de purificación y reencuentro, invocando y esperando los brazos paternos cargados de Misericordia.

2. Integración de lo mariano y femenino

La mujer y lo femenino ocupan nuevos lugares en nuestra cultura. Asistimos a la recuperación de la dimensión “femenina” o materna como compensación de una figura marcadamente paterna-masculina en la comprensión de Dios. Ya Juan XXIII en la *Pacem in terris* (Abril 1963) señalaba el ingreso de la mujer en la vida pública y la progresiva conciencia de su propia dignidad, como una de las tres características de la vida moderna. (Cfr. N° 35). Tres décadas después, Juan Pablo II, en el año 1995, con motivo de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, dirigió una elocuente *Carta a las Mujeres*. Daba gracias a la Santísima Trinidad por el misterio de la mujer y por cada mujer, por lo que constituye **la medida eterna de su dignidad femenina**. *“Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”*. Y refiriéndose a la mujer consagrada expresa: *“a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta ‘esposal’, que expresa maravillosamente la comunión que El quiere establecer con su criatura”*. (N° 2) Y comentando la escena del Génesis sobre la creación, subraya un significado profundo del ser femenino: *“En la creación de la mujer está inscrito desde el inicio el principio de la ayuda: ayuda no unilateral sino recíproca. La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer. La femineidad realiza lo ‘humano’ tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria.”* (N°7). En María la Iglesia ve “la máxima expresión del ‘genio femenino’ y encuentra en Ella una fuente de continua inspiración” (N° 10). María esclava y reina, difícil síntesis del alma cristiana que puede encontrar en María el secreto de esa síntesis. *“¡Su reinar es servir! ¡Su servir es reinar!”* (Ibid.)

La presencia mariana como servidora y reina se ha extendido de múltiples maneras en nuestro continente: los numerosos santuarios marianos diseminados en el continente que congregan multitudes y donde muchos aprovechan la oportunidad (que no encuentran tan fácilmente en sus propias parroquias) para acercarse al sacramento de la reconciliación, los sucesos “milagrosos” (hay numerosos expedientes en proceso de estudio por parte de las autoridades eclesíásticas

locales o a nivel de la Santa Sede, concretamente de la Congregación de la Doctrina de la Fe, según se nos informó el año pasado en esa Congregación), las numerosas comunidades nuevas que han elegido a María como fuente inspiradora y orientadora de sus institutos o movimientos, han florecido en el continente. María está presente con sus mensajes tanto en lo grande como en lo pequeño de cada día. Es una línea de gran arraigo en la historia de la evangelización de A.L. que se cumplió de la mano de María, como expresó la IIIª Conferencia Episcopal Latinoamericana en Puebla. Sumemos a esto el pontificado de Juan Pablo II que se inicia en octubre de 1978 bajo el lema “*Totus tuus*”.

Pero cabe hacer aquí una distinción. Unos viven la devoción o inspiración mariana principalmente a través de las peregrinaciones y fiestas populares. Para otros la dimensión mariana de la experiencia cristiana transita por un camino más interior, como una escuela de espiritualidad, inspirada en autores clásicos como San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Sacerdotes fundadores como el Padre José Kentenich (fallecido el 15/09/68), iniciador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt han predicado y testimoniado un fuerte perfil mariano a la espiritualidad.

La Madre de Jesús es una realidad histórica que es asimilada y elaborada como arquetipo de la Iglesia y de modo especial como arquetipo del alma o Anima (C. G. Jung), el “eterno femenino” (Teilhard de Chardin) del alma cristiana. Otro rasgo significativo y original, señalado por la Exhortación “Vita Consecrata”, es el carácter mixto de los nuevos institutos. Como una cercanía que expresa la necesidad de integrar en el corazón indiviso del consagrado la dimensión femenina, (y en la mujer consagrada la presencia del hombre consagrado) renunciadas pero no aniquiladas; más bien asimiladas como permanente estímulo de mayor amor al Señor y fecundidad apostólica, en la permanente cruz del amor total.

328

Los dogmas marianos (Inmaculada Concepción, Maternidad divina, Perpetua Virginitad y Asunción) y un nuevo acercamiento a los Evangelios y Hechos de los apóstoles, nos presentan a María en diversos momentos, desde Nazareth hasta Pentecostés, como la figura que “modela” el alma de la Iglesia, su renovación, sus deseos de santidad y los numerosos emprendimientos apostólicos y misioneros de sus hijos.

3. Mayor atención al sople del Espíritu Santo

El Padre Salvador Carrillo m.sp.s, en su libro *“La renovación en el Espíritu Santo”* (Bogotá, 1984) cuenta cómo fue el nacimiento y la expansión de la Renovación. Destaco lo siguiente: a) el fenómeno se sitúa históricamente a menos de un año de finalizado el Concilio Vaticano II, en América del Norte, Estados Unidos. b) Era un grupo de profesores católicos dedicados a tareas apostólicas pero empezaron a sincerarse y a tomar conciencia que *“algo les faltaba* en su vida cristiana personal. Aunque no podían especificar el por qué, cada uno reconocía que había *cierto vacío*, una *falta de dinamismo*, una *debilidad espiritual* en sus oraciones y actividades... Conscientes de que la fuerza de la comunidad cristiana primitiva estuvo en la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, *empezaron a orar”*. (pág. 17). El P. Carrillo trae la autorizada opinión del P. Congar: *“La Renovación en el Espíritu no es solamente una moda. Se trata de una fuerte acción espiritual que cambia vidas. No es solamente un ‘re-avivamiento’, sino una verdadera ‘renovación’, una actualización de posibilidades nuevas que surgen de la Iglesia siempre antigua y siempre nueva.”* (pág. 20).

Juan Pablo II, al clausurar el Congreso Teológico Internacional de Pneumatología, (Vaticano, marzo, 1982) expresó la necesidad de una buena teología, de una sana eclesiología, que muestre el lugar de los carismas en la unidad de la Iglesia, en unión con los ministerios instituidos también por el Espíritu, y de una profunda teología espiritual...” (pág. 31).

La Renovación ha contribuido, entre otros frutos, a encontrar el lugar a la oración, a cultivar la dimensión de la alabanza, a frecuentar más la Palabra de Dios y a colaborar en diversos servicios en la Iglesia. Recuerdo por ej. todos los servicios que brindaron durante la IV Conferencia Episcopal de Santo Domingo. Además, y esto es un criterio a no olvidar, ha habido conversiones y despertar de vocaciones.

Durante la reciente Jornada Mundial de Jóvenes participé en una de estas veladas consistentes en una lectura del Evangelio, cantos rítmicos, predicación que despertaba la fe y motivaba a abrirnos a la acción del Espíritu del Señor que sana; luego de dos horas, fui invitado

a llevar procesionalmente el Santísimo Sacramento -expuesto en la custodia- a través de las naves del templo, colmado de jóvenes, que cantaban y adoraban con fervor al Señor. Durante la velada se ofrecía a los presentes la posibilidad de la reconciliación (en varios idiomas).

Quiero destacar que junto a la Renovación en el Espíritu Santo, se ha producido una revalorización de la Eucaristía a través de la adoración. Un ejemplo son las celebraciones del Padre Marcelo Rossi en Brasil. Otro ejemplo que me han referido y ocurre también en Brasil es lo que llaman el “cerco de Jericó”. Esto se realiza de la siguiente manera: durante una semana se van turnando grupos (laicos principalmente) que mantienen la adoración eucarística durante el día y la noche, las 24 horas, durante una semana. Y en un momento del día se celebra la Eucaristía. Me han dicho que convoca a muchos alejados y que se realiza tanto en templos como en las sedes diocesanas de los movimientos. Y la adoración del Cuerpo de Cristo o piedad eucarística, según el Cardenal Ratzinger, lleva a una dimensión social de la Fe. Como ejemplos cita a San Martín de Porres y a la Madre Teresa de Calcuta.

Como ejemplo de la difusión en A. L. en la década del 80 participé en dos retiros para obispos de este estilo promovidos por el obispo de Sonsón Rio Negro, (Colombia) Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo, y en la década de los 90 sucedió algo similar en México, promovido por la Renovación de ese país que se realizó en Monterrey y el predicador fue Monseñor Josef Cordes.

Por último: puede ser que nos sorprendan algunos estilos de la Renovación. No olvidemos con todo, que “A veces también el Espíritu Santo se anticipa visiblemente a la acción apostólica, de la misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas maneras”. (Vat. II, Ad Gentes, N° 4).

4. Recuperación de la Oración

La mayoría de los cristianos hemos experimentado, quizás en horas o etapas de desierto, el deseo y atracción del Dios de la zarza ardiendo. Al mismo tiempo la actividad humana, especialmente po-

tenciada en nuestra época mediante la ciencia, ha alcanzado desarrollos asombrosos. El sueño prometeico de dominar el fuego sagrado reaparece como la tentación permanente en el horizonte de nuestra libertad. En este humus cultural la oración ha experimentado de todo: abandonos, búsqueda de caminos nuevos y hasta la sustitución, absorción o vaciamiento de la originalidad cristiana.

La Congregación para la Doctrina de la Fe publicó en octubre de 1989 *“Carta sobre las formas de oración”* que resultó muy ilustrativa de algunas evoluciones extrañas que se venían dando en la Iglesia. En la introducción se traza un breve panorama de la situación: *“En muchos cristianos de nuestro tiempo está vivo el deseo de aprender a rezar de manera auténtica y profunda, a pesar de no pocas dificultades que la cultura moderna plantea al camino del silencio, recogimiento y de la meditación.”* Pero vamos a referirnos a algo de lo ocurrido en América Latina.

La calidad y los métodos de oración han encontrado en nuestro continente nuevos caminos y propuestas institucionales. Un ejemplo son los Encuentros de Experiencia de Dios (EED), iniciados en América Latina, concretamente en San Pablo (Brasil) en 1974 por el religioso capuchino de origen vasco Ignacio Larrañaga y que el pasado 15/08/02 ha celebrado en Quito sus Bodas de oro sacerdotales.

En un pequeño libro autobiográfico, publicado recientemente, titulado *La Rosa y el Fuego*, cuenta el largo camino que lo llevó a inventar esta nueva propuesta de una semana de duración: *“se trataba de introducir a los participantes en una experiencia de Dios, de aprender a estar con Dios, porque con Dios todo es diferente.”* (p.138) *“A lo largo de la semana el participante del EED logra aceptar con paz los condicionamientos humanos de indigencia, insignificancia y precariedad, con lo que desaparecen las ansiedades y la angustia. En resumen, un EED es un conjunto peculiar de mensajes y prácticas con los que se vigoriza la fe mediante la Palabra y se realiza una enérgica sanación mediante la vivencia del Abandono... Hay que marcar el acento en la palabra experiencia, pues de eso se trata fundamentalmente: de vivir un encuentro con Dios de una manera vital, variada e intensiva.”* (pág. 139)

Esta propuesta del Padre Larrañaga ha madurado en algo que podría llamarse movimiento apostólico laical. Por limitaciones de edad y salud, a finales de 1993 preparó a 45 matrimonios de distintos países “*entregándoles el mensaje y contenido de los Encuentros, para que fueran ellos quienes los impartieran. Actualmente lo están haciendo en numerosos países con mucho espíritu apostólico y gran competencia.*” (pág. 140). A través de charlas grabadas y revistas mantienen un enlace y coordinación.

Lentamente se está redescubierto también **la adoración eucarística**, que se había abandonado. Los lugares tradicionales de adoración eucarística, símbolos de nuestros tiempos de jóvenes de Acción Católica, dejaron de ser zarza ardiendo en la ciudad. A comienzos de los '80 pregunté a un sacramentino español, ya anciano, por qué se había abandonado la adoración nocturna que reunía mensualmente a numerosos jóvenes de las parroquias de Montevideo en el emblemático Santuario Eucarístico ubicado en el Cerrito de la Victoria. La respuesta fue que después del Concilio se empezó a predicar que a Cristo se lo encontraba en el hermano. Si un religioso estaba desconcertado ante un cambio tan brusco ¿qué podría pensarse de los simples fieles?

Un ejemplo del redescubrimiento eucarístico. En una diócesis de Uruguay acaban de instalarse los *Ermitaños Eucarísticos del Padre Celestial*, fundados en Bucaramanga (Colombia) por un sacerdote belga, siendo arzobispo el actual Cardenal Darío Castrillón. Actualmente son 80 mujeres y 30 varones extendidos por Argentina, Uruguay y están por fundar en España. El carisma retoma la tradición de los Padres del Desierto. Soledad, adoración y algunos añaden también tiempos de apostolado. Días pasados, durante la Jornada de Jóvenes en la diócesis donde están, un grupo de jóvenes comenzó a gritar: “Priscila...!” hasta convencer a una de estas ermitañas a cantar con su guitarra.

5. ¿Retorno de lo reprimido?

Al escuchar los cantos de una celebración masiva del Padre Marcelo, en Brasil, -según me contó un sacerdote que fue testigo- una señora comentó con sorpresa que los cantos que estaba escu-

chando eran *tradicionales*! Este comentario inspiró el subtítulo de este párrafo. Cuando señalo que la oración, el soplo del Espíritu Santo o la devoción mariana son rasgos de la espiritualidad de nuestro continente, me surge la pregunta: ¿en qué sentido puede decirse que estamos ante algo “nuevo”? ¿Qué es en definitiva lo “nuevo”? ¿Podrá impactar la “novedad cristiana” sin hombres o mujeres entusiasmados de Jesús y transformados por su Espíritu? Lo nuevo está en al ardor, en las expresiones y también en los métodos. No podemos acentuar sólo los métodos, porque si les falta el alma se convierten en trampas mortales! (Cfr. Juan Pablo II, NMI hablando de la comunión, N° 43).

La situación socio-política de los años 60 en A. L. había llevado al surgimiento de corrientes de pensamiento, tanto teológico como pastoral y espiritual, que constituyeron el tronco principal de la Teología de la Liberación. Esto fue un importante aporte de las iglesias de nuestro continente. ¿Qué quedó de todo eso? Hay valores de alguna forma incorporados en la espiritualidad y praxis eclesial. La solidaridad como la forma de la caridad social, la conciencia de los marginados y excluidos que no pueden quedar en el olvido por los ingenieros de las planificaciones macroeconómicas y sociales. La Teología de la Liberación se aquietó, vino la crisis del militante socio-político-eclesial, el posmodernismo y quedó incorporada la conciencia generalizada de la importancia de lo social frente a espiritualidades esquizofrénicas, dualistas o de simple fuga. Ha quedado la importancia de lo social pero no necesariamente vinculado a partidos políticos. Los problemas sociales, por otra parte, están lejos de haber encontrado una justa solución. Todo lo contrario, se han agravado en el nuevo escenario global.

6. Espiritualidad profético – martirial

En el mes de marzo de 1994, en Itaici, Brasil, en un encuentro regional sobre vocaciones, se ofreció a las delegaciones presentes un espacio llamado: “expo-vocaciones”. Según me contó un sacerdote uruguayo que estuvo presente, se hizo una votación para recoger el veredicto y simpatía de los participantes. Contrariamente a lo que muchos esperaban, ante stands atractivos y materiales gráficos y audiovisuales con mucho “gancho” y marketing, Guatemala fue la ga-

nadora. La razón fue que habían empapelado una pared con rostros de *catequistas mártires*. Los cristianos laicos que habían rubricado sus palabras con la propia sangre recogieron el merecido reconocimiento. Buen olfato y discernimiento de los votantes que supieron interpretar el semillero vocacional que como precioso tesoro esparcía para todo el continente la iglesia guatemalteca.

Un rasgo propio de la espiritualidad del continente es su perfil profético y martirial. En este fecundo cauce sobresalen laicos catequistas, como los mencionados arriba, sacerdotes y Obispos: Entre éstos hay nombres emblemáticos: Oscar A. Romero, Cardenal Eduardo Pironio, Dom Helder Câmara, Isaías Duarte, entre otros.

Es la línea que se nutre en la lectura creyente de la historia, interpretada desde los pobres y los débiles, en otras palabras, desde el misterio de la Cruz: *“a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide con las manos vacías”* (Lc 1, 53). *“Una opción no exclusiva ni excluyente, basada esencialmente en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que con frecuencia reducen a los pobres a categorías sociopolíticas económicas abstractas. Pero una opción firme e irrevocable.”* (Juan Pablo II, Discurso inaugural IV Conferencia Ep. Santo Domingo, N° 16).

La voz profética denuncia y defiende la dignidad de cada vida humana y de los hijos de Dios, manipulados como carga social, como consumidores o como intrusos y advenedizos en el banquete de la vida.

Esta línea ha sido trabajada por grupos de base, comunidades eclesiales y grupos laicales defensores de los derechos humanos. No todos están agrupados institucionalmente. A veces la inspiración cristiana se ha plasmado en Organizaciones No Gubernamentales.

El mensaje de profetas y mártires sacude. Nos dice que vale la pena entregar la vida por amor a Cristo. Sus vidas trazan un sendero seguro en la espiritualidad de nuestros días, acechada por gnosticismos estilo “new age” que ignoran lo que significa dar la vida hasta la última gota y las estrategias de una fidelidad hasta el último minuto.

El pueblo de Dios, fieles laicos, desde el más sencillo hasta el más ilustrado, intuye que los mártires están muy cerca de Dios y por lo tanto a ellos pueden confiarles sus pequeños o grandes “martirios” cotidianos, aceptando los propios límites y confiando en la promesa de la gran paradoja: que Dios se manifiesta en la debilidad.

En la Iglesia latinoamericana abundan estos cristianos que como signos en medio de la muchedumbre y en el montón de palabras y discursos, aún los más sublimes, nos hablan con su vida y con su dolor, con su fe y su amor radical.

La espiritualidad vivida en la intensidad del amor a Dios y en la disponibilidad a su santa voluntad en la existencia cotidiana suele ser contagiosa, aunque difícil de aguantar muchas veces. Pero la santidad no se mide por el grado de simpatía. Hacer memoria de sus vidas y acercarse a sus tumbas es entrar en los umbrales de lo santo, lo otro, lo diferente a la vida chata y gris de la mediocridad, que transcurre en la “diversión” que aturde o en la angustia que asfixia. Los santos cambian el nivel de la existencia y dan en cada instante el salto de la fe y del amor. ¿Habrà una lección mejor que esa?

7. La comunidad eclesial visible y cercana

En el anonimato y soledad de las ciudades, con sus complejos habitacionales donde los vecinos de puerta son extraños y donde se ha modificado el significado de la experiencia elemental del “habitar” en un lugar, (Cfr. Nuestro aporte en Cultura urbana, N° 112 Col. CELAM, pág. 97-98) adquiere nueva fuerza la comunidad cercana, relativamente pequeña, a escala humana, con rostros y referencias comunes, donde sus miembros se reconocen convocados por el Señorío de Jesucristo a través de la lectura asidua y orante de la Palabra de Dios, que como un prisma va dando colores y significados a las esperanzas y dolores de la vida.

Esas iglesias domésticas, con nombre propio, son cuna de lectura profética de la realidad circundante y de gestos que nacen con la fuerza de la oración, de la eucaristía y del apoyo fraterno. Son las pequeñas comunidades que devuelven sentido de pertenencia eclesial

a las muchedumbres desarraigadas de nuestras ciudades que viven alejados de la sombra de un campanario, que fue en otro tiempo referente y símbolo protector en medio del desamparo social de las políticas neoliberales que fabrican excluidos y desesperanzados. Este es un estilo de vida que para muchos resulta reconfortante. A veces son las vecindades, otras veces los grupos de afinidades (por ej. empresarios) los que generan e integran estos núcleos eclesiales.

8. Cristianos fermento en el mundo

Muchos cristianos en nuestro continente, con inquietudes de fe y que no se sienten satisfechos únicamente con la eucaristía dominical, han encontrado caminos nuevos para vivir mejor su vocación cristiana en el mundo. A veces han adoptado la forma de Asociaciones civiles, otras veces se constituyen en Asociación de fieles, privada o pública, conforme al Derecho Canónico. El campo de actividad donde desarrollan su presencia fermental y vocación a la santidad es muy amplio: la vida, la familia y la educación de los niños, la defensa de los derechos humanos y los organismos de mediación y pacificación, la ecología y el medio ambiente, la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia, el campo de los medios de comunicación, etc. La constatación que hacemos a diario es la necesidad que hay de la “santidad política”, como la llama el Padre Camillo Maccise, ocd, o sea, cristianos que trabajen por la paz fundada en la verdad y la justicia en nuestras sociedades donde el abismo entre ricos y pobres se ensancha a pasos acelerados. Emergen aquí las virtudes difíciles (dice Macisse citando palabras de L. Boff del libro “Vita secondo lo Spirito”, Roma 1985) de la solidaridad, participación en las decisiones comunitarias, lealtades, superación del odio, capacidad de mirar más allá de lo inmediato, trabajando para una sociedad futura que aún no es visible. Este nuevo tipo de ascesis comporta exigencias y renunciaciones propias, a fin de mantener el corazón puro y orientado por el espíritu de las bienaventuranzas.” (C. MACISSE, ocd, *Spiritualità Latinoamericana*, Apuntes del Teresianum, Roma 1989, pág. 76; y sobre la “santidad política” el artículo del mismo autor: *El nuevo concepto de Santidad*, en Vida espiritual, Bogotá, N° 110 -112, págs. 43-54)

Señalo también que muchos fieles laicos han encontrado nuevos caminos y fuentes para alimentar su fe en las diversas espiritualidades de Institutos de Vida Consagrada, que en los últimos años, preocupados muchas veces por la escasez de suficientes vocaciones para mantener obras en marcha, han logrado adaptar y poner sus carismas al alcance de la vida de los laicos. Esto lo he visto en una comunidad educativa de mi diócesis, el Instituto de los “Hermanos de la Sagrada Familia”, fundados a mediados del siglo XIX en Francia y que han propuesto a laicos, especialmente familias, integrarse a las Fraternidades Nazarenas. Algo similar sucede con la Congregación de las Hermanas del Huerto (fundadas a mediados del siglo XIX) que han promovido el “laicado gianellino” (por el obispo A. M^a Gianelli, su fundador), en algunos lugares de Argentina y en Montevideo. Conozco también a matrimonios que viven algo similar en vinculación con los Dominicos.

9. La compasión del buen samaritano

El tejido social de nuestras sociedades latinoamericanas registra muchas heridas, violencias y exclusiones. La vida humana, desde sus primeros latidos hasta el último suspiro parece más amenazada. Los vínculos familiares se han debilitado y los hijos sufren las consecuencias de padres ausentes o desorientados que no saben cómo inculcar valores y marcar límites. La fragilidad de nuestras economías dependientes golpea en los más pobres para quienes escasea el trabajo, la educación formal no logra detener la deserción escolar y la salud física y mental sufre la falta de oportunos estímulos para un sano desarrollo. Las agitaciones sociales se multiplican y el ethos social se fragmenta y pierde capacidad de aglutinar voluntades. En la familia los niños han contraído la adicción a la televisión, sumergidos en una realidad virtual con fuerte impacto alienador y los jóvenes navegan en un mar de ilusiones, aventuras, dramas sentimentales y rebeldías que alimentan su imaginario. Ante un mercado laboral complicado muchos toman compulsivamente el camino de la emigración a cualquier costo. Algunas de nuestras sociedades experimentan reiterados episodios de protesta callejera, violencia e inseguridad que se nota en el número creciente de gente que decide armarse para resistir previsibles ataques a sus comercios u hogares. El consumo de

droga no se ha podido detener y el narcotráfico, especialmente en su expresión de crimen organizado, se ha convertido en el principal enemigo y en algunos países socava el Estado de derecho y las estructuras democráticas.

Muchos cristianos, pastores y laicos y sus respectivas iglesias no son ajenas a los sufrimientos, amenazas, esperanzas y esfuerzos para reconciliar nuestras sociedades. Las angustias se llevan a la oración, a veces se expresan en denuncia y a veces en serios compromisos sociales. Algunos nuevos institutos han escuchado el llamado a una actividad menos visible pero eficaz mediante una cercanía que toca los sufrimientos, regala tiempo, brinda hospitalidad a los abandonados y muestra una gratuidad que sorprende en una cultura demasiado condicionada por los valores del mercado, el dinero, las tarjetas, los préstamos, las deudas y el estrés cuando no se puede cumplir con las obligaciones.

La presencia de mujeres consagradas como las Hermanitas de la Caridad de la Madre Teresa cuando se instalan en un barrio ha hecho cambiar muchas cosas. En una ciudad de nuestro país se instalaron en un barrio popular. Por las tardes se han propuesto visitar todas las casas del vecindario. Sólo en una les “echaron los perros”, nos contó el obispo, pero ellas le comentaron: “*¡ya volveremos!*” Esta paciencia compasiva que llega al enfermo o hambriento como también al pobre de amor que no se siente amado y no sabe cómo salir de su cárcel. Esta espiritualidad en la calle es novedad!

Estos gestos compasivos se alimentan en la adoración eucarística diaria. Es la contemplación del Cristo en Cruz que les repite cada día “*Tengo sed*”, de amor, de adoración y de ser servido en mis hermanos más pequeños. Esta espiritualidad, que no nació en nuestro continente, merece ser destacada. La sentimos muy nuestra. Porque es algo de lo que tanto tenemos necesidad.

338

En mi diócesis hace dos años se instaló la primera casa en A. L. de un nuevo instituto de origen francés, “*Madre de Misericordia*”; fundado por un miembro de la Comunidad de las Bienaventuranzas, Philippe Madre, diácono y médico. En su casa ofrecen calor de hogar, educación, tiempo para curar las heridas a un grupo de niños que

nos ha confiado el Estado. Los niños viven como en su propio hogar. Actualmente ya no los llamamos más “en situación de calle”, porque poco a poco han podido expresar angustias, cicatrizar heridas, verbalizar violencias y rehacer vínculos familiares donde esto es posible. Sus rostros han cambiado y a quienes estamos cerca nos consideran su familia. Hace un mes me tocó concurrir al colegio a una fiestita en el rol de “abuelo” pues una de las niñas me eligió como tal. La comunidad alimentan su vida diaria en la celebración de la Eucaristía y en una hora de adoración ante el Santísimo Sacramento encuentran el alimento espiritual para su tarea. También invitan a los voluntarios y colaboradores de la comunidad una hora semanal de “adoración por la vida” a la que llevan todas las intenciones que les confían: madres en trance de abortar, mujeres que han empezado tempranamente a transitar por la prostitución, etc.

10. La vida cristiana como camino o proceso

La conversión, como la justificación, acontece en un instante, pero normalmente requiere procesos psicológicos, mentales y afectivos que van madurando a través de etapas. Hay que recordar el testimonio de San Agustín o las etapas y peripecias de hombres en búsqueda, como Alexis Carrel (autor de un relato testimonial “Peregrinación a Lourdes”) para acercarse a la fe. La llegada masiva de candidatos al bautismo obligó a la iglesia de los primeros tiempos a implementar procesos catecumenales abreviados (de allí la secuencia de evangelios cuaresmales del ciclo A : Samaritana, Ciego, Lázaro, elegidos originariamente con tal propósito). Hoy, en nuestra cultura se han borrado o alterado los procesos de iniciación o ritos de pasaje, que en sociedades pre-industriales, según afirma el historiador de las religiones M. Eliade, ocupaban un lugar preponderante. En el actual ritmo vertiginoso y en la cultura del “zapping” no abundan los padres, educadores, familias o grupos de referencia que acompañen a los adolescentes y jóvenes en las etapas críticas de pasaje del ámbito de la “domus” al de la “polis” o cuando maduran opciones de vida, elección de carreras o discernimiento vocacional. Existen sociedades medio secretas como los masones o gnósticos que practican ciertos rituales de pasaje, etc. Hace pocos días me escribió un viejo compañero de colegio pidiéndome mi opinión y diciéndome que estaba recibiendo

clases de Cábala cristiana y Alquimia por parte de un religioso y que estaba a punto de dar un “paso trascendental” y que en el equinoccio de primavera debía realizar unos ejercicios prácticos que me describía. Mi desconcierto fue grande ante tal consulta de un profesional con formación cristiana en su hogar y en un colegio católico. Pero ilustra la situación de profunda desorientación y búsqueda en que se encuentran muchos.

¿Qué respuesta tenemos ante tales desafíos? Pablo VI constataba en la *Evangelii Nuntiandi* (Nº 44) que “las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un *catecumenado* para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a él”. Juan Pablo II afirma que “*la conversión, expresada con una fe total y radical, determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia exigiendo un pasaje continuo*” (RM 46b). Escuché contar a Kiko Argüello, cuando muchos obispos latinoamericanos fuimos invitados a una reunión en Nueva York, cómo había tomado la decisión, luego de su conversión, de irse a vivir a un lugar muy precario en la periferia de Madrid. Como quien quiere volver a aprender el lenguaje que nuestros clásicos sermones habían olvidado. La reciente aprobación otorgada al Camino Neocatecumenal contiene una importante novedad ya que por primera vez la Iglesia habla oficialmente de un catecumenado “post-bautismal”.

Conozco directamente algo similar. El Padre Luis Montes, S.J. iniciador de un nuevo Instituto nacido en Uruguay, cuyo carisma es la Dirección Espiritual, contaba que se había dado cuenta, siendo director de una Casa de Ejercicios Espirituales, que cada año predicaba retiros a grupos de jóvenes y que al cabo de cierto tiempo pudo comprobar que no se verificaban cambios reales. Siempre lo mismo: quizás un baño de emociones, unas cuantas ideas, y de vuelta a la rutina que devora los mejores propósitos de retiros. Lo hemos comprobado más o menos todos. ¿Qué hacer entonces? Allí surgió lentamente la idea de proponer un proceso o camino, donde el joven pudiera procesar con calma sus inquietudes y experiencias religiosas fragmentadas, purificar su fe, y disponerse a las opciones de por vida, como la elección de estado, según la propuesta de San Ignacio en el libro de Ejercicios. Con aportes tomados cuidadosamente de la

psicología de C.G.Jung y de Robert Desoille, fue estructurando un camino o “proceso” a lo largo de tres o cuatro años con entrevistas periódicas. Como resultado surgieron vocaciones de varones y mujeres, que hoy son unos 50 en cinco diócesis de América Latina.

11. **Espiritualidad misionera: Más allá de nuestras fronteras**

“*América, sal de tu tierra!*” fue el lema que cantamos en el último Congreso Misionero Latinoamericano y el primero con delegaciones de América del Norte (COMLA VI y CAM I) que tuvo como escenario la ciudad de Paraná en la República Argentina en 1999. El evento hay que situarlo en la línea de un despertar misionero que con intensidades diversas está ocurriendo en el continente. El mensaje del Cardenal J. Tomko fue claro; si bien los esfuerzos misioneros “hacia adentro” exigen permanentes esfuerzos no hay que olvidar que si América recibió la fe de manos de misioneros europeos, hoy tenemos que convertir esa herencia en un deber de salir, llevar y colaborar con los evangelizadores de regiones del planeta, como es el caso de Asia, donde los el Evangelio aún no ha sido anunciado.

Han surgido en América Latina, en México, Colombia y otros países, Institutos específicamente misioneros. Otros misioneros han salido de sus países de origen abriendo casas más allá de sus propias fronteras. Después de la visita del Papa a Cuba surgieron voluntarios, religiosos y laicos que se ofrecieron para ir a la isla. Algunos movimientos o institutos inculcan la espiritualidad misionera como disponibilidad a “salir” donde la Iglesia los envíe. Este lento despertar se extiende y contagia. Cuando uno ve llegar al propio país a matrimonios con hijos, que dejaron trabajo y confort por amor al Evangelio y al Señor, ¿acaso no interpela? Si así no ocurriera en la Iglesia, son los propios vecinos del barrio los que no salen de su asombro. Es de esperar que desde el hogar y la catequesis tanto en parroquias como colegios, se alimente este deseo de disponibilidad: ¡envíame Señor!

Pero aún falta mucho. *“La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún muy lejos de cumplirse. Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los co-*

mienzos”, afirma Juan Pablo II (RM N° 1). Me impresionó en esta Encíclica la transparencia y claridad con las que el Papa pone las dificultades sobre la mesa para responder a la pregunta ¿Por qué la misión? (Cfr. Números: 2b, 4c, 11 {“gradual secularización de la salvación”}, 17, 35b, 36 {dificultades internas}, 38, 46d {¿misionar = proselitismo?}, 47c).

Si asumimos como criterio para medir el fervor misionero el propuesto por la RM: “En la historia de la Iglesia el impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como la disminución es signo de crisis de fe” (N° 2b), todo lo que se pueda decir sobre este punto es bien poco en orden a revitalizar la misión. De ahí también la riqueza y agradecimiento hacia los nuevos impulsos misioneros que surgen en nuestras iglesias, aunque todavía su visibilidad sea escasa. Concluyo con una frase tomada de una oración pidiendo a María esta “parresia” (Cfr. RM 45b): *“Te suplico, María, siembres en mi corazón un espíritu intrépido para hablar de Jesús aún a quienes nada esperan de El”*. (Padre L. P. Montes s.j.).

II. HACIA EL FUTURO

Lo que he presentado son “aproximaciones” a una realidad muy rica y que ofrece muchos signos de vitalidad y también interpela a los obispos respecto a cómo alentar, promover, facilitar la comunión y eventualmente enderezar la vida y los estilos evangelizadores de los Nuevos Institutos en nuestras Iglesias particulares, evitando aislacionismos o excesiva privacidad. Cuando me invitaron a escribir sobre este tema pensé enseguida en algunos rasgos comunes y característicos de los Nuevos Institutos. Después me di cuenta que empezar el artículo de esta manera hubiera sido muy abstracto. Opté entonces por empezar con una descripción del paisaje eclesial en el cual se mueven estas realidades nuevas, más que hacer un elenco de los nuevos institutos, información que por otra parte ya existe en la correspondiente Congregación vaticana, según lo comprobé con mis propios ojos en la biblioteca de dicho dicasterio. Otros podrán completar este aporte, ofreciendo una reflexión teológico-pastoral y jurídica. Hace años, visitando la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, nos había dicho el entonces Secretario, hoy Cardenal Francisco Javier Errázuriz, que tenía en mente reunir a los fundadores

o responsables actuales de los Nuevos Institutos para analizar situaciones que no estaban previstas en la actual legislación canónica. Por ejemplo, lo referente al carácter mixto (varones y mujeres trabajando juntos con voto de castidad) y la convivencia entre célibes y casados que encontramos en muchos de estos Institutos de reciente fundación. No es un tema solamente canónico. Es también teológico, antropológico y cultural. Y antes que nada una realidad espiritual que exige discernir estos signos de los tiempos.

Necesitamos una permanente lectura de estas nuevas realidades y una capacidad de reflexión, pues los carismas no los regala el Espíritu Santo para uso individual sino para la iglesia, y tampoco están terminados de una vez para siempre sino que requieren maduración fidelidad creativa. El Espíritu Santo sigue soplando y a veces nos invita a “comer” lo que preferíamos ver desde lejos, como ocurrió a Pedro en el episodio de Cornelio. El Sínodo sobre la Vida Consagrada nos alentó en esta tarea:

“El Espíritu, que en diversos momentos de la historia ha suscitado numerosas formas de vida consagrada, no cesa de asistir a la Iglesia, ya sea alentando en los Institutos ya existentes el compromiso de la renovación en fidelidad al carisma original, o bien **distribuyendo nuevos carismas a hombres y mujeres de nuestro tiempo, para que den vida a instituciones que respondan a los retos del presente**. Un signo de esta intervención divina son las llamadas **nuevas Fundaciones**, con características en cierto modo originales respecto a las tradicionales.”

“La originalidad de las nuevas comunidades consiste frecuentemente en el hecho de que se trata de grupos compuestos de hombres y mujeres, de clérigos y laicos, de casados y célibes ...” (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal VITA CONSECRATA, 25/03/96, N° 62).

Al poner punto final a este aporte el Domingo en que leemos en el Evangelio la parábola de los obreros de la última hora (Mt 20, 1-16) se me ocurre lo siguiente: los carismas e institutos, nuevos como antiguos, todos recibieron el inesperado llamado para trabajar en la misma viña. Es el Señor de la historia, único conocedor de las urgencias

y los tiempos, quien llama con misericordia a los desocupados y aburridos. El olvido de este hecho original instala el debate en el terreno de las comparaciones sobre derechos y obligaciones según la antigüedad. Unos argumentarán y con razón que soportaron el “pondus diei et aestum” (v.12) frente a los obreros de la penúltima hora. Pero la “lógica” del propietario supera esos cálculos; su misericordia es la única y definitiva razón de estar trabajando juntos. Y los que hoy son los de la última hora, si se consideran mimados y merecedores de la bondad del patrón, mañana serán los envidiosos que mirarán de reojo a los últimos. A cada instituto el Señor lo llama en una hora distinta. Al gesto compasivo del dueño de la viña tiene que corresponder el corazón siempre agradecido del que fue invitado. La hora de la jornada es lo de menos. Los últimos llegan quizás con muchos bríos, pero los viejos y experimentados no deben perder la alegría de saber que desde temprano el propietario puso su mirada sobre ellos.

Septiembre, 2002

Pablo Galimberti

Obispo de San José de Mayo (Uruguay)

ceusjose@adinet.com.uy

Sumario:

El seglar realiza su misión en el mundo. Llamados por el Señor a ser "fermento" dentro de las realidades temporales y viviendo los consejos evangélicos, los miembros de los Institutos Seculares, manifiestan una experiencia eclesial novedosa y renovadora tanto para el mundo como para la Iglesia.

La Espiritualidad Laical

Lucía Alvear Ramírez

Consultora en la Sección de Institutos Seculares de la Congregación para Institutos de Vida Consagrada de Roma. Vicepresidenta de la Confederación de Institutos Seculares de América Latina. Presidenta Nacional de Institutos Seculares. Miembro del Instituto Secular Fieles Siervas de Jesús de Fundación Colombiana.
E-mail: lucialvear@epm.net.co
Tel.: (094) 250 4933 / Medellín - Colombia

Lucía Alvear R. *

Este artículo se propone reflexionar sobre la Espiritualidad del fiel laico que realiza su vida cristiana en un proceso de crecimiento de su fe, como también en la Espiritualidad del laico consagrado que asume el compromiso de vivir en el mundo los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, siendo miembro de un Instituto Secular con su carisma y Espiritualidad propios, y una formación integral específica.

1. Principios básicos

La Espiritualidad Laical es un modo de pensar, de decir, de estar en las situaciones de la vida cotidiana, preguntándose, y Tú, Señor, ¿qué harías en este momento, en esta dificultad, en esta situación?. Pregunta que ha de responderse siendo conscientes de que no se puede reproducir el comportamiento de Jesús como lo ha vivido El en el propio contexto. No se trata de repetir, sino de hacer memoria, de transmitir una visión de la vida, un estilo, un compromiso como el de Jesús.

Los fieles laicos no han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo, el Bautismo no los separa del mundo, sino que les confía una vocación que afecta precisamente su situación intra mundana. El mundo se convierte en el ámbito y el medio de su vocación cristiana, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. Allí son llamados por Dios para contribuir, desde dentro, a modo de fermento en la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico y de esta manera manifiestan a Cristo ante los demás,

* Lucía Alvear Ramírez.
Presidenta Federación Colombiana de Institutos Seculares, FECIS.
Vice-Presidenta Confederación de Institutos Seculares en América Latina, CISAL.
Consultora Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, Sección de Institutos Seculares.

principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad (cfr. LG 31). El ser y el actuar en el mundo son para los laicos no solo una realidad antropológica y sociológica, sino también una realidad teológica y eclesial (cfr. CH.L. 15).

La Espiritualidad no es un vestido sin forma o igual para todos. Es un modo personal de entrar en la perspectiva de Jesús, cada uno a su manera. La radicalidad del Evangelio se vive dentro de las estructuras de la política, la economía, el trabajo. El modo de conocer a Jesús progresa, camina, crece dentro de la realidad del mundo. Es estar en camino con todos los demás y conscientes de esto, buscar la santidad. Y con esta conciencia vivir hasta el final la responsabilidad de ser laicos, de pertenecer a la historia en su dinamismo diario. Un laico que se sintiera como prestado en la realidad, traicionaría su propio modo de conformarse con Jesús. ¿Y cuál es el pan para este camino, las condiciones para vivir como persona espiritual?

- El pan principal y necesario es la mirada de fe; aquí radica el sentido del obrar. Sólo mediante la dimensión contemplativa, la vida se irá unificando.
- La Eucaristía es el pan por excelencia del camino. Es la memoria de Jesús, de su entrega, de su muerte y resurrección. La fuente, la raíz y el significado del caminar.
- Lo mismo sucede con la oración personal que no se puede relegar a pocos momentos de la jornada. La oración ha de expresar la actitud fundamental de la vida, la dimensión profunda del estar mirando al Señor Jesús en las decisiones cotidianas. La oración se lleva hasta el interior de la realidad.
- Una vida comprometida necesita espacios de oración prolongada, si no se corre el riesgo de la dispersión. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: <Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad> (cfr. NMI 20).

- Detenerse ante la Palabra revelada. A veces, cuando la fe se pone a prueba y no somos capaces de decirle nada al Señor, podemos hablarle mediante su Palabra, repetirle con su Palabra, que deseamos continuar confiando en El. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la Lectio Divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia (cfr.NMI 39).
- El sacramento de la reconciliación es una condición importante para crecer en el camino espiritual, además del perdón del Señor, es un momento importante para fortalecer la esperanza, el compromiso, la generosidad.

Es fácil constatar que no se necesitan actos extraordinarios para el camino, sino que sencillamente existe una dirección a tomar, un camino a recorrer, una confianza que se ha de consolidar.

2. La Espiritualidad como camino propio del Espíritu

La espiritualidad es, pues, un estilo o una forma de vivir según las exigencias del Evangelio, dirigida en todo por la acción del Espíritu. Es el camino propio del Espíritu para conducir a los creyentes a la plenitud de su vida en Cristo y esta plenitud es la madurez cristiana.

En su carta a los Gálatas San Pablo habla de caminar en el Espíritu, vivir en el Espíritu y ser conducidos por el Espíritu. Y quien camina y vive es la persona toda, con su corporeidad, sus instintos y pasiones, sus deseos, sus sentimientos, su historia, su trabajo y su acción diaria. Y un camino supone etapas:

EL PUNTO DE PARTIDA: Es el creyente concreto que ha descubierto el Evangelio y la persona de Jesucristo como realidad central de su vida y desde ella quiere responderle activamente construyendo el Reino. Un creyente por lo mismo con su historia personal, sus cualidades y valores, sus debilidades y vacíos, alguien decidido a caminar, a luchar, a vivir como discípulo de Jesús. Esta primera connotación le concede a la espiritualidad una doble exigencia de histo-

ricidad y de encarnación que son fundamentales. Una espiritualidad verdadera que vive este tiempo concreto como <kairós> de gracia y de misericordia y como lugar de encuentro con Dios.

EL PUNTO DE LLEGADA: Es la plenitud de vida en Cristo. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Filipo. (cfr. NMI 19). San Pablo lo llama madurez cristiana, capaz de hacer de un creyente una persona segura en el Señor, un hombre del Espíritu. Es todo un proceso que va desde una situación de infancia o inmadurez espiritual hasta una realidad nueva y maravillosa de plenitud y perfección en Cristo.

EL PROCESO para llegar a esta plenitud es el camino propio del Espíritu. Son las actitudes prácticas de la vida que permiten transformar la personalidad y ser conducidos por el Espíritu de Jesús. Y el camino es la misma vida, asumida y construida en medio del esfuerzo y del dolor, las alegrías y esperanzas, las utopías y fracasos, las conquistas y derrotas.

Este camino no está hecho, se construye a diario, en la realidad de cada momento y en la docilidad a la acción del Espíritu. Va transformando la manera de hablar, de pensar, de razonar, de comprender la realidad diaria, de conocer y de amar. Es la obra del Espíritu de Jesús quien, como fuerza venida de lo alto, provoca un cambio radical en los discípulos y los convierte en testimonios de Jesús para el mundo. Todo lo cual significa una nueva exigencia a la espiritualidad cristiana, la transformación o el cambio de la persona. El hombre creyente va cambiando en todos los aspectos que integran su personalidad y esto se hace visible a los demás en el pensar y en el actuar.

3. **La secularidad consagrada como expresión propia del “camino” en el Espíritu**

Dentro del laicado se dan diversas vocaciones, o sea diferentes caminos espirituales y apostólicos. Vocaciones laicales particulares como los Institutos Seculares (cfr. Ch L. 56). Son laicos que quieren vivir la consagración a Dios en el mundo por la profesión de los

consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política.

Mediante la síntesis de **SECULARIDAD Y CONSAGRACIÓN** tratan de introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas. De este modo, mientras la total pertenencia a Dios les hace plenamente consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. (cfr. Vita Consecrata N. 10).

A manera de testimonio:

*“Soy feliz de ser una consagrada secular. Cada día, por la novedad interior y la fuerza vital de Cristo resucitado, un renovado ardor misionero me hace decir: “Aquí me tienes Señor, para el trabajo de tu Reino”. Vivo en la periferia de la capital, en un suburbio. Un pueblo pobre que sufre, pero que sigue esperando tiempos nuevos. Trabajo en la escuela estatal como maestra de religión, con notable dificultad; es una institución donde encuentro semanalmente a 1.200 jóvenes. En este ambiente muchas veces viene la tentación que apaga el optimismo para dar paso al desánimo, al temor, al conformismo. Pero es en ese mismo momento que las palabras del Evangelio resuenan fuertemente: cuida, pues, de que la luz que hay en ti, no sea tinieblas. Sigo adelante, ya oprimida con los oprimidos, ya poniendo en discusión y viéndome puesta en discusión, o afligida por la injusticia. Trato de mirar los acontecimientos con la mirada del Evangelio, con los pies en la tierra y el corazón y las manos dentro de la realidad familiar, profesional, social y eclesial. Busco el alimento espiritual que viene de la oración, frecuencia de los sacramentos, estudio y reflexión de la Palabra de Dios, silencio interior en los retiros, la riqueza de la formación permanente y **la Espiritualidad propia que me ofrece mi Instituto**. Y la gracia de mi vocación que viene desde lo íntimo y se desborda sobre la vida y el mundo, para transformarlo y santificarlo desde adentro con alegría y confianza, con responsabilidad y fortaleza”.*



El secular consagrado es, pues, aquel que está en el **mundo**, allí ha escuchado y conocido a Jesús y se ha comprometido a seguirlo y a servirlo ahí mismo donde vive y trabaja, para lograr que todo se transforme en Cristo y para Cristo.

El mundo, la secularidad, es el criterio que ayuda a definir la adultez de la espiritualidad del secular consagrado y, por lo mismo, la espiritualidad de su compromiso cristiano.

La renovación de la Alianza con Dios y la recuperación de los valores religiosos de Israel se quisieron vivir en una experiencia de “éxodo” y de “desierto” que fueron muy válidos antes de Cristo.

Los grupos bautistas como la comunidad de los Esenios -Juan Bautista es un testimonio concreto- invitaban a salir de la vida ordinaria, a encontrar a Dios en el desierto e iniciar allí una vida de cambio y arrepentimiento exigentes y rígidos (Lc 3,1-14 Mt 3,4-10).

La actitud de Jesús fue distinta. Se metió en la ciudad, en las casas, en la sinagoga y en el templo, en la calle y en la plaza pública, para anunciar allí la presencia gratuita del Reino e invitar a vivir en ese mismo ambiente el gozo de la salvación y los valores del Evangelio. **Es la secularidad, nota característica y propia del laico y de su espiritualidad** (IA 44).

En el cuarto Evangelio, la palabra **mundo** tiene varias connotaciones. Unas veces es el conjunto de la obra creada, buena y bella, cosmos, salida de las manos creadoras del Padre (cfr. Jn 3,16). En este **mundo** sobresale el hombre como culmen de la creación y profundamente amado por el Padre del cielo.

Otras veces, **mundo** expresa el conjunto de los hombres, caos, llenos de debilidades y de pecado, que no han sabido acoger el Don del Padre que les ofrece la Vida en Jesús y por eso necesitan ser salvados.

El sentido de la venida de Jesús a la historia es para salvar al mundo (cfr. Jn 3,17) y con frecuencia **mundo** es el conjunto de fuerzas negativas, humanas y diabólicas, que se cierran al conocimiento, a la verdad y al amor, y están en lucha abierta contra Jesús y el Evangelio.



4. Criterios

La oración sacerdotal de Jesús antes de su Pascua salvadora, ofrece cuatro elementos con relación al mundo que se convierten en criterios de vida y acción para realizar una formación realmente secular.

- **Estamos en el mundo.** *“Padre, por ellos ruego ... que sí están en el mundo”* (Jn 17,10) El mundo es el lugar normal de nuestra vida y nuestra experiencia histórica, de él no podemos salirnos ni evadirnos. Y una espiritualidad verdaderamente secular parte de nuestra realidad en el mundo, con sus características actuales de postmodernidad, con las situaciones concretas de violencia, injusticia, corrupción y mentira, a las que nos vamos acostumbrando y contra las que protestamos a veces, sin hacer nada.
- **No somos del mundo.** *“Padre, yo les he dado tu Palabra y el mundo los odia, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo”* (Jn 17,14). La experiencia de Jesús y la opción que hemos tomado de seguirlo, hace que no seamos del mundo sino de Jesús. El es nuestro Dueño, Señor y Maestro, a El le pertenecemos. Y si somos de Jesús, eso significa que nuestro corazón está en El como centro de todo de nuestra vida.
- **No podemos evadirnos del mundo.** *“No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno”* (Jn 17,15). Una espiritualidad que huye de la realidad puede pecar de angelismo o de orgullo.
- **Estamos comprometidos en la transformación del mundo.** *“Como Tu me has enviado al mundo, yo también los envío al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo para que ellos también sean santificados en la verdad ... para que sean perfectamente uno y el mundo crea que Tu me has enviado”* (Jn 17,18,19, 23). Lo contrario a la evasión es el compromiso y la encarnación. Profundamente inmersos en el mundo para transformarlo para Cristo.

Conclusión

Nos encontramos frente a una experiencia eclesial novedosa que apenas se abre camino jurídicamente desde el año de 1947 con la Provida Mater. Ha adquirido carácter legal con los cánones 710 a 730 del Código de Derecho de 1983.

Todo esto desemboca en una nueva perspectiva laical que se acrecienta con los movimientos actuales, sin dejar la esencia del laico como persona comprometida con la fe cristiana en una espiritualidad auténtica.

